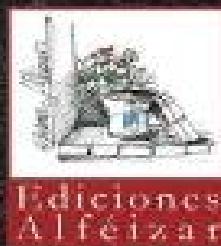

CARNE IBÉRICA S.A.

FRANCISCO MERCHÁN



CARNE IBÉRICA S.A.

Francisco Merchán



© 2017

Editado por Ediciones Alféizar

C/Francisco de Borja Pavón 1 - 1º - 2

14002 - Córdoba - España

Telef.: 34 600 792 762

Email: edicionesalfeizar@hotmail.com

Web editorial: www.edicionesalfeizar.com

ISBN: 13-978-84-946325-8-7

Depósito Legal: CO 826-2017

*Para Raquel
la persona más increíble,
maravillosa y vital que
he tenido el placer de conocer.
Aunque ya no estés con nosotros,
tu luz nos guiará por siempre jamás.
Esta pequeña novela es para ti
Siempre juntos
¡T'estim una animalada, petitona!*

El ruido del oleaje reinaba en el exterior, ahogando sus gritos. Por puro instinto de supervivencia, Roberto se arrastró como una serpiente por el fango en busca de un refugio que dentro de aquella especie de barraca se antojaba inexistente. Llegó hasta el rincón más alejado y como pudo se recostó sobre un pequeño taburete de plástico que tenía a su derecha, recuperando así algo de aliento. Cien cuchillos le cortaban las entrañas a cada bocanada de aire. Tenía rotas algunas costillas y notaba cómo se agolpaba en su boca el sabor metálico de la sangre. Entonces, sin saber muy bien por qué, miró de arriba a abajo a su verdugo. No era demasiado alto ni poseía un cuerpo excesivamente musculado aunque se intuía ágil y por su forma de moverse por la habitación parecía muy seguro de sí mismo. Aun así, si se lo hubiese cruzado por la calle, habría pensado en él como un tipo corriente. Un león sentado a la mesa con las ovejas.

—¿Por qué me haces esto? —gritó con desesperación— ¡No lo entiendo!

Él le sonrió con desdén. Su rostro, manchado de sangre, mostraba una ausencia total de expresión. Por más que rebuscó en sus oscuras retinas, la nada más absoluta nadaba en ellas. Fue entonces cuando entendió que allí no hallaría clemencia. Sus mínimas esperanzas de salir con vida de aquel trance se desvanecieron como la bruma matutina.

—Te puedo dar mucho dinero... —balbuceó de nuevo, presa del pánico.

Tras mirarle con una mezcla de desprecio y odio, aquella bestia se le acercó con rapidez y le propinó una violenta patada en su rodilla derecha, que crujió cómo un manto de hojas secas. Hasta la chica que estaba agazapada en un rincón intentando pasar desapercibida, se sobrecogió. Estaba siendo un castigo demasiado duro.

—¡Detente, por favor! —farfulló entre sollozos— ¡No quiero morir!
¡Te lo ruego!

El verdugo se alejó un par de pasos de su víctima y se puso a negar con la cabeza. Aquello ya no era divertido. Se giró y se acercó a la chaqueta que había dejado colgada en la pared. Mientras rebuscaba algo en su bolsillo, se giró hacia la chica.

—No te muevas, pequeña —ordenó autoritario—. Ahora mismo estoy contigo.

Como por arte de magia una reluciente pistola salió del bolsillo interior de la chaqueta. Al verla, sonrió satisfecho y se acercó de nuevo a Roberto.

—¿Unas últimas palabras, quizás?—concedió.

El hombre, tras hacerse sus necesidades encima, empezó de nuevo a gimotear. El asesino se encogió de hombros, le apuntó con la pistola y empezó a disparar de manera aleatoria por distintas partes de su oronda figura, reservando las dos últimas balas para el cráneo. Una vez vaciado el cargador, se quedó observando su obra mientras miraba de reojo su pantalón. La excitación acumulada durante toda la noche se había hecho patente. Escuchó cómo, a su espalda, alguien se removía inquieto. La noche era joven y todavía tenía pendiente mucha diversión. Sin lugar a dudas aquella estaba siendo una de las mejores noches de su vida.

Había tocado fondo. La mezcla de ginebra barata, tabaco y aire enrarecido le secaban la garganta. Al fondo de la barra, en su oscuro rincón, nadie le hacía caso, lo cual era un motivo más que aceptable para ser cliente fijo de aquel tugurio. Nadie se acercaba a venderle cupones de lotería ni le hacía preguntas incómodas de responder. Cada cuál llegaba, se sentaba y enterraba sus miserias en el fondo de una botella. Un bar de los de siempre.

—Otra igual —afirmó mientras levantaba al camarero el vaso de tubo vacío.

Muchas veces se preguntó a sí mismo por el verdadero motivo para seguir levantándose cada mañana para ir a la comisaría en vez de a aquella maldita barra. Mientras se metía un par de hielos en la boca y jugaba con ellos, llegó a la conclusión de lo placentero que era llevar la contraria a todos aquellos idiotas. Era, sin lugar a dudas, lo único que parecía tener cierto sentido en su vida. Antiguos jefes, compañeros o delincuentes comunes celebrarían con vehemencia el momento en el que su nombre pasara a engrosar la lista en la sección de necrológicas. Mal carácter, falta total de empatía hacia casi cualquier otro ser humano y la ausencia constante de respeto por los demás, formaban parte de una ecuación cuya resolución no era nada sencilla. Aunque él, terco como una mula, no pensaba darles el placer de irse por la puerta de atrás sin montar antes un poco más de ruido. Al fin y al cabo, ese no era su estilo.

—¡Que se jodan! ¡Que se mueran todos! —gritó mientras brindaba con su nueva copa al turbio reflejo que le devolvía el espejo que tenía enfrente.

En el momento en que rebuscaba en su cartera en busca de dinero, sonó el teléfono. Tras descolgar, alguien compartió las malas noticias. Con la poca dignidad que aún le quedaba, se levantó, se sacudió un poco su pantalón, ajustó sus gafas de sol y, tras pagar, salió a plena calle. El aire templado de la tarde le dio vida y, a medida que empezaba a caminar, sentía como su oxidada anatomía comenzaba a quejarse de nuevo. Se dirigió sin prisas hacia su destartado vehículo y, antes de subirse, retiró una multa de aparcamiento del limpiaparabrisas. Tras leer el importe la arrugó y la tiró al suelo. Los niños de un colegio cercano salían en tromba por la puerta seguidos de cerca por sus madres, padres y demás escoltas. Gritos, órdenes y amenazas de castigos de fin de semana se agolpaban en sus oídos. Se montó en el coche y cerró la puerta con violencia. Sacó un mechero de la guantera y se encendió un cigarrillo. Por detrás, alguien con prisas y poco respeto tocaba el claxon con intensidad. Al parecer quería su plaza de aparcamiento. Puso en marcha la radio y "Brothers in arms", de los Dire Straits,

empezó a sonar en el vetusto equipo estéreo mientras el inspector Diego Guerra empezaba a mover la cabeza intentando seguir, con nulo éxito, el ritmo de la música. Tras chirriar de manera preocupante, aquella chatarra empezó a moverse dejando tras de sí una densa estela de humo blanco.

Desde el fondo de la sala miraba con impaciencia la puerta de entrada. Se acabó el segundo Cosmopolitan de la tarde de un trago mientras maldecía en voz baja. En su opinión, aquel cóctel era un equilibrio perfecto de acidez, dulzor y vodka y ella, fervorosa creyente, se recetaba al menos un par al día. En su experta opinión, uno de los grandes secretos de los cócteles residía en que nunca debían ser preparados por uno mismo. Pedirlos en buenos locales, rodeados de la jet—set, vestida con pieles, joyas y, a ser posible, con un nutrido grupo de hombres devorándola con la mirada, era parte de la magia. Sentirse deseada y observada. El paraíso de ver como los hombres perdían la cabeza por su sonrisa y hacían mil estupideces en su nombre, regalaba una embriagadora sensación de poder. Era capaz de conseguir que cualquier estúpido cambiara de coche, dejara su trabajo o abandonara a su patética esposa por pasar una noche entre sus telarañas de seda. ¡Cuántas mujeres se habían quedado esperando a sus maridos en casa con la cabeza llena de rulos, preocupaciones y croquetas frías para la cena! Un asunto casi orgásmico.

—Intolerable —susurró para sí en voz baja.

Miró de reojo el reloj colgado de la pared de la cafetería. Cristina se retrasaba y eso no era nada típico en ella. No podía decir que la conociese de toda la vida pero desde que se habían reencontrado, siempre llegaba a sus citas con al menos diez minutos de antelación. De hecho, habían tenido más de una pelea por ese motivo porque ella era todo lo contrario. Como a cualquier estrella, le encantaba llegar tarde y hacerse desear. Gajes del glamour, solía decir como insuficiente disculpa.

—¿Desea otra copa, señora? —preguntó el camarero con acento sudamericano.

—Se dice cóctel —espetó contrariada con su tratamiento—. No. Quiero la cuenta.

El camarero asintió, regresando instantes después con el datáfono. Tras sacar una tarjeta color platino, la mujer se levantó con un enfado más que visible. Es cierto que odiaba que le dieran plantón aunque ese no era el verdadero motivo de su enfado. Lo que realmente le molestaba era que alguien de su nivel tuviese que pagar sus cócteles sacando su propia tarjeta de crédito, acreditando su identidad con un maldito carné. Nadie salía nunca favorecido en aquellas estúpidas fotos. Y, según su opinión, tener que mostrarlo a un desconocido era zafio y, a todas luces, un claro signo de decadencia en su estatus.

Era un hecho constatado que la prensa clásica, escrita en papel, iba perdiendo cada vez más terreno en favor de la digital. Todos los grandes grupos iban eliminando gastos en el sector impreso y aumentando su presencia en internet y redes sociales. Aunque inevitable, estaba más o menos claro que su muerte no sería rápida ni indolora. La realidad era que para escribir noticias hoy en día no hacía falta estar físicamente detrás de una mesa de oficina. Las nuevas tecnologías lo hacían todo más accesible y por eso cada vez más gente pedía trabajar desde casa. Unos años atrás, la redacción del periódico a esa hora sería un auténtico hervidero de gritos, carreras e intercambio de papeles. En cambio, ahora mismo, parecía un solar. Un par de tipos de la sección de última hora se tomaban rezagados un café en la entrada principal mientras debatían con fervor sobre religión esférica. Al parecer, el editor jefe estaba realizando cambios de última hora en páginas interiores mientras su joven secretaria se limaba las uñas entre bostezos delante del despacho. En ese momento Martín, un tipo gris ceniza y encargado de la sección de necrológicas, pasó justo al lado de su mesa.

—¿Todavía aquí, Marian? —le preguntó— Cuando las musas no quieren venir...

Ella le correspondió con una sonrisa condescendiente.

—Cuando a mí me pasa, me pongo a escuchar Von Karajan a todo volumen y me viene la inspiración con rapidez.

—¿No me digas? ¿Von Karajan?

—En serio. No falla —afirmó—. Por cierto, se acaba de morir el último gobernador del banco de España y el jefe me ha dicho que tengo que meterlo en planilla. ¡Sólo me ha dado dos horas!

—Siempre he pensado que tu sección ha de ser bastante difícil de llevar —pensó Marian en voz alta, deseando acabar la conversación—. Encontrar cosas positivas que contar de cualquier persona, aunque no se lo merezcan. Muy difícil.

—Sí que lo es. Nadie valora suficiente el trabajo que hago —suspiró resignado—. Y piénsalo... ¡todos los días se muere gente importante!

—Supongo que así es.

—No lo dudes. Te dejo —soltó—. Tengo que acabar pronto o me perderé esta noche el debate de la segunda cadena. Hoy hablan de obsolescencia programada. Es un tema apasionante.

Después de regalarle una sonrisa, “el señor caja de pino”, (como algunos le apodaban en la oficina), se marchó y se hundió en su miserable rincón, a la vista de nadie.

Tras reorganizar neuronas y dar el toque de queda en su cabeza, intentó de nuevo atacar su columna para el suplemento dominical. Tenía que estar encima de la mesa del editor mañana a mediodía. Y todavía no tenía nada. Su móvil vibró.

—Espero que no me molestes para volver a invitarme a cenar. En mi opinión, seis negativas son más que suficientes y sirven de frontera entre la persistencia y el acoso —contestó la chica ante las

quejas de su interlocutor—. Claro que me interesa, pero lo que me preocupa es que me vas a pedir tú a cambio —argumentó—. ¿Nada? Esto cada vez huele peor —soltó socarrona—. ¿Que me puedo fiar de ti? Permite que lo dude. Hasta ahora me has demostrado precisamente lo contrario —un grito se escapó desde el otro lado del auricular—. Está bien, no te enfades. Te escucho.

A medida que su informante le proporcionaba datos, su rostro iba perdiendo el color. La noticia era una auténtica bomba, de aquellas que paran las rotativas. Acabó la conversación excitada y, con prisas, se metió en el despacho de su jefe. Sin lugar a dudas, aquella noticia iría directa a la portada.

Estaba cansado. Mientras el coche zigzagueaba entre estrechas carreteras rodeadas de muros de piedra, pensaba en lo fácil que sería acabar con todo. Cerca de la playa adonde se dirigía existían unos espectaculares acantilados. Monumentales montañas de desgastadas y afiladas rocas, testigos mudos de mil y una historias de sal y muerte. No había más que salirse en una curva, acelerar a fondo y fin de la historia. Descanso eterno, entierro oficial, siempre se van los mejores...paladas de hipocresía. Por un instante sonrió para sí, seducido. Quién sabe, quizás pronto.

El sonido del claxon de un camión le devolvió a la realidad. Llevaba unos veinte minutos de curvas cuando llegó a un gran aparcamiento público que había cerca de la playa, en medio de una imponente arboleda. La humedad tan característica de la isla, aunque menor que en los meses estivales, lo cubría todo con una pátina de incomodidad. De repente se fijó en la multitud de curiosos que se amontonaban detrás del cordón policial que estaba situado delante del camino que daba acceso a la playa. Un par de jóvenes agentes intentaban, con poco éxito, que la mezcla de turistas y aldeanos locales no se saltase la cinta policial. Se bajó del coche y se dirigió con pesadez hasta el lugar. Cuando llegó a su altura, presentó sus credenciales. En ese momento, aprovechando que

estaba cerca, un cincuentón bastante gordo y con actitud muy prepotente, se acercó para encararse.

—¿Es usted el que manda? —le espetó.

El inspector se giró hacia aquel tipo de mala gana, mirándole de manera inquisitiva.

—¿Por qué no podemos pasar? ¡Esta playa es pública! ¡Esto es un atropello! —prosiguió la criatura que iba vestido con una absurda camisa hawaiana.

—Asunto policial, señor —contestó—. Hasta dentro de unas horas, estará prohibido el acceso.

—¿Dentro de unas horas? ¡Qué vergüenza, por favor! —gritó el tipo mientras su peluquín de saldo vibraba de rabia.

El inspector Guerra se encogió de hombros y se dispuso a seguir su camino. Aquello consiguió enardecer al sujeto y darle una falsa sensación de amparo y superioridad. Craso error.

—¡Tenemos esta excursión pagada de hace meses con el ayuntamiento! ¡No hay derecho! Esta gente se cree que puede hacer lo que le venga en gana —exclamó— "Asunto policial" dice. ¡Seguro que se han montado una fiesta para ellos solos ahí abajo los muy...! —gritaba con sorna bajo la cómplice mirada de sus secuaces gordicalvos.

Con una agilidad que nadie esperaba, el inspector agarró a aquel tipo por la muñeca y se la retorció, provocando que este acabase de rodillas en el suelo pidiendo clemencia con la mirada. Después hizo un gesto a uno de los agentes con la cabeza.

—Agente... —dijo el inspector, quedándose a medias.

—Gonzalez, señor.

—Agente Gonzalez, pida y anote la documentación de este sujeto. Si él o alguno de los aquí presentes les da el más mínimo problema,

tienen vía libre para arrestarlo —afirmó el inspector—. ¿Lo ha entendido?

Los dos jóvenes policías asintieron con vigor. Luego soltó la muñeca de aquel tipejo y se giró sin mirar atrás mientras se perdía por un camino rústico excavado entre las rocas. No se dio cuenta que, entre la turba de gente, un par de vivaces ojos le seguían con tremenda curiosidad, a sabiendas de la escena que el inspector iba a encontrar en la playa. No en vano, todo aquello había sido obra suya.

Empezó a bajar por aquel desgastado camino de piedra con cuidado. Había abundante vegetación en las orillas y la tierra era de un penetrante color oscuro, debido con toda probabilidad a la naturaleza arcillosa del entorno. El camino, plagado de pinos centenarios, serpenteaba perezoso entre el ruido ensordecedor de las chicharras. Restos de humanos adornaban con tristeza las orillas de vegetación. Latas de refrescos, papeles de bocadillos, vasos de plástico y hasta un neumático de bicicleta. La isla, casi un paraíso bíblico en la tierra, estaba siendo destruido y engullido poco a poco por esa inmensa bestia insaciable que es el turismo. Construcciones ilegales, decenas de barcos en pequeñas calas, masificación, destrucción de los bosques terrestres y marinos, incendios en zonas de alto valor ecológico y contaminación. Sublime.

La humedad y la sensación de falta de aire incomodaban sobremanera las vistas. Casi sin darse cuenta, con la camisa empapada en sudor, llegó a un mirador que había a pie de acantilado. La belleza de aquel paraje se propagó por sus retinas cómo la pólvora. La playa de S´Amaral, ubicada en medio del Parque Natural de Monesque, era una de las más importantes de toda la isla, aunque en los meses de pleno verano era casi imposible disfrutarla. Decenas de autobuses y cientos de turistas desfilaban cada día por aquel camino en busca del paraíso soñado. Se acercó más al muro y, a sus pies, una inmensa playa en forma de media luna se estiraba perezosa con los últimos rayos de luz de la tarde. Arena dorada que se mezclaba con aguas de un azul tan

turquesa que parecían sacados de un cuadro impresionista. De repente, como una cuchillada por la espalda, un recuerdo le surcó fugaz su memoria. Fotogramas de su hijo jugando en la arena, de su mujer luciendo en bikini su espectacular figura a pesar del embarazo o de un día en que esperaron a ser los últimos en irse de toda la playa para poder luego meterse en el agua y entregarse el uno al otro. Ellos ya no estaban y sólo quedaban en su cabeza recuerdos e imágenes de una vida que pudo ser y no fue. Pura basura que reabría sus viejas heridas una y otra vez, infectándolas. Diego lo aceptaba resignado. Así era y así debía ser, hasta el fin de sus días.

—Un penique por tus pensamientos —le dijo una rocosa voz a su espalda.

Diego se giró y observó la sonriente cara de uno de los pocos amigos que aún conservaba en este mundo.

—Hola, Dani —le saludó—. ¿No había ningún buen forense de guardia?

—La realidad es que no. Sólo estaba yo —afirmó con una sonrisa—. Por cierto, sé que la imagen es idílica pero ¿vamos a trabajar? —preguntó— Esta noche tengo una cita y no quiero llegar tarde.

Diego asintió y ambos empezaron a bajar por la robusta escalera de madera que tenían a su izquierda.

—¿Te han contado algo? —preguntó Diego.

—Poca cosa. Al parecer se han cebado con el pobre desdichado.

—¿Desdichado? ¿Es un hombre?

—Por la foto que me han enviado de los restos estoy seguro de que lo es —afirmó enigmático Daniel.

Los dos hombres terminaron de bajar la escalinata y se adentraron en la playa. A su derecha, a unos veinte metros, se levantaba un *escar* maravillosamente conservado. También conocidos como varaderos, estas estructuras eran unas pequeñas construcciones de

piedra empotradas en la pared de roca. Las barcas se subían a través de unos grandes troncos de madera, incrustados entre las piedras y que hacían las veces de escalera hasta el mar. Muy típica en las islas, eran poco usadas en la actualidad por culpa de la proliferación de los puertos deportivos. En el pasado también servían de refugio para los pescadores cuando les sorprendía una tormenta o algún imprevisto. Los motores tenían poca potencia y treinta o cuarenta años atrás, sin GPS ni nuevas tecnologías, la escarpada costa isleña no era buena compañera de viaje en caso de tempestad. En casi todas las calas o playas de las muchas que poblaban el archipiélago había un refugio de este tipo. Por desgracia, hoy día la falta de uso y el abandono provocan que el estado de conservación de la mayoría sea lamentable.

Alrededor de su entrada, una nube de policías y técnicos no paraban de recoger muestras y hacer fotos. De pie, observando la escena, un tipo vestido con un pulcro traje de chaqueta esperaba de pie mientras se fumaba un cigarrillo. Cuando vio acercarse al inspector y al forense, lo tiró a la arena, hundiendo el pie en la tierra en un torpe intento por apagarlo con la punta de sus mocasines.

—Bueno, bueno. Miren lo que ha traído la marea —afirmó con desdén—. El inspector Diego Guerra y el forense Daniel Ciges. Parece que en la central van a por todas. Nos envían lo mejor de cada casa.

El nuevo comisario del sector este de la isla, Pedro Barbadillo, era un perfecto imbécil. Pomposo, arrogante y pelota, era el prototipo de inútil que acabaría medrando. Rondaba los cuarenta y tantos y ya era uno de los comisarios más jóvenes de todo el país. La élite destinada a gobernar, lo cual, por desgracia, explicaba muchas cosas.

—Buenas tardes, señor comisario —respondió Daniel—. Por cierto, enhorabuena por su ascenso. Sentí mucho perderme su cena de despedida. Al parecer, no cabía ni un alfiler.

Barbadillo era un tipo con pocos afectos. Gran parte de sus méritos se habían ganado en despachos a base de hundirle la vida a policías honrados e imperfectos. Para celebrar su ascensión, los peces gordos del departamento habían encargado una cena en un buen restaurante del centro de la ciudad para cerca de cien personas. Ni siquiera llegaron a ser veinte. El comisario miró al forense con cara de pocos amigos.

—Vete dentro, Ciges, y no me jodas —escupió—. Por cierto, espero que no te excites demasiado con la escena. Todos sabemos tu debilidad por las correas y el cuero —soltó con sorna.

Ciges hizo un amago de golpear al joven comisario pero fue sujetado a tiempo por Diego. Tras unos segundos de forcejeo, le hizo un gesto con la cabeza para que se fuese. El forense, herido en su orgullo, se soltó del brazo y se encaminó al refugio. Diego lo siguió con la mirada y luego, con una imperceptible sonrisa en su rostro, se acercó para quedarse cara a cara con Barbadillo. Ni un palmo separaba sus rostros.

—¿Y tú qué quieres? —preguntó con un hilo de voz.

—Le voy a explicar algo, señor comisario —empezó a decir Diego con calma, remarcando sus últimas palabras—. En la vida hay fundamentalmente tontos de dos clases.

Barbadillo le seguía mirando impávido.

—Están por un lado los tontos que saben que lo son. El hecho de que ellos mismos reconozcan su incapacidad consigue que no sean demasiado peligrosos. A menudo, hasta caen bien y nos llegan a hacer reír. Por estos no hay que preocuparse demasiado.

El comisario se removió incómodo.

—Luego, por desgracia, hay un segundo grupo que es al que usted pertenece y que es el formado por los tontos que se creen muy listos. Gente torpe que, a menudo, intentan paliar su falta de aptitud con continuas críticas hacia los demás. Su vida se basa en vender cortinas de humo y una imagen —afirmó mientras hacia una

pausa—. El riesgo está cuando, por azares de la vida, ese tipo de tontos llega a los puestos importantes de nuestra sociedad. Se creen poderosos y empiezan a tomar decisiones que, en muchos casos, provocan el caos y el despropósito.

—¿Dónde quieres ir a parar? —le interrumpió Barbadillo enfadado.

—Quiero ir a parar a que, como intente tocarme las narices en este caso, le voy a partir la cara. Moleste a Ciges, métase en mi investigación o haga una sola llamada para presionarme por las diligencias y le juro que voy a la nueva cloaca donde se ha escondido y le inflo a hostias, ¿entendido, señor?

—¡Usted no puede hablarme así! ¡Yo...yo...soy un comisario! —se defendió Barbadillo.

—Como si es usted la duquesa de Alba, señor.

—¿Me está amenazando, inspector?

—No, señor. Yo no amenazo —dijo mientras le lanzaba una cínica sonrisa—. Amenazar es de débiles. Y no creo que me considere una persona débil. Yo sólo le estoy advirtiendo, señor.

El comisario torció el gesto y bajó la mirada. Luego se dio la vuelta y se marchó al trote con el rabo entre las piernas. Diego se permitió soltar un par de bocanadas de humo antes de encaminarse a la caseta. Otro para la lista. Aquello le había alegrado el día. Sin más dilación, entró en el embarcadero.

Cuando se asomó por la puerta, pudo percibir ese reconocible aroma dulzón a sangre seca. En cuclillas, Daniel examinaba el cráneo de aquel desgraciado. Al percibir la penumbra originada por la silueta de su amigo, se giró meneando la cabeza.

—Barbadillo es un idiota —afirmó Diego.

—Lo sé. Hace tanto tiempo... ¡Joder! —divagó el forense— Esas malditas fotos me van a perseguir siempre.

—El caso, Daniel.

—Supongo que será mejor que nos centremos —dijo mientras se incorporaba—. No me gusta, Diego. A este infeliz le han torturado a base de bien. Tiene fracturas en varios dedos de ambas manos, el cúbito del brazo derecho, algunas costillas y el fémur de la pierna izquierda. Y eso a simple vista, porque esa rodilla tampoco parece estar bien. Y he contado, sin mirar a fondo, al menos diez puñaladas y varios impactos de bala. Se llevó un buen castigo.

—Vamos Daniel, no exageres. Tú y yo llevamos ya demasiada mili hecha para dejarnos impresionar con facilidad. ¿O acaso es que te estás haciendo viejo?

—Quizás pero es cierto que nunca había visto este nivel de ensañamiento en una víctima —dijo el forense al tiempo que levantaba una sábana que tapaba las partes pudendas de la víctima—. Le han cortado sus...partes al completo. Con todos sus apéndices.

—Serán un trofeo.

—No. Están en la sala.

—¿Han aparecido? —preguntó Diego.

—En realidad sí —afirmó el forense tras hacer una pausa—. Después de cortárselo todo, parece que se lo metieron dentro de la boca. Al menos parece que todo eso se lo hicieron después de meterle un par de balas en la cabeza.

El forense le enseñó una bolsa de plástico con los restos del aparato reproductor del individuo. Diego disimuló cómo pudo su asco y salió del refugio. Se encendió un cigarrillo y aspiró un par de bocanadas. La nicotina le supo a gloria. En una esquina, un técnico y un joven policía sacaban fotos de varios restos que habían ido recopilando. Diego se acercó.

—Soy el inspector Diego Guerra. Estoy a cargo del caso. ¿Tenéis algo, chicos?

Ambos se giraron y le miraron de arriba a abajo.

—No mucho, inspector. Estamos recogiendo todos los restos que hemos encontrado en un radio de veinte metros. Hay un problema.

—¿Cuál?

—La gente es muy sucia, señor. Llevamos dos bolsas llenas y seguimos sacando mierda. Tardaremos un mundo en procesarlas y obtener algo. Y lo peor es que la mayoría pertenecerá a algún inglés borracho o a una pareja de jubilados de Móstoles.

Diego retorció la colilla del cigarrillo en sus labios, contrariado.

—¿Quién encontró a la víctima?

—Una joven pareja de turistas alemanes. Al parecer el chico forzó la entrada en presencia de su novia —contestó el joven.

—¿Ha dicho para qué?

—El chaval nos ha contado una milonga, señor. Algo así como que tenía curiosidad por ver la caseta por dentro y tal. Yo creo que buscaba un sitio para calzarse a la chica.

Las nuevas generaciones cada vez daban peor uso al castellano.

—¿Son aquellos?

El joven agente afirmó con vigor. No tenían pinta de haber matado nunca ni una mosca.

—Anote sus nombres y llévelos a la central para que declaren como testigos. Luego tomen bien sus datos. Si hace falta, hablen con su embajada —ordenó Diego—. ¿Tenemos al menos el nombre de la víctima?

—¡Oh sí, señor! —afirmó el policía— De hecho, este tío es famoso.

—¿Famoso?

—Sí, señor. Este hombre es...bueno, era... el gran Rober, señor —afirmó el agente—. Estoy esperando que me lo confirmen en la central aunque su nombre y apellidos me suenan mucho. Por no hablar del físico.

Diego puso cara de circunstancias. No tenía ni idea de quién era aquel tipo así que le interrogó con la mirada.

—Es un conocido actor porno. Su página web tiene millones de visitas al mes. Es muy famoso —concluyó el técnico.

Diego se giró, mirando la puerta del refugio. Aunque es cierto que su cuerpo estaba en malas condiciones, su físico no cumplía ni de lejos los estereotipos de actor porno, musculoso y muy dotado. Los jóvenes notaron sus reticencias.

—No es actor porno normal, señor. Es el rey del “porno-freak” o porno de aficionados. Se lo enseñaré —afirmó el joven policía mientras se acercaba a Diego y tecleaba con rapidez en su móvil.

Instantes después, Diego no daba crédito. El video empezaba con dos chicas desnudándose en una especie de cama redonda. Eran muy jóvenes. De hecho, quizás demasiado. Luego, de repente, un tipo que se parecía bastante al fiambre del cuarto de pescadores, entraba en escena disfrazado de cura. Llevaba diversas prótesis que le afeaban si cabe aún más el rostro.

—¿Lo paso más adelante? Esta rubia está... — dijo el joven agente antes de ver la severa expresión de Diego.

—Bien. Sigán con su trabajo y si encuentran algo, avísenme. Mi extensión de la central es la 308. Y dense prisa —ordenó—. Por cierto, espero que no comenten esto con nadie. Sólo nos falta un montón de periodistas de la prensa basura revoloteando por aquí —avisó Diego al tiempo que se marchaba hacía el refugio.

Tras poner al día a Daniel, se despidió de todos y se encaminó hacia lo alto del desfiladero. Terminó de subir la escalera de madera con cierto esfuerzo, teniendo que quedarse unos segundos recobrando el aliento al llegar al final. La falta de ejercicio y el

aumento demencial del consumo de tabaco de los últimos años se notaba con claridad en su forma física. Sus retinas grabaron la idílica imagen que le dejaba aquella playa. Cuando consiguió ver su herida sangrar el tiempo suficiente, se giró, dándole la espalda al horizonte y buscando el consuelo que le proporcionaban otro nuevo cigarrillo y el refugio de su viejo coche.

Después de llevar a la chica a sus nuevos aposentos, se dispuso a encender el fuego. La verdad es que en cuanto le habían enseñado el piso, se enamoró como un chiquillo de aquella antigüedad. Era una preciosa cocina de hierro fundido, de dos fogones, que a su vez conseguía calentar la casa en invierno. Bajo su criterio, hoy en día todo iba demasiado deprisa. Aquella cocina, con su depósito para leña, mostraba otra forma de entender la vida. La paciencia, el mimo o ser cuidadoso eran virtudes que había que saber manejar para entender aquella antigüedad. Con los crímenes sucedía lo mismo. Tiró dentro una buena montaña de troncos y astillas, abrió el respiradero que suministraría oxígeno a la combustión y luego lo roció todo con media botella de líquido inflamable. A continuación lanzó dentro una cerilla encendida y la mezcla no tardó en arder. Con cuidado de no quemarse, arrojó al fuego las ropas que había arrancado del frágil cuerpo de la chica. Después de cerrar la portezuela, abrió la nevera satisfecho. La primera fase de su plan había salido a la perfección. Su estómago rugió con potencia. Tenía hambre y, después de todo, se había ganado una buena cena.

Serían alrededor de las nueve de la noche cuando el inspector Diego Guerra entraba por la cuarta planta de la comisaría central. Saludó a un compañero que fumaba a escondidas en el portón lateral de salida de emergencia y se fue directo hacia la puerta de su departamento. Munar, el subcomisario de guardia, lo esperaba de pie bastante inquieto, junto a su mesa.

—¿Y bien? —le espetó sin miramientos.

Diego le explicó con frialdad la escena donde había aparecido el cadáver, así como las abundantes lesiones de las que fue objeto la víctima. No dejó ningún detalle en el tintero mientras el rostro del subcomisario cambiaba de color por momentos. Por último, le comunicó la identidad y oficio del fallecido. Munar frunció el ceño.

—Parece que está claro, ¿no? —preguntó ante la mirada incrédula de Diego.

—¿Claro, señor?

—Esto es por venganza. Dice usted que hay chicas muy jóvenes en los videos, ¿no es así?

—Sí. Las chicas que vi en el video no tendrían más de veinte años. Incluso menos.

—Seguro que ha sido uno de los padres de las chicas. Imagínate ver a tu hija en uno de esos asquerosos videos. Cualquiera se volvería loco, yo incluido. ¿Sabes cómo llamo yo a esto, Guerra?

Diego se encogió de hombros sin importarle demasiado la respuesta.

—Justicia divina —afirmó, muy orgulloso de sí mismo.

—Puede ser para quien crea en Dios, señor —contestó Diego—. Pero tengo la sensación de que aquí hay algo más. No es tan sencillo.

—¡No empieces, Guerra! —amenazó— Cada vez que te doy un caso un poco más extraño de lo normal, empiezas con tus teorías conspirativas y acaba como el rosario de la aurora. En esta ocasión seguro que el asesino es un padre cabreado —aseveró el subcomisario— o quizás un novio despechado. Investiga a las chicas y encuentra a un padre que este lo suficientemente loco para hacer algo así. Luego te lo traes aquí y le aprietas hasta que le saques una confesión, ¿entendido? —le ordenó mientras le amenazaba con el dedo.

Diego lo miró con indiferencia, se giró y se marchó, recibiendo toda clase de improperios a sus espaldas. Menos mal que las llevaba recubiertas de una invisible capa impermeable.

Se metió en el ascensor y bajó hasta el sótano. Aunque nunca fue un mal policía, Munar era al igual que Barbadillo otro ejemplo de perfecto idiota. La idea del padre cabreado era plausible pero, por lo visto en el cadáver, la tortura previa al asesinato había sido larga y concienzuda. Lejos del acto pasional que sería el asesinato cometido por un padre enfadado o un novio despechado. Salió del ascensor dándole todavía vueltas al tema cuando un intenso olor a formol y muerte le golpeó sus sentidos. Entró al depósito de cadáveres y, tras saludar a un par de desdichados huéspedes, se fue directo al despacho de Daniel. Luego encendió el ordenador.

Llevaría una hora tecleando y buscando datos cuando un carraspeo lo interrumpió.

—Por favor, inspector. Pase y póngase cómodo. Tranquilo —afirmaba irónico el forense—, si lo desea, puede usar el ordenador.

—Disculpa Daniel. Pensé que no te importaría.

—Y no me importa pero, ¿por qué diablos no usas el de tu despacho?

Diego levantó la vista y sonrió con tristeza. El forense le sostuvo la mirada unos instantes.

—Entiendo. El subinspector Munar. Me lo he encontrado al llegar. ¡Menudo idiota! —afirmó— Hace dos telediarios estaba aquí abajo, vomitando hasta la última galleta del desayuno con algún cadáver y ahora se cree don importante. Otro como Barbadillo. Dios los cría...

—Así funciona el negocio —apuntó Diego.

—¿Te acuerdas aquella vez que se apoyó en un cuerpo y cómo al notar el tacto frío del desdichado, se mareó y se cayó de espaldas.

¡Menudo golpe se dio en la cabeza con una esquina de la mesa!
—gritó divertido Daniel— ¡Vaya brecha se hizo el imbécil!

—Quince puntos de sutura —apuntó Diego—. Me hizo jurar que nunca contaría a nadie como se la había hecho. A veces me dan ganas de escribir un libro.

Los dos se miraron y se echaron a reír. Durante unos instantes, ambos olvidaron las cadenas que lastraban sus vidas.

—Dijo a todo el mundo que se lo había hecho durante una detención —terminó de decir Diego mientras se secaba las lágrimas que se le habían escapado de tanto reír—. ¡Menudo idiota!

—Bueno. Los mediocres se abren paso, querido inspector. Úsalo el tiempo que necesites. Yo tengo trabajo.

—¿Y tu cita?

—Podrá esperar. No creo que le causara buena impresión con el aroma a muerto.

—Perfecto. De todas formas, sólo tardaré un par de minutos más —dijo Diego mientras hablaba al cogote del forense, que levantó la mano a modo de respuesta.

Diez minutos después, Diego salió del despacho. Daniel ya estaba atareado, recogiendo muestras del cadáver del actor. Paró la sierra y se levantó la mascarilla protectora.

—¿Ya te vas?

—Sí. Voy a comprobar un par de cosas. Llámame al móvil con lo que tengas.

—De acuerdo. Ten cuidado.

Diego se giró y se fue directo al ascensor. Mientras bajaba, su teléfono empezó a vibrar. Lo sacó y lo descolgó. Al fin buenas noticias.

—Hola. Gracias por responder tan rápido. Necesito que me busques todo lo que tengas sobre un tipo. Es actor porno y hemos encontrado su cadáver en una playa. Tenía una web y una productora de cine. Yo voy para allí. Ahora te envío los datos. Ya hablaremos del precio. Y necesito discreción absoluta. Al menos de momento.

Tras escuchar una respuesta afirmativa al otro lado del aparato, Diego colgó y salió al aparcamiento, encaminándose hacia su coche. Se montó y, tras encenderse el enésimo pitillo del día, puso en marcha la radio. Las señales horarias acababan justo de marcar las diez y media de la noche. Sin ser todavía demasiado consciente de dónde se estaba metiendo, el inspector se sumergió en el tráfico nocturno como lo haría un delfín amaestrado en el tanque de un acuario. A unos doscientos metros de la entrada, un pequeño utilitario de color negro empezó a seguirlo en la distancia.

El poco tráfico reinante en la carretera quedaba limitado a taxistas en busca de la última carrera del día, parejas de jóvenes buscando lugares oscuros para encuentros íntimos y gente que volvía del trabajo. Empezaba a lloviznar cuando el inspector se salió de la autopista, en dirección al Pla de Mar, una zona de pequeñas urbanizaciones dormitorio situadas en la periferia de Palma. En concreto, estaba buscando la urbanización *Tramuntana*, lugar de la sede social de la productora "*Carne Ibérica*" S.A. Construido hacía unos diez años, el conjunto de viviendas unifamiliares que lo componían había sido pensado para ser ocupadas por clases medias y altas. A pesar de ello, las amplias avenidas y jardines presentaban un estado evidente de abandono y muchas de las casas permanecían vacías. El motivo: un asentamiento chabolista erigido a tan sólo un par de kilómetros de su centro neurálgico unos años después de su construcción. Las casas habían perdido poco a poco su valor y las élites más pudientes huyeron, mudándose a nidos mejores donde sus vástagos no se mezclaran con indeseables. Como no todo el mundo se podía permitir una pérdida económica tan importante con el cambio de vivienda, no fueron

pocos los que se quedaron allí, atrapados, presos de aquella enorme ratonera de hormigón.

Diego aparcó junto a la puerta de la dirección que tenía apuntada en su cajetilla de tabaco. Desde el exterior, la casa se alzaba imponente detrás de un grueso muro de piedra. De dos alturas, la vivienda estaba pintada de un blanco casi virginal, lo que después de todo no dejaba de ser irónico. Se acercó a la puerta y llamó al interfono.

—¿Sí? —respondió una voz femenina.

—Inspector Diego Guerra.

Un zumbido le invitó a pasar. Tras cerrar la puerta del jardín, subió por una escalinata de piedra que desembocaba en una impresionante puerta doble de roble macizo donde una mujer, que rozaba la cuarentena y que llevaba unas ojeras dignas de al menos dos hijos y un marido, le esperaba en el umbral.

—Buenas noches. En primer lugar, gracias por recibirme tan tarde, señorita...

—Amanda. Me llamo Amanda Watling —se presentó la mujer—. Pero pase, por favor. Ya empieza a hacer frío para quedarse en la puerta a charlar —terminó de decir mientras se hacía a un lado para dejarle pasar.

Diego entró y se quedó sorprendido. No existía casi ninguna pared en toda la planta. El techo parecía sustentarse en exclusiva en media docena de columnas que se repartían por la estancia de manera equitativa. Toda la superficie era un espacio abierto donde paredes de pladur separaban distintos escenarios y simulaban desde el aula de una clase a un desván pasando por una oficina o la capilla de una pequeña iglesia. Era impresionante. Su sorpresa no pasó desapercibida para la mujer.

—Es increíble, ¿verdad? —afirmó— Tranquilo. Nuestros estudios son pequeños pero están bien dotados.

—No lo dudo —soltó el inspector.

La mujer sonrió. A buen seguro que estaba acostumbrada a escuchar todo tipo de chascarrillos al respecto.

—Todo el mundo que ve esto por primera vez se sorprende. Pase, inspector. Vamos a la cocina. Necesito un café.

Diego siguió los pasos de la mujer por aquel recorrido de fotogramas vitales. En medio de la enorme estancia, colgados en dos enormes percheros se agolpaban decenas de prendas, disfraces y accesorios. Una desvencijada mesa sustentaba algunas cajas llenas de desgastados juguetes sexuales de todo tipo, color y forma. En un rincón, como agazapada, una escalera subía hacia el piso superior desembocando en una puerta. Tras ella, una pequeña cocina americana se mezclaba con un pequeño escritorio que hacía las veces de despacho y oficina. Diego se fijó de inmediato en una pequeña puerta metálica que estaba cerrada con un candado y una gruesa cadena, justo al lado de una pequeña chimenea abierta. Tras mirarla un buen rato se quedó observando a la mujer con fijeza.

—Este es el almacén de material técnico. Hay casi cincuenta mil euros en aparatos, cámaras, cables y focos. Como comprenderá, tiene que estar a buen recaudo. ¿Quiere verlo? —añadió con desconfianza.

—De momento no, gracias.

La mujer sacó un par de cápsulas de café de un armario y preparó dos tazas de humeante café. Hizo hueco en el escritorio abarrotado de papeles y colocó el azucarero y un cartón de leche medio vacío que sacó de una pequeña nevera que había en la esquina de la cocina. Luego se sentó en su sillón e invitó con la mano a Diego a hacer lo mismo.

—Bueno inspector, no quisiera parecer grosera pero lo cierto es que tengo ganas de irme a casa. Si me dice qué ha hecho esta vez, buscaré al abogado correspondiente y me podré ir a dormir.

—¿Está acostumbrada a recibir visitas de la policía de manera habitual?

—La verdad es que en los últimos meses no. Llevaba algún tiempo sin meterse en ningún lío.

—¿No es la primera vez que le detienen?

—Para nada —afirmó con rotundidad Amanda—. Ha sido detenido media docena de veces. Escándalo público, prostitución y diversos motivos más. Pero todo eso usted ya lo sabe.

Diego dejó escapar una tranquilizadora sonrisa.

—Sin querer parecer grosero, ¿qué tipo de relación tiene usted con el señor Roberto Trencillo? —preguntó Diego mientras aderezaba su café con una cucharilla de azúcar.

La mujer se removió inquieta en su asiento. No le había gustado la pregunta.

—La relación entre Roberto y yo es estrictamente profesional. No sé qué le habrá contado porque le encanta liar las cosas. Sólo mantenemos una relación de jefe y empleada. Ciertamente, no es mi tipo.

—¿Y qué tal es cómo jefe?

—¿A qué se refiere?

—Su horario es, cuanto menos, un poco extraño. Son casi las once de la noche y usted no parece esta enfadada por tener que estar aquí. Supongo que al menos le pagará bien. A menos que les una algo más que la relación empresarial.

La mujer le miró de arriba a abajo. Cogió su paquete de tabaco, sacó un cigarrillo y lo encendió. Después de exhalar un par de bocanadas de humo, comenzó a hablar.

—No sé cuántas veces más voy a tener que contar todo esto —dijo tras escupir otra cortina de humo—. Yo conocí a Roberto hará unos veinte años. Él empezaba a hacer sus pinitos en el porno

como actor secundario o bufón en muchas de las películas que se empezaban a grabar en la incipiente industria que estaba naciendo en Barcelona y alrededores. Yo, por contra, intentaba ganarme la vida como podía. Mi novio me había abandonado unas semanas atrás después de dejarme embarazada de gemelos. Nunca se le dieron bien los compromisos por lo que su huida tampoco me sorprendió demasiado —soltó con un poso de amargura—. Necesitaba dinero y un día, en la puerta de un bar, me lo presentaron. Lo vi un tipo majo así que quedamos un par de veces y una noche, tras un par de gintonics, nos acostamos juntos. Ni siquiera me gustaba pero entre las hormonas, el alcohol y el sentimiento de abandono estaba un poco vulnerable. Al día siguiente, cuando desperté a su lado, me quería morir. Le dije que lo nuestro había sido un error y me marché de malas maneras. No le sentó muy bien que digamos.

Apagó el cigarrillo y cogió uno nuevo. Lo encendió mientras el otro aún agonizaba en el cenicero repleto.

—Unos días después, me llamó para volver a quedar en su casa. Aunque el asunto me dio mala espina, acepté. Era un chico majo, incluso tímido, y no hice bien las cosas al despedirme de él. Al fin y al cabo, el error había sido mío. Cuando llegué a su piso tenía una sonrisa de oreja a oreja. Me hizo sentarme en su sofá y me encendió un vídeo con una grabación. En la televisión, empezaron a salir imágenes de nuestro anterior encuentro. Al parecer, había escondido un par de cámaras en la habitación. Me quise morir —dijo mientras perdía su mirada en el vacío.

El inspector Guerra se mantuvo en silencio sin dejar de mirar a la mujer a los ojos.

—Cuando vi el video, monté en cólera. Le pedí que lo borrara y que me lo entregase. Él, divertido, me intentaba hacer ver la presunta inocencia que había en aquello. De repente, un intenso dolor en mi abdomen me obligó a sentarme. Noté salir sangre desde mis partes más íntimas y él se asustó mucho. Me puse muy pálida y

me mareé. Luego, por unos instantes, perdí la conciencia. Aquella noche estuve a punto de perder a mis niños.

El silencio del inspector incitaba a continuar con la historia.

—Cuando me desperté, estaba sentado a mi lado. Estaba muy nervioso y me dijo que no me preocupase por la cinta, que la iba a destruir. Poco a poco fui recuperando el color. Se sentía muy mal conmigo y me dijo que iba a compensarme. Fue entonces cuando me propuso un negocio.

—¿De qué clase?

—Quería que montáramos una empresa juntos. Una productora porno, para ser más concretos.

—Un negocio poco común.

—Sí. Aunque es cierto que él sabía que en el cine porno amateur en España había un importante nicho de mercado. En España estamos más atrasados que en otros países en temas de libertad sexual así que siempre se ponen de moda tendencias que en otros lugares hace tres o cuatro años que ya funcionan bien.

—Un visionario, según veo.

La mujer se detuvo y le miró de arriba a abajo. Al final decidió no entrar al trapo. No picó el anzuelo.

—Gracias a nuestros encuentros previos, Roberto sabía que yo tenía cierta formación de administración y dirección de empresas, por lo que me propuso que fuésemos socios. Él se encargaría de la parte técnica, de los rodajes y de encontrar actores y actrices. Yo, de la parte administrativa tales como los contratos, los registros de la propiedad intelectual o las facturas. Lo medité mucho y a pesar de que no estaba demasiado convencida, acepté. Así nació "*Carne Iberica*" S.A., la primera productora nacional de cine para adultos amateur.

—Un hito en la historia del país —apuntó de nuevo el inspector.

—No le gusta lo que hacemos y lo entiendo. Es más, no le culpo. Yo misma he de reconocer que a veces me siento asqueada con los videos y películas que grabamos. Aunque también he de decirle que todo lo que sale en las escenas parece siempre peor de lo que es. Son actrices y algunas son, además, muy buenas en su campo.

El inspector dibujó una lacónica sonrisa.

—No se ofenda, señorita Watling pero económicamente no parece que les haya ido mal del todo —afirmó el inspector mientras le señalaba un carísimo reloj de oro que abrazaba sin pudor su muñeca derecha. Ella sonrió.

—Eso es cierto, inspector. Ha de saber que, al principio, yo tenía mis dudas y acepté aquello como algo provisional. Durante un tiempo seguí buscando trabajo pero nunca llegué a encontrar nada mejor de lo que ya tenía. Roberto y yo hacíamos un buen equipo y empezamos, incluso, a tenernos cierto cariño. Con el paso del tiempo me fui acostumbrando a mi empleo y hasta empezó a gustarme. Las cosas poco a poco mejoraban y yo me acomodé. Casi podría decir que empecé a ser feliz.

—¿Feliz?

—Sí, inspector. Mantenía a mis hijos con solvencia y nunca me preocupaba el llegar a final de mes. Hoy día, para una madre soltera, eso es una misión casi imposible. Hace años... ni se lo imagina.

—¿Y cuándo se rompió la magia? Habla de ese paraíso terrenal en pasado...

—Hace ahora unos siete años, Roberto me traicionó —soltó la mujer con amargura.

El inspector sacó un nuevo cigarrillo. Hay heridas que nunca cicatrizan del todo. La mujer se tomó su tiempo.

—Un día, Roberto llegó aquí muy contento y me dijo que *Black Cat*, una superproductora de cine porno americana, quería comprar

nuestra pequeña empresa.

—Parece un paso importante.

—Sí que lo era —afirmó—. Para que usted se haga una idea es como si montas una empresa de informática en el garaje de casa y un día viene Apple o Microsoft a comprarla. Nuestro crecimiento había sido exponencial y recuerdo que cuando me lo dijo, comencé a dar saltos de alegría. Empezamos a hablar de planes de futuro y proyectos en común. Castillos en el aire.

El inspector la compadeció por primera vez. Una mujer navegando entre las olas con un cascarón de nuez por barco y con dos pequeños polizones.

—Una mañana, se presentó aquí con un abogado que había contratado. Me explicó que para llevar a cabo la venta, todas las acciones debían estar a nombre de la misma persona. He de reconocer que mi instinto me hizo desconfiar pero luego le miré, sonriéndome, con esa cara de no haber nunca roto un plato, y piqué. Era el único amigo que tenía desde hacía años y seguro que a él le pasaba lo mismo conmigo. Me pasó varios documentos y los firmé sin pensar. Todavía hoy no me perdono haber sido tan estúpida.

El inspector meneó con la cabeza. La misma película vista demasiadas veces pero con distintos actores. Y las que quedaban.

—Dos semanas después, vino el desengaño. Roberto se comportaba conmigo de manera distante y una tarde, después de un rodaje, lo abordé. Me dijo que la oferta no se había llevado a cabo y que *Black Cat* se había retirado de la puja. Se sacó dos mil euros de la cartera y me dijo que eso era como compensación por mis acciones. Tras salir de mi asombro, he de reconocer que me puse histérica. Le grité, le escupí e incluso le estrellé un par de platos. Luego cogí mi bolso y me fui a casa. Una semana más tarde vino a pedirme perdón. Me rogó que volviese a mi trabajo. Le dije que me devolviese mis acciones y él se negó. Luego me dijo que esta nueva situación era más provechosa para ambos. Me dijo que

me doblaría el sueldo normal por mi trabajo y me hizo un contrato como directora general de la empresa. Sola y con dos niños que alimentar, tragué orgullo e hice lo que tenía que hacer: poner pan en mi mesa y agua caliente en el baño. La vida es una puta ladina y subversiva.

El inspector asintió. No podía estar más de acuerdo.

—¿Cómo ha sido su relación desde entonces?

—No como antes del engaño, por supuesto, pero nos seguimos llevando bien, en términos generales. La necesidad que teníamos el uno del otro nos obligó a ser prácticos. Unos meses después del incidente la productora salió al mercado web y empezamos a obtener resultados excelentes. Actualmente tenemos unos dos mil suscriptores fijos a nuestra página y unos ochocientos que van y vienen. Eso, sin contar merchandising, derechos de autor de las películas y otros ingresos. La salud económica de la productora es excelente. No en vano llevamos seis años seguidos en los que nuestro beneficio crece al menos un diez por ciento.

—¿Cuál es el valor actual de la productora?

Amanda cerró los ojos unos segundos y comenzó a hacer cálculos mentales.

—Es difícil de saber con exactitud. Puede que cinco o seis millones de euros —respondió de repente—. Entre suscriptores, publicidad, derechos, actores y actrices en exclusiva y todo lo demás facturamos al año unos tres millones de euros que, descontando gastos e impuestos, nos dejan de un millón a millón y medio de euros de beneficios por ejercicio.

—La mitad de eso es más de dos mil euros, ¿no cree?

El comentario del inspector consiguió remover oscuros sentimientos.

—Bueno, ya hemos hablado bastante, inspector. Si no le importa, dígame que ha hecho Roberto esta vez para que pueda avisar a su

abogado. Tengo a mis hijos solos en casa y quiero irme a dormir.

El inspector Guerra se levantó de la silla y endureció sus facciones.

—Señorita Watling, siento comunicarle que esta tarde en una playa del norte de la isla hemos encontrado el cuerpo sin vida de su jefe, el señor Roberto Trencillo, con evidentes signos de violencia.

Tras detenerse en seco con la boca abierta y como si un martillo le hubiese golpeado en pleno estómago, Amanda se levantó y corrió a vomitar sus ascos en el fregadero azul cobalto de la cocina. Luego, con la cabeza dándole vueltas aún, se sentó en el suelo y se tumbó hacia atrás. El sonido amortiguado de la voz del inspector le llegó queda y apagada. Por unos instantes, pareció perder el conocimiento.

Amparada en la fría oscuridad nocturna, una sombra se mordía las uñas con intensidad detrás de los contenedores. Desde su negra esquina, seguía con interés los acontecimientos que se desarrollaban en la casa. De repente, un amargo sabor cobrizo se deslizó sibilino por sus papilas gustativas. Encendió la linterna del móvil y descubrió que todavía había restos de la sangre de su víctima entre sus dedos. En cuanto llegase a casa, tenía que lavarse a conciencia. No podía dejar ningún rastro de sus crímenes de una manera tan burda. Aquel maldito inspector no parecía con demasiadas ganas de irse a dormir. Él, por contra, estaba agotado. La noche anterior la había pasado en vela de fiesta con aquel saco de grasa. Se lo había pasado en grande aunque, a buen seguro, el gran Roberto no podría decir lo mismo. Estaba pensando en marcharse cuando vio aparecer un coche que reconoció enseguida. Sus peores augurios se confirmaban. Notó como poco a poco su bilis se acumulaba en el estómago mientras cerraba los puños con tanta intensidad que las yemas de sus dedos se tornaron en un preocupante color blanquecino. Esta era la última vez que se

entrometía en sus asuntos. Ella sería, sin ningún género de dudas, la siguiente en su lista. Sin que nadie reparase en su presencia, se giró y las sombras nocturnas le engulleron con rapidez.

—¿Seguro que puede ir a abrir la puerta? —preguntó el inspector con preocupación.

Amanda, sin mucha convicción en su gesto, afirmó moviendo la cabeza. Fue a la entrada principal mientras éste lanzaba una mirada rápida por los papeles colgados en el corcho de encima del escritorio. Billetes de avión, facturas, notas, análisis clínicos de enfermedades de transmisión sexual o la tarjeta de una tienda de animales exóticos. Aunque no parecía haber nada interesante allí, ir al estudio de la productora no había sido tan mala idea después de todo. Medio minuto más tarde, Amanda regresó con algo más de color en sus pálidas mejillas.

—¿Quién era?

—María. Venía a ver a Roberto.

La mirada interrogativa del inspector se encontró con sus inevitables ojos azules.

—Es María Berdún, una antigua amiga de Roberto. Fue una de las primeras con las que trabajó y la que, en cierto modo, le ayudó a levantar todo esto.

—¿Le ha dicho para qué había venido?

—No. Sólo que había quedado esta noche con Roberto. Me ha preguntado que si sabía dónde estaba.

—¿Y usted qué le ha contestado?

—Con evasivas. Le he dicho que creía que estaba rodando. No sabía si podía decirle lo de Roberto o no.

—Ha hecho bien. Se enterará tarde o temprano, pero mejor será que no lo haga todavía. ¿Están liados o algo parecido?

Amanda pareció pensarse bien la respuesta.

—No lo sé. Si tienen algo, es más bien informal. Creo su relación es más de cariño y compañía que sexual, aunque eso no quiere decir que de vez en cuando...bueno, ya sabe. En los últimos meses han pasado cada vez más tiempo juntos. Creo que Roberto está cada vez más cansado. Bueno, estaba.

—¿Cansado?

—Sí. Ya no disfrutaba como antes. Aunque no lo crea, esta profesión es muy dura.

El inspector arqueó las cejas y colocó una leve sonrisa en su rostro.

—Piénselo. Todo el día en aeropuertos, de rodaje en rodaje y de audición en audición. Levantarse en Madrid, estar en Barcelona a mediodía y dormir en Bilbao. Y así cada día. Además, en muchas ocasiones cada actor rueda de dos a tres escenas por película, por no olvidarse en ocasiones se hace en exteriores, pasando muchísimo frío o un calor extremo. Es una profesión realmente agotadora.

—No sabía que se hicieran tan nobles sacrificios. La canonización de algunos sementales debe estar próxima.

—Su sarcasmo no me impresiona —explicó Amanda con enfado—. Sé que desde fuera parece que no hacen mucho más que joder unos con otros como monos, pero es una profesión difícil. Tratamientos médicos, estéticos, intervenciones quirúrgicas, por eso la gente dura muy poco. Se acaba quemando. En pocos casos los actores siguen rodando después de 4 o 5 años de carrera.

—Entiendo.

—Y Roberto no estaba en su mejor momento. Cada vez hacía menos escenas y se irritaba más por todo —confesó Amanda—. A

él antes le apasionaba grabar, buscar chicas e incluso ir a los festivales. Con toda sinceridad creo que, a corto plazo, planeaba dejarlo todo.

—¿Sabe de alguien que le tuviese en su punto de mira? ¿Algún padre o novio cabreado? ¿O tal vez algún director o actor que se hubiese sentido traicionado?

Amanda se levantó y fue hacía el plató. Se agachó por debajo de la mesa que había en el centro de la sala y sacó una caja de cartón, que entregó al inspector. Diego la cogió y pudo ver en su interior varias decenas de cartas de todos los colores y tamaños.

—¿Admiradores? —preguntó irónico.

—Sí —soltó hastiada—. Aunque aquí sólo hemos guardado a los más insistentes.

—¿Por qué no denunció nunca los hechos? En su contra sí constan varias denuncias, pero jamás interpuso ninguna contra nadie —preguntó Diego—. ¿No tenía miedo a que le sucediese algo?

—Supongo que quería aparentar que no. La mayoría son de padres, novios o hermanos de muchas de las chicas que Roberto reclutaba. Tiene que tener en cuenta que el negocio de Roberto iba bien porque conseguía convencer a chicas muy jóvenes. Hay una sección de la web que incluso está dedicada a chicas que se acostaban con él y grababan su primer video el mismo día que cumplían los 18 años. No es un trabajo agradable pero sí muy rentable. Los hombres son muy cerdos y los que se esconden detrás de la pantalla de un ordenador, aún más. Ellos mismos eran los que muchas veces nos daban ideas para nuestros videos. Cuanto más se puteara a la chica, más visitas tenía la escena.

Diego no pudo reprimir su gesto de asco. No era un retrógrado en el tema de la prostitución. Cada persona debería poder hacer con su cuerpo lo que quisiese, siempre y cuando fuese en libertad. Pero instigar y convencer a chicas demasiado jóvenes e inseguras,

incapaces de entender las consecuencias de rodar porno con un cincuentón decrepito, a cambio de unos míseros euros era deleznable y una atrocidad.

—Sé lo que está pensando, inspector.

—Lo dudo, señorita Watling.

—Yo intenté convencerle muchas veces de que suprimiese esa sección, pero él se negaba. Decía que era de las más productivas. Roberto siempre afirmaba que se limitaba a darle a los tíos lo que deseaban ver: chavalas jóvenes que podían ser sus vecinitas, follando con un tío tan asqueroso y lascivo cómo ellos. Estaba cumpliendo los sueños más oscuros y sucios de cualquier hombre entrado en años.

—¿Y se equivocaba?

—En absoluto. Esa sección era, con mucha diferencia, la que más descargas registraba de toda la página. En torno a un treinta por ciento del tráfico web iba a esa sección.

Amanda regresó a la cocina mientras que Diego la seguía con la caja entre las manos.

—¿Recibió Rober muchas denuncias por culpa de esa sección?

—Sí. En tres ocasiones. Todas saldadas a favor de Roberto. Desde el punto de vista legal, el asunto era totalmente lícito. Por si no lo sabía, él era abogado. Nunca llegó a ejercer pero era un tipo muy listo. A raíz de ganar el primer juicio empezó a recibir esas cartas.

—¿Piensa que alguno de los autores de las cartas pudo ser el asesino?

—No lo sé. Como ya le he dicho, algunos llegaron a denunciarle e ir a juicio. Roberto los ganó todos y digamos que no fue del todo elegante en la victoria.

—¿Por?

—Cada vez que una chica o su padre le denunciaba, retiraba los videos de la chica en cuestión. Luego, una vez ganado el juicio, los colgaba durante treinta días gratis en la web. Pasaban de tres o cuatro mil reproducciones al mes a 2 o 3 millones. El impacto era brutal.

—Un tipo diplomático.

—No se hace usted una idea —soltó la mujer.

—En esta vida todo se acaba pagando, supongo.

—¿Cómo se atreve? ¡Nadie merece morir! Roberto era un tipo peculiar, pero...

—Era un cerdo. Un proxeneta que no estaba en la cárcel porque nuestro sistema judicial hace aguas por todos sitios. En otra época lo hubiesen colgado por sus exiguas partes hasta morir.

—¿Cómo se atreve a hablar de así de él? ¿Pero quién se ha creído que es? —gritó Amanda, presa de la ira.

—Alguien que dice lo que piensa y al que le dan igual las consecuencias de sus palabras. Aun así, no se preocupe. Soy un profesional excelente y pillaré al que mató a la gallina de los huevos de oro. Le doy mi palabra.

La mujer soltó un par de lágrimas mientras meneaba la cabeza. Parecía estar demasiado afectada como para haberlo hecho ella. De estar fingiendo, era la mejor actriz que Diego había visto en su vida.

—Me ha comentado usted que Roberto era abogado. ¿Llevaba él mismo el asunto de los contratos?

—Así es. Todas las chicas firmaban uno antes de filmar y si no, no había escena. No se quería pillar los dedos. Sabía que moralmente lo que hacía no estaba bien pero eso a él le daba igual. Nunca le preocupo mucho lo que pensarán los demás.

—Entiendo.

El silencio se apoderó de la pequeña cocina. Cada uno dejaba navegar sus pensamientos en una dirección distinta. De repente, Amanda se acercó a la caja.

—Recuerdo que hubo una carta que me asustó de verdad. Espere un segundo —dijo mientras rebuscaba dentro—. Tiene que estar por aquí... ¡Ésta es! —exclamó mientras la blandía triunfante en sus finas y cuidadas manos.

El inspector la cogió y, tras sonreír con timidez, la guardó en el bolsillo de su chaqueta. Su móvil de repente empezó a vibrar. Era Daniel.

—Disculpe un segundo, señorita Watling —se excusó Diego al tiempo que soltaba la caja en el escritorio, se giraba y salía de la cocina, quedándose en el rellano de las escaleras—. Estoy trabajando, ¿qué demonios pasa? —preguntó de malas maneras.

—¡Qué modales! Te recuerdo, inspector, que yo debía estar cenando en un restaurante francés con una bióloga polaca que conocí hace dos noches en el gimnasio —afirmó con enfado—. En cambio, estoy aquí sólo en el mortuorio rebuscando en el trasero a este pobre infeliz.

Diego suspiró. Daniel tenía razón.

—Lo siento —se disculpó—. Estoy cansado. Querido amigo, ¿me podrías decir qué has encontrado, por favor? —preguntó ahora con exagerada amabilidad— Dame una buena noticia y cuando esto pase, yo te invitaré a cenar, doctor muerte.

Diego notó como Daniel se tranquilizaba al otro lado de la línea.

—¿Ves cómo no cuesta tanto trabajo ser amable? Siempre te digo que...

—Daniel..., por favor.

—Sí, sí. Ya voy. He encontrado unas braguitas de encaje negro dentro de la víctima.

—¿A qué te refieres con dentro de la víctima?

—A eso mismo, señor inspector. ¿Recuerdas dónde te he dicho que estaba rebuscando al principio de nuestra conversación? Use su imaginación, por favor.

—¿Te refieres a ...? —preguntó Diego sin querer confirmar la respuesta.

—Dentro del recto. Y fueron introducidas ahí pre-morten. Tiene heridas y fisuras en la pared que lo demuestran. Probablemente lo hicieron con algún tipo de pinzas quirúrgicas. Estoy buscando rastros de ADN en ellas.

—¡Joder, qué asco! —exclamó— Daniel, no le digas esto a nadie.

—Tarde, inspector —contestó el forense—, el subinspector Munar estaba presente cuando hice el hallazgo. De hecho, me estaba ordenando que cualquier cosa que encontrase se la diese a él primero. Creo que te quiere pisar el caso.

—Supongo. Además de un imbécil, siempre ha sido un tipo muy ambicioso.

—Sí. En cuanto me vio sacándolas le empezaron a dar arcadas —comentó divertido—. Cuando las tuve en la mano, se las ofrecí y se las acerqué a la cara. Empezó a vomitar antes de llegar al váter.

Ambos empezaron a reír con ganas. Daniel no había escalado peldaños dentro de la policía por este tipo de cosas, aunque también esas eran precisamente las acciones que le habían granjeado la amistad de Diego. Era un gran tipo.

—Te dejo. Ya me dirás algo cuando lo analices.

—De acuerdo. Cuídate.

El inspector cortó la llamada y se guardó el teléfono en el bolsillo de su chaqueta. Luego, volvió de nuevo a la cocina.

—Supongo que mañana vendrán por aquí un montón de policías y pondrán esto pata arribas —afirmó Diego—. Por cierto, una última

cuestión, señora Watling.

—Amanda, por favor —replicó la mujer—. Lleva toda la noche haciéndome sentir como una vieja solterona.

—Está bien, Amanda. ¿Llevaba usted algún tipo de agenda del señor Trencillo? Algún dossier, con las citas que tenía cada día, las escenas, viajes... ya sabe.

—Sí. Aunque era un poco caótica. A veces las anulaba media hora antes y citaba gente sin avisarme. Me cogía la agenda, apuntaba cosas y luego me las tachaba sin consultar. Un auténtico desastre.

—¿Y tenía alguna cita para la tarde o la noche de ayer?

—Un momento que lo mire —respondió Amanda mientras sacaba un dietario rojo del cajón del escritorio—. Ayer, ayer, ayer... Un momento... ¡Sí, aquí hay algo!

Diego se acercó y vio garabateada una frase al lado de las ocho y media de la noche: “XXX C. BLACK “ y el dibujo de unas palmeras.

—¿Qué significa? —inquirió el inspector señalando con el dedo.

—La “XXX” significa que iba a rodar una escena —explicó Amanda—. Y por lo que sigue después, la actriz con la que iba a rodar era Cristina Black. La anotación es de Roberto. Yo dibujo muy mal las palmeras.

—¿Quién es Cristina Black?

—Es una joven actriz que lleva alrededor de un año y medio con nosotros. Su carrera empieza a despegar y ya ha empezado a rodar con grandes productoras. Es una de nuestras mayores promesas. Tiene mucho futuro dentro de la industria.

—¿Tiene algún tipo de ficha con sus datos personales?

—Por supuesto. Un segundo —contestó Amanda mientras se ponía a rebuscar en una carpeta negra—. Carolina, Carmen... ¡Aquí está! —dijo al tiempo que le pasaba un folio.

Morena, metro sesenta y poco, muy guapa. Cuerpo entre adolescente y mujer. Según aquellos datos, había cumplido veinte años dos semanas atrás.

—Joder, parece una cría.

—En cierto modo, lo era. Pero no se deje engañar. No tiene nada de niña. Y ahora mismo este tipo de actrices con aspecto colegial tienen mucha demanda.

El inspector la miró, asqueado.

—Lo sé, inspector. Estoy de acuerdo con usted. Es nauseabundo.

—Sí. Aunque a usted no parece importarle demasiado ganarse así la vida. ¿Duerme bien por las noches, señorita Watling?

La mujer se quedó boquiabierta. No se esperaba aquel ataque.

—¿¡Cómo se atreve!?! —gritó encolerizada— ¡No tiene ningún derecho a juzgarme!

Diego reculó con cautela. Sólo quería probarla.

—Disculpe mi poco sentido del tacto, Amanda. Jamás estuvo entre mis virtudes ser correcto en las formas.

La mujer puso los ojos en blanco y miró al techo mientras suspiraba.

—En cierto modo, tiene algo de razón. Muchas veces me miro al espejo y no puedo ni sostenerme la mirada. Me siento cómplice. Y sucia.

—¿Y por qué ha seguido en esto?

—Porque luego cuando llego a mi casa y veo a mis hijos dormidos, calentitos, en sus mullidas camas y con todas las comodidades que yo nunca tuve, consigo tolerarme —afirmó—. Ellos son felices, van a clases de inglés, tienen buena ropa y juegan al fútbol en el equipo del colegio. No les falta de nada.

—Valores de suma importancia al fin y al cabo.

—Supongo que no. Pero son mis hijos y haría lo que fuese por ellos. Cualquier cosa. Es fácil hacer juicios de valor sin nadie que dependa de ti. Me gustaría verle ejercer de madre soltera, con veinte años y sin trabajo. No estoy orgullosa de lo que hago pero como ya le dije antes, este empleo pone pan en mi mesa. Me basta con eso.

La conversación estaba muerta. Amanda estaba ahora con la mirada perdida por la ventana y con los brazos cruzados, demostrando que nadie iba a sacar más agua de aquel pozo.

—Supongo que de momento esto es todo, Amanda —dijo Diego—. Gracias por el café y tome mi tarjeta. Si se acuerda de algo más, no tiene más que llamarme, ¿de acuerdo?

La mujer asintió con fuerza.

—¿Atraparé al que ha hecho esto, verdad? A pesar de lo que ha dicho antes sobre Rober...

—No le quepa duda. Siempre lo hago. Yo, al igual que usted, no hago esto por placer —afirmó con tranquilidad—. Hasta pronto.

Tras despedirse, Diego salió por la puerta principal y se metió en su coche. Miró la foto de la ficha de la chica. Era demasiado joven. Tenía edad de estar en conciertos y cogiendo alguna borrachera con sus amigas en un festival. Con una tremenda acidez de estómago, arrancó y salió a la carretera. Tenía que regresar a la central. Una chica podría estar desaparecida.

Su día había sido tan ajetreado que todavía no había tenido tiempo para ducharse. Y desde que se encontró con el sabor de la sangre entre sus uñas, un buen baño se había convertido en prioridad. Con satisfacción malsana, empezó a observar su cuerpo en el maltrecho espejo que había colgado dentro del plato de ducha. Usado para otros fines femeninos más higiénicos, aquel trozo de

cristal servía ahora para devolverle su imagen desnuda con la misma frialdad con la que él había matado a su víctima. Lo fue paseando en todas direcciones, admirando con deleite la suave pero firme musculatura de sus brazos, las cicatrices de hebillas en sus caderas y sus numerosos tatuajes. Después, con tranquilidad, subió hasta la parte más alta y se asomó al balcón de su rostro. Vio su mirada reflejándose sobre sí mismo, con aparente naturalidad. De repente, sobre su ceja izquierda, una pequeña mancha, casi imperceptible, llamó su atención. El dedo índice de su mano izquierda acudió presta al rescate, raspando con su uña aquel ínfimo trozo de carne seca. Cuando lo tuvo en la yema de su dedo, lo observó con curiosidad. No era muy distinta a un fragmento de pollo o ternera de los que a menudo se le pegaban en el pelo tras un duro día de trabajo. Tras unos instantes y con evidente desprecio, lo dejó caer, viendo como era arrastrado y engullido por el desagüe de la bañera. Tras secarse, salió del baño sólo con una toalla anudada sobre su cintura. Fue hasta la centenaria cocina de carbón y abrió su portezuela. En su interior, entre las llamas todavía quedaban restos de las ropas que había usado para cometer el crimen. Removió con un atizador los rescoldos, añadió más líquido de encender fuegos y un par de leños de olivo más para asegurarse así una perfecta combustión. Toda precaución era poca a la hora de eliminar pruebas.

—Señor Trencillo, es usted historia —afirmó en soledad mientras cerraba con cuidado de nuevo la trampilla—. Ahora, vamos a preparar un poco más de sopa caliente.

Sacó una olla mohosa de la alacena que tenía al lado y la colocó en uno de los fogones ya calientes. Luego cogió un cartón de caldo de pollo preparado, lo abrió y vertió su contenido en el interior. Sus tripas rugieron.

—¡Que poco caballeroso soy! Mira que no preguntarle a mi invitada si quiere cenar. Mientras esto se calienta, iré a verla. No hay que ser desconsiderado —dijo en voz alta, hablando consigo mismo por enésima vez.

El asesino salió de la estancia y se dirigió a una habitación cercana. Abrió la puerta y se quedó observando la escena desde el umbral. Sobre la cama, una menuda figura con una larga cabellera morena yacía tumbada, mirando hacia la pared. Sin encender la luz, aquella especie de bestia se acercó a la cama, dejó caer su toalla y se metió debajo de las amarillentas sábanas con olor a naftalina. Su virilidad era más que palpable. La joven, en cuanto notó su presencia contra su espalda, dio un respingo. Luego, a sabiendas de que a buen seguro se estaba jugando la vida, relajó su cuerpo e intentó despejar su mente, dejando a aquel individuo campar a sus anchas por su frágil anatomía. Iba a ser una larga noche.

La casa del empresario Pedro Artigues Mata estaba enclavada en una lujosa urbanización no muy alejada del centro. Rodeada de campos de golf, resorts de belleza y centros comerciales de lujo, sólo la aristocracia más selecta podía permitirse vivir allí. El inspector llevaba ya un buen rato dando vueltas por aquel laberinto de mansiones cuando un coche que venía por detrás le largó una ráfaga de luces. Miró por el retrovisor con evidente contradicción. Un agente de la seguridad privada del complejo se bajó de su vehículo y se dirigió hacia su ventanilla. Sólo esperaba que en la central no la hubieran pifiado con la dirección de la chica.

—Buenas noches, señor. ¿Se ha perdido? —preguntó el agente.

—Es posible. Estoy buscando la calle Magnolia, nº35 —espetó el inspector con sequedad.

—¿Y para qué busca esa calle, si puede saberse?

El inspector sacó su placa y, al instante, el agente se puso tieso como una vela.

—Disculpe, señor. Le confundí con algún maleante. Al ver la suciedad del coche... —comenzó a decir antes de que la penetrante mirada del policía le atravesase— Perdone. Llevo sólo dos semanas

aquí y es mi primer trabajo. Si quiere le indicaré ahora mismo cómo llegar. O mejor aún, le llevaré hasta allí ahora mismo. Sígame, por favor —termino de decir mientras dejaba al inspector con la palabra en la boca. Volvió al trote a su coche, lo arrancó y adelantó al del inspector.

Tras unos minutos de paseos interminables por aquel complejo, dieron con la casa. Era una imponente construcción de granito negro de dos alturas y tenía todas las cubiertas de ventanas y puertas acabadas en un refulgente acero metálico. El muro exterior, de unos dos metros de altura, estaba recubierto por lascas de oscura pizarra, transfiriéndole al complejo un aspecto temible e inexpugnable. El inspector aparcó su coche delante del garaje y salió. El joven agente de seguridad bajó su ventanilla para hablar con él.

—¿Necesita algo más, señor? —preguntó deseoso de agradar.

—No. Puede marcharse.

El joven, con un claro poso de decepción en el rostro, subió la ventanilla y se marchó por donde había venido. El inspector se giró y se encaminó a la puerta principal. Llamó varias veces en el interfono. Por la hora, era probable que sus inquilinos estuviesen dormidos. Una voz ronca contestó al otro lado de la línea.

—¿Quién es?

—Buenas noches, señor. Soy el inspector de policía Diego Guerra. ¿Es usted el señor Pedro Artigues Mata?

—Sí, soy yo —contestó el individuo con cierto tono de duda—. ¿Qué es lo quiere?

—Tengo que hacerle unas preguntas sobre un asunto de vital importancia.

—¿Y no puede esperar a mañana? ¿Qué horas son estas de venir a una casa a molestar? —gritó la voz desde el otro lado.

—Creemos que su hija Cristina ha desaparecido.

Un tenso silencio se hizo latente entre ambos lados del interfono, interrumpidos de manera repentina por el pitido de un interruptor.

El inspector entró y cerró el portón tras de sí. De repente, se encontró caminando por un delicado camino de piedras blancas, que atravesaba un jardín de corte modernista. Varias fuentes y un gran estanque cubrían una amplia zona de la superficie de granitos, mármoles y pizarras, dejando impreso un rastro de opulencia. Sólo en la decoración del jardín, había decenas de miles de euros invertidos en materiales y mantenimiento. Al otro lado del camino de piedras blancas, un tipo menudo, moreno y enjuto, esperaba de pie en la puerta, embutido en un batín de seda y con cara de pocos amigos.

—Buenas noches, soy el inspector Diego Guerra.

—¿Qué le ha pasado a Cristina? —preguntó sin miramientos.

Era evidente que el tipo no estaba acostumbrado a que otros llevaran la iniciativa.

—Según parece, su hija ha desaparecido, señor Artigues —afirmó el inspector—. ¿Puedo pasar?

Tras refunfuñar un par de veces, aquel hombrecillo se hizo a un lado. Después de rebasar un amplio hall, entraron en un gran salón. Mediría unos ciento cincuenta metros cuadrados y estaba decorado con una amplia variedad de cuadros y esculturas que iban en consonancia con el resto de la casa. El inspector levantó la nariz con indiferencia mientras el sujeto se pavoneaba. No entendía demasiado bien aquellos mamotretos de cobre y acero sin forma definida. El anfitrión cruzó la sala y se acercó a un pequeño minibar.

—Le ofrecería algo, pero supongo que estando usted de servicio...

—Whisky. Solo. Con hielo —contestó el inspector sin dejarle acabar la frase.

Después de la sorpresa inicial, Artigues le sirvió la copa y se la acercó, caminando luego hacia un conjunto cercano de sofás de

piel, donde se dejó caer con estrépito. El inspector le siguió y se sentó enfrente.

—No parece muy preocupado por las noticias sobre su hija, señor Artigues.

El hombre sonrió con una mueca.

—Cristina es una chica particular, inspector. Tiene un trabajo extraño y poco convencional, que la obliga a pasar temporadas fuera de casa por tiempo indefinido. Estará por ahí, en algún lugar. Tirada en la cama de alguien —afirmó mientras la tristeza se deslizaba por sus labios.

—No parece que lleve demasiado bien que su hija sea una estrella del porno, señor Artigues.

Aquella afirmación impactó de pleno en la línea de flotación de su confianza. Tras vaciar su vaso de un solo trago y sin saber muy bien si enfadarse o echarle de su casa, decidió tomar el camino más inteligente. Se levantó y puso otra copa.

—Si sabe el oficio que ha escogido mi hija, sabrá que precisamente no lleva una vida de control y orden. Agradezco su preocupación, inspector, pero seguro que está bien —dijo afirmando algo que ni el mismo parecía creer.

El inspector entonces se levantó. Se acercó al minibar y le contó, sin entrar en detalles escabrosos, cómo y dónde había aparecido la ropa interior que, según creía, pertenecían a su hija.

—Entonces, ¿no está seguro de que sea ella?

—Todavía no está confirmado. Aunque espero una llamada del laboratorio de un momento a otro —afirmó Diego—. Aun así, todo parece indicar que pertenecen a su hija. ¿Cuándo la vio por última vez?

El hombre se quedó meditabundo. Su mente parecía estar lejos de aquel salón.

—Ayer, sobre el mediodía. Me dijo que se iba a comer con unas amigas. Yo le hice un comentario algo desagradable y discutimos. Luego se marchó y no he sabido nada de ella hasta que usted ha venido aquí esta noche —contestó Artigues, que había envejecido veinte años en dos minutos.

—¿No tenían buena relación?

El empresario masticó su respuesta con cuidado.

—Nuestra relación era todo lo buena que podía ser teniendo en cuenta su trabajo y mi carácter. Desde que su madre murió, la vida de Cristina ha descarrilado como un mercancías en un día de tormenta —confesó—, aunque para ser sinceros, he de reconocer que yo nunca la entendí. La única que pareció conseguirlo fue su madre.

—Si me lo permite, ¿a qué se dedica usted, señor Artigues? —preguntó el inspector cambiando de tema— Es obvio que no le va mal, lo que me lleva a cuestionarme el motivo por el que su hija escogió un oficio, a priori, tan desagradable. Las razones económicas parecen descartadas.

—No fue por dinero —negó escueto—. Su único objetivo era amargarme la vida.

—¿A qué se refiere?

—Como seguro que usted ya sabe, soy empresario. Poseo varias empresas de construcción, dos restaurantes, una farmacia y un par de discotecas. Negocios que absorben todo mi tiempo y que nunca me han dejado espacio para la familia —confesó taciturno—. Ojalá pudiera cambiar eso y volver al pasado, inspector. He cambiado años enteros de vida por dinero. Si pudiese regresar, haría las cosas de un modo muy distinto.

—Todos haríamos lo mismo —afirmó mientras reconducía la conversación—. ¿Cómo empezó su hija en el mundo del porno?

—Fue cuando trabajaba en una de mis discotecas: La “Paradise”. Supongo que la conoce...

—Supone usted mal.

—¿En serio? Es una discoteca enorme, que está en mitad del paseo marítimo. Es bastante famosa.

—Hace mucho tiempo que no voy de copas a las discotecas de moda, señor Artigues.

—Pues es muy conocida —aclaró molesto—, aunque supongo que eso da igual. Una noche que Cristina estaba trabajando allí de relaciones públicas, conoció a ese tipejo y él la metió de lleno en ese sórdido mundo de depravados —escupió—. Nunca me gustó. Siempre me pareció un tipo repulsivo y poco fiable. No sé quién le ha podido matar pero la verdad es que me alegro que lo haya hecho. De lo único que me arrepiento es de no haberlo hecho yo antes.

—El dolor de un padre es un claro atenuante.

—No me malinterprete, inspector. Yo no he matado a ese tipejo. No tengo las mismas agallas en mi vida personal que en los negocios.

—No se preocupe, señor Matas. No creo probable que usted haya tenido algo que ver. Quién haya matado a Trencillo, probablemente ha secuestrado a su hija.

—Supongo que sí.

—Cuénteme algo más de cuando su hija y el difunto se conocieron.

El hombre se fue en dirección a una fastuosa chimenea abierta que había en medio del salón. Le dio la espalda a Diego y comenzó a hablar de nuevo.

—Cuando cumplió la mayoría de edad, Cristina me dijo que quería trabajar. Su madre había muerto unos meses atrás y yo no sabía

qué hacer con ella. Se había convertido en un fantasma que deambulaba de un lado a otro de la casa y yo estaba desesperado.

—Perder a una madre es duro.

—Así es. Un día, tirada en el sofá donde está usted sentado ahora mismo, me propuso hacer de relaciones públicas en una de mis discotecas, la “Paradise” y yo pensé que trabajar un poco no le vendría mal.

A pesar de lo que había dicho antes, Diego conocía de sobra aquella discoteca. De hecho, era una de las más conocidas de toda la isla. Tenía varias plantas de altura y estaba repleto de cristaleras que dejaban ver, mientras bailabas o tomabas una copa, todo el puerto deportivo de la ciudad. Era cara y muy cotizada para poder entrar, incluso en temporada baja. Su indiferencia pretendía molestar a Artigues e irritarlo para conseguir que soltase algo que él no quisiera contar. Era un sistema de interrogatorio burdo y anticuado, pero muy eficaz.

—Yo accedí de mala gana. Desde que mi mujer murió, Cristina vivía aislada del mundo. Pensé que salir y conocer gente de su edad era lo que necesitaba. Yo no sabía cómo criar a una hija adolescente y lo cierto es que tampoco tenía demasiado tiempo. Una vez más, me equivoqué —dijo mientras se detenía a dar un largo sorbo a su cargado vaso.

El inspector aguardó paciente.

—Empezó bien. Es una chica muy guapa y simpática, que adora bailar, hacerse fotos y saludar a la gente. Estaba, por supuesto, siempre vigilada discretamente por mi gente. No tenía ningún poder de decisión sobre nada que afectase a la discoteca pero a ella parecía no importarle. Daba la sensación que después de mucho tiempo, volvía a ser feliz. Y yo también.

—¿Y qué sucedió entonces?

—Una noche conoció a ese tal Roberto y se fue con él a un reservado. Mis chicos me avisaron así que, aunque no pasó nada

importante, pedí que le investigaran. En cuanto supe quién era y a qué se dedicaba, lo veté en mi discoteca. Incluso llegué a mandarle un mensaje para que dejara en paz a mi niña. Al parecer, no surtió efecto.

—¿Qué clase de mensaje?

—Del tipo que un hombre inteligente coge a la primera, inspector. Él no pareció entenderlo y uno de mis chicos le aplicó las consecuencias de intentar menospreciar mis sugerencias. Supongo que ya entiende a qué me refiero.

El inspector lo miró de arriba a abajo. De ser su hija, él hubiera hecho exactamente lo mismo. Aunque en su caso, habría ido en persona en vez de enviar a dos matones.

—Aquello lo enardecí. A través del móvil y las redes sociales, envenenó a mi hija contra mí. Un día, cuando llegué a casa, Cristina había desaparecido. Intenté buscarla, removiendo cielo y tierra. Dos días después de irse, me mandó un vídeo a mi teléfono. Creo que lo tengo por aquí —dijo al tiempo que toqueteaba el teclado de su móvil última generación con nerviosismo—. Sí, aquí está.

Le pasó el teléfono a Diego. En las imágenes, Cristina contestaba una serie de preguntas sobre su edad, su estado civil y su familia. Al ser preguntada por el motivo por el que se quería dedicar al porno, la joven respondió con un seco: "Por joder a Papa". Notó cómo, al escuchar sus palabras, el hombre se estremecía. Diego cortó la grabación y devolvió el teléfono a su dueño. No necesitaba ver más. Sabía cómo acababa aquello.

—Semanas después de eso, Cristina empezó a enviarlo a todos nuestros contactos. Corrió por Internet como la pólvora. De hecho, todas mis amistades estuvieron llamando a casa durante días. Fue un auténtico infierno. No habría pasado ni un mes de todo esto, cuando un día se presentó en casa con él.

—¿Estuvo aquí?

—Sí. Mientras Cristina subía a su cuarto a por ropa, tuvo la desfachatez de pedirme financiación para su circo. A cambio, me dijo que echaría a Cristina de su lado y borraría todos sus archivos. ¡Me apetecía tanto abrirle la cabeza a aquel malnacido! —confesó— De hecho, estaba avivando el fuego de la chimenea y estuve a punto de atizarle con esas enormes pinzas para coger brasas.

—Pero al final no hizo nada.

—Hice algo peor que eso: accedí. Quedamos en vernos al día siguiente en mi despacho comercial.

—¿Qué pasó?

—Nada. Vino a verme, se llevó los treinta mil euros que me había pedido y se fue, dejándome un disco duro externo encima de la mesa. Antes de irse, tuvo la desfachatez de soltarme que era una pena que se retirase “porque Cristina tenía un gran potencial dentro del mundo del porno”.

—Entonces, ¿no hizo nada?

—Me contuve. Pensé en que ya arreglaría las cuentas con él en el futuro. Cuando Cristina estuviese de vuelta y todo hubiese terminado, acabaría con esa escoria.

—Pues parece que alguien se le ha adelantado, señor Artigues.

Ambos hombres se sostuvieron la mirada con dureza.

—¿Qué pasó después?

El empresario acabó su copa. Hay palabras que, a veces, son muy difíciles de pronunciar con la boca seca.

—Me timó. Él y Cristina estaban de acuerdo desde el principio y supongo que se repartieron el dinero. Aquello fue definitivo para terminar de romper mi relación con ella. Durante mucho tiempo, no supe nada de su vida.

—Candidato a padre del año.

El hombre le fulminó con la mirada.

—Pasados unos diez meses, se puso en contacto conmigo. Quería volver a casa pero a condición que no me metiese en su vida.

—¿Y accedió?

—Sí —afirmó con tristeza—. Tenerla en casa, aunque fuera a ratos, era importante para mí. Intenté incluso dejar dinero de manera visible por distintos lugares de la casa. Pensaba que a lo mejor así...

—Ella no rodaría más escenas. Entiendo.

Un rastro de pausada desesperación cruzó su mirada mientras afirmaba con lentitud con la cabeza. La vida a veces podía convertirse en un auténtico infierno.

—Yo nunca quise ser padre, ¿sabe? Fue mi mujer la que insistió —afirmó abatido—. Luego, cuando la vi tan pequeñita, con aquel mechón de pelo negro sobre su frente, es cierto que algo se removió en mi interior pero sin llegar tampoco a entusiasmarme. Nunca fui uno de esos padres típicos que está todo el día sacando pecho enseñando la foto de su hija que lleva en la cartera a amigos y conocidos

—¿Ha llegado usted a querer en algún momento a su hija, señor Artigues?

Lejos de enfadarse, las dudas asaltaron su expresión. Meditó la respuesta.

—Sí, aunque a mi manera. A Cristina nunca le ha faltado de nada: los mejores colegios, clases de equitación, ropa, juguetes, ordenadores... Fue una niña feliz. Siempre nos llevamos muy bien. De hecho, siempre se peleaba con su madre porque todos los días me quería esperar despierta para verme. Yo siempre llegaba muy tarde de la oficina. Supongo que demasiado. Lo que sucede es que en cierto modo me culpa de la muerte de su madre.

—Hay cosas que no se pueden comprar con dinero. Como la figura lejana de un padre ausente.

—Supongo.

—Lo que no he entendido es por qué ha dicho usted lo de su mujer. ¿Acaso tuvo usted algo que ver con su muerte?

La pregunta hizo relampaguear sus intensos ojos negros.

—Por supuesto que no —dijo al tiempo que suavizaba un poco su gesto—. Al menos, no de manera directa.

—Usted ha hecho el comentario, señor Artigues.

—Lo sé —respondió—. Marta, mi mujer, murió a causa de un tumor en el útero. El cáncer es una enfermedad devastadora y terrible. Sólo tenía 47 años.

Una leve lluvia empezaba a estrellarse con levedad contra los enormes ventanales. Artigues pareció coger aire mientras el inspector aguardaba paciente.

—Marta siempre tuvo una salud muy frágil. Padecía migrañas desde niña y también problemas gástricos. Aunque siempre estaba tomando pastillas, nunca se quejaba. Y entonces, su estado empeoró.

—¿A qué se refiere?

—Durante muchos meses, estuvo diciéndome que no estaba bien, que tenía dolor en el vientre, mareos, vómitos y otros muchos síntomas más. La verdad es que no recuerdo bien todo lo que me decía.

—Usted no le hacía demasiado caso.

—Así es. Yo estaba en pleno proceso de fusión de varias de mis empresas y apenas paraba por casa. Pensé que sólo era una llamada de atención por su parte y le resté importancia. Ya lo había hecho otras veces y no pensé que esta vez fuese distinto.

—Sólo que esta vez era cierto.

—Sí —afirmó Artigues mientras tragaba saliva—. Un día, al regresar con Cristina de clases de equitación, se desmayó en la entrada. Una ambulancia la llevó corriendo al hospital. Cuando llegué, Cristina estaba a los pies de su cama, todavía vestida de amazona. Sentí cómo descargaba su ira en mí con la mirada. Jamás en mi vida he sentido tanto miedo.

Sacó un paquete de chicles de nicotina del bolsillo de su batín y se metió de golpe dos en la boca. Ofreció uno al inspector, que desechó con la mano. Luego volvió a guardar el paquete.

—La llevamos a los hospitales más importantes de España y Europa. Incluso al “Monte Sinaí”, de Nueva York. La respuesta, aunque recibida en distintos idiomas, fue siempre la misma —dijo con un hilo de voz—. Cómo ya le he dicho antes, el cáncer es algo jodido, inspector.

La lluvia empezaba a aumentar de intensidad. Las vistas lejanas de la ciudad dormida entre luces sobre el oscuro fondo nocturno eran espectaculares.

—Algo menos de tres meses después de su desmayo, Marta falleció. Entre mis amistades cuento con muchos médicos. Todos intentaron convencerme que el resultado habría sido el mismo aunque hubiésemos acudido antes. Al parecer el tipo de cáncer que sufrió Marta es una de las cepas más letales que existen —expuso resignado—. Yo nunca los creí y creo que Cristina, tampoco.

El hombre parecía empequeñecer por segundos bajo el peso de la culpa.

—Desde aquel día, se levantó un enorme muro entre nosotros. Cristina siempre me ha culpado de la muerte de su madre. Y, en cierto modo, tampoco tuve ni tengo argumentos para rebatir esa idea que ha anidado en su cabeza.

El inspector sabía bien lo que era convivir con la pesada cadena de la mala conciencia y la certeza de tu plena responsabilidad en la

muerte de tus seres queridos. Lo entendía demasiado bien. El sonido de un mensaje sonó en su teléfono.

—Disculpe un momento, señor Artigues.

“ADN ropa interior pertenece a Cristina...”. Era Daniel. No había más dudas sobre la dueña de la ropa interior.

—Señor Artigues, me acaban de confirmar que hay restos que confirman que su hija estuvo en la escena del crimen. Eso, unido a su relación con la víctima y que no haya dado señales de vida, me hace pensar que Cristina está desaparecida —afirmó el inspector con parsimonia.

Tras dejar unos instantes para que calase el mensaje, Diego se levantó y se encaminó hacia la puerta. Desde la chimenea, el empresario se levantó con torpeza.

—Espero, inspector, que sea bueno en su trabajo y encuentre a mi hija. Sea como sea —afirmó—. Hágalo y le convertiré en un hombre rico.

—Tranquilo, señor Artigues. No necesito su dinero. Además, soy mejor inspector de policía que usted padre. Esté atento al teléfono. Puede que sea un secuestro e intenten contactar con usted para pedir un rescate. Mañana a primera hora se pasarán dos agentes por su casa para instalarle un micrófono en su teléfono, si me da usted su consentimiento.

—Por supuesto.

—Es posible que necesite contactar de nuevo con usted. Esté atento. Buenas noches —terminó de decir mientras se daba la vuelta y se iba, dando un portazo. De nuevo en su coche, comenzó a bostezar. Necesitaba dormir algo. Encendió el contacto y se encaminó a su casa a toda velocidad. Una buena ducha y un par de horas de sueño reparador harían milagros.

Llegó entre bostezos a casa pasadas las cuatro de la madrugada. Se metió en la ducha casi vestido y dejó el agua correr durante más

de veinte minutos. El agua calentó con lentitud su entumecido cuerpo, plagado de cicatrices. Con cuidado, el inspector repasó con las puntas de sus dedos una en particular que tenía en mitad del pecho, encima de su esternón. En cierto modo era un recordatorio de sus propios fantasmas. Mientras hundía la cabeza debajo de la manguera, los hechos del día fueron tomando forma en su mente. El asesino seguro que sabía lo del rodaje. Sólo tuvo que esperar en algún rincón de los acantilados y, llegado el momento, actuar. De noche, en una playa tan aislada como aquella, nadie habría escuchado los gritos. Pudo drogar o maniatar a la chica y llevársela con calma a su coche en la impunidad nocturna. Cerró el grifo y se salió con lentitud.

—Tengo que encontrarla —soltó el inspector, a solas con sus pensamientos.

Entre cenizas, el inspector se fue directo a la cama. Estaba tan agotado que en el momento que su cuerpo tocó las sábanas, cayó en un profundo sueño.

Marian tecleaba con frenesí. Palabra a palabra, las frases se agolpaban en su cabeza pidiendo paso. Eran casi las dos de la madrugada y en la oficina no quedaba absolutamente nadie, mención aparte del guardia de seguridad de la entrada que en estos momentos también estaría dormido en su garita. Tenía que terminar la pequeña biografía del actor asesinado y rebuscar en la red todo lo que pudiera escarbar sobre su persona, su trabajo y cualquier otro dato de interés, antes de que lo hiciesen el resto de medios de la competencia. Y, además, debía transcribir, corregir y maquetar todo mil veces hasta que estuviese perfecto. Aunque las primeras informaciones ya estaban imprimiéndose ocho plantas por debajo de sus pies en los periódicos que se repartirían en unas horas por toda la ciudad, era en la página digital donde conseguirían un increíble número de visitantes. Y a las siete y media de la mañana, todos los

artículos sobre el crimen que ahora estaba redactando se colgarían en la portada digital de la web. Si cómo parecía tenía entre manos una exclusiva de tal magnitud podrían ser millones de visitas en unas pocas horas. Gente de todos los lugares del planeta leyendo las noticias que ella había escrito. El sueño de cualquier periodista y el motivo por el que realmente había valido la pena pasar todos aquellos años de estudios y peleas en el fango. Y ahora, por fin, su carrera iba a despuntar. Sería famosa y su opinión, respetada. Y sería además la primera en informar a millones de personas, lo cual era algo realmente excitante.

No le parecía llevar dormido ni diez minutos cuando de repente alguien le zarandeó en la cama. Por instinto, dio un salto e intentó agarrar por el cuello a su atacante.

—¡Quita, joder! ¡Diego, que soy yo, Daniel! —gritó el forense intentando zafarse del inspector con poco éxito— ¡Vaya despertar!

Aún medio dormido, el inspector retrocedió un par de pasos y se encontró con la cara asustada de su amigo. Se pasó una mano por el rostro y se sentó en la cama.

—¿Qué diablos quieres?!

—Esto es increíble... ¡Tienes a todo el mundo buscándote!

—¿A mí? ¿Pero qué hora es?

—Cerca de las once de la mañana. Munar está que trina.

Cogió su teléfono y al mirarlo comprobó que estaba sin batería. Como odiaba las nuevas tecnologías.

—¿Y qué tripa se le ha roto a ese imbécil?

—Al parecer esta mañana se ha presentado en la comisaría uno de los abogados de MSN.

—¿MSN?

—Son las siglas del mejor despacho de abogados de Palma —aclaró Daniel—. Estaba reclamando información sobre el avance de la investigación y querían saber quién era el responsable de la filtración de la muerte de Trencillo. Munar le ha puesto cara de besugo y ha empezado a llamarte como un loco. El ambiente está caldeado.

—¿Filtración? ¿Qué filtración?

Del abrigo de su brazo, Daniel sacó un periódico enrollado. En primera plana, una foto de Trencillo junto a la noticia de su asesinato y algunos detalles escabrosos más. La situación se iba irremediabilmente al infierno.

—Estas alimañas son cada vez más rápidas —soltó divertido Diego.

—Es posible que haya sido el padre de la chica —afirmó Daniel con preocupación.

—No lo creo. Hablé con él anoche y era demasiado tarde para que parasen las rotativas. No, esto se ha filtrado desde dentro. Seguro.

—No lo sé. El caso es que el abogado de ese tal Artigues está allí, esperándote. Cuando además le ha preguntado a Munar por la desaparición de la chica y éste no ha sabido qué responderle, le ha tirado el periódico a la cara y ha montado en cólera. Ha exigido ver al comisario jefe y luego se ha subido a la planta noble. Toda la comisaría se ha puesto a llamarte y como no daban contigo, me han mandado a mí en tu busca. Y aquí estoy —dijo al tiempo que abría los brazos—. Venga, vístete que nos vamos.

Tras suspirar, el inspector se levantó con desgana y empezó a vestirse con lentitud, ante la desesperación de Daniel.

—Haré café —dijo el forense—. ¡Vamos, date prisa!

Bajaron al garaje a toda velocidad y comprobaron que el viejo Volvo de Diego había decidido, de manera unilateral, cogerse el día

libre.

—¿Cuánto tiempo lleva con esas alarmas encendidas, Diego?

El inspector se encogió de hombros.

—Pues parece el dispositivo de arranque. Es típico en coches con más de diez años. Creo que tendremos que ir en el mío.

Quince minutos más tarde, forense e inspector enfilaban la carretera del puerto. Un sinfín de mástiles de todo tipo y tamaño se alternaban en el mar de dársenas. Yates, embarcaciones de recreo, de pesca, lanchas y *llauts* balanceaban apretados como sardinas en lata mientras un tímido sol asomaba entre un cielo plagado de nubes negras que presagiaban tormenta. Diego, que iba en el asiento del copiloto del flamante deportivo de Daniel, estiró los brazos y tiró la cabeza hacia atrás. Aquel coche era un caramelo para atraer a jóvenes moscas a su tela de araña.

—¿Has estrenado ya este pequeño, viejo truhán? —preguntó Diego con malicia.

—Todavía no. Si dejas de darme trabajo, es posible que lo consiga antes de jubilarme —afirmó el forense.

Ambos se echaron a reír. Daniel era, con total probabilidad, de las pocas personas con las que el inspector se podía sentir como en casa. Siempre se había preguntado cómo demonios se las arreglaba para ligar con chicas que tenían veinte años menos que él sin mediar transacción económica de ningún tipo. Misterios de la vida.

Cuando estaban llegando a la central, el tráfico se ralentizó. Una nube de periodistas, cámaras y furgonetas de prensa esperaban a la puerta principal.

—Festín de buitres y cuervos al olor de la sangre —susurró el inspector.

Entraron directos al aparcamiento. Tras aparcar y nada más bajar del deportivo, un compañero se acercó a avisar al inspector. El

comisario jefe le estaba esperando en su despacho y no estaba precisamente de buen humor. Entraron en el edificio y con cara de circunstancias, Daniel se despidió de Diego dándole unas palmaditas en la espalda ante la puerta del ascensor. Mientras esperaba, el forense se perdió por las escaleras de emergencia en dirección a sus mazmorras. Entró y mientras el ascensor subía, se alisó con la mano la arrugada camisa. Levantó la solapa del cuello y se la acercó a la nariz. Se percibía un tenue perfume a suavizante y parecía estar limpia. Tras salir, con paso firme, el inspector fue hasta la última puerta de roble macizo del pasillo. Pegó dos veces con sus nudillos y al otro lado alguien le invitó a pasar.

Nada más entrar, se dio cuenta de que no iba a ser un público fácil. El comisario le miraba con cara de pocos amigos mientras Munar, sentado en uno de los sillones que había delante del escritorio, le observaba complacido mientras se relamía. A su lado, un hombrecillo menudo, vestido con un caro traje italiano y unas pequeñas gafas redondas le miraba con gesto curioso.

—¿Este es el inspector Guerra? —preguntó con cierta sombra de desilusión.

—Sí, es él —afirmó Munar despectivo—. Pero no se preocupe letrado porque desde hoy mismo yo personalmente me haré cargo...

—¡Silencio! —gritó de repente el comisario— Ya puede marcharse, subcomisario. Cuando le necesite, le avisaré.

—Pero señor...

—¡¡Fuera he dicho!! —atronó de nuevo.

Con las orejas agachadas, Munar se encaminó hacia la puerta. El inspector, de forma exagerada, se hizo a un lado dejándole pasar. Ambas miradas se cruzaron.

—Tenga cuidado con la puerta, señor —susurró—. No se dé con ella al salir.

El odio relampagueó en las retinas de Munar. Otro que a buen seguro pedía tarjeta de socio para el club de fans. A este paso, pronto llenarían un pabellón de deportes.

—Acércate, Guerra —indicó el comisario

El inspector cerró la puerta y se aproximó a la mesa.

—Señor Monsettini, este es el inspector Diego Guerra, el encargado del caso.

—Un placer, inspector —dijo el hombrecillo mientras le estrechaba la mano—. siento ser tan directo pero, ¿qué está usted haciendo para encontrar a la hija desaparecida de mi cliente?

El inspector miró al comisario y este asintió con la cabeza. Normalmente no se puede compartir información con nadie ajeno a la policía, pero al parecer en esta situación las influencias del señor Artigues habían dado frutos. Dinero es poder.

En unas pocas frases, les explicó a ambos lo que había conseguido averiguar y sus principales sospechas. Ambos hombres se sorprendieron.

—Estoy seguro. La chica ha sido secuestrada —terminó de decir.

Durante unos segundos, el abogado se lo quedó mirando de arriba a abajo.

—¿Da usted credibilidad al inspector Guerra, señor comisario?
¿Responde por él?

El comisario hizo una mueca. Nunca habían tenido una relación de profunda amistad pero siempre se habían llevado bien. Tras pensarse la respuesta durante un buen rato, el comisario abrió la boca.

—Es, a pesar de su aspecto de mendigo, el mejor inspector de homicidios que tengo en plantilla. Es un buen policía y tiene mucho instinto. Sí, respondo por él.

El inspector miró agradecido a su superior.

—No se hable más. Si alguien con su fama y prestigio responde por él, no tengo nada más que añadir —dijo el hombre al tiempo que se levantaba—, confío en su palabra, señor comisario. Sé que no me fallará —afirmó al tiempo que le estrechaba la mano—. Y en cuanto a usted, inspector, buena suerte. Esperamos noticias tuyas a la mayor brevedad. Buenos días.

El abogado salió del despacho con total celeridad, dejando solos a los dos policías. El comisario miró al inspector con gesto grave.

—¿Estás bien para llevar esto, Diego?

Después de pensar un poco, meneó de manera afirmativa con la cabeza.

—Pues ponte las pilas —dijo mientras se le quedaba mirando—. ¿No estarás esperando una galletita como premio, verdad? ¡Vamos, ve a ganarte el sueldo!

El inspector salió del despacho con una sonrisa. Cuando llegó a su departamento, vio a Munar salir de su despacho e ir hacia él con cara de pocos amigos.

—El viejo está chocheando. Se equivoca contigo. Te vas a estrellar y cuando lo hagas, yo estaré desde la grada viendo cómo recogen tus pedazos.

—Estar en la grada mirando sin hacer nada siempre ha sido tu fuerte, Munar.

Por un instante, pensó que se le iba a echar encima. Su musculatura se tensó y su cuerpo se balanceó ligeramente. Tras unos segundos, Munar relajó su postura. Le sonrió con desdén, se giró y se encerró en su despacho, dando un portazo que hizo temblar hasta las ventanas.

—Estás en racha, viejo león —afirmó el inspector para sí en voz alta.

No llevaría ni diez minutos delante del ordenador cuando le avisaron por teléfono que tenía una visita en recepción. Una mujer,

de mediana edad y que era, al parecer, muy atractiva. El inspector pidió al agente de puerta que alguien la acompañase hasta su mesa.

—No quiere subir, inspector —comentó el joven policía en prácticas.

—¿Y qué es lo que quiere? —espetó.

—Dice que tiene información sobre la desaparición de una chica, señor.

El inspector se quedó sorprendido.

—Dígale que bajo enseguida.

—Entendido.

Se metió en el ascensor a toda velocidad y pulsó el botón de la planta baja de manera compulsiva.

Al otro lado de la calle, enfrente de la entrada principal de la comisaría, había un parque infantil donde decenas de niños correteaban y gritaban. Subían corriendo por los columpios y saltaban dentro de trampillas y agujeros, siendo perseguidos de manera continua por sus padres, que los miraban con una patética sonrisa dibujada en sus estúpidos rostros. Aunque nunca había querido ser padre, estar rodeado de tantos pequeños despertaba en él cierto instinto paternal. Deseaba, en cierto modo, ser el padre que él nunca llegó a tener. Sentado en un banco, con un arrugado libro en las manos, divisaba la entrada principal de la comisaría. Hacía ya diez minutos que la había visto entrar. Aunque había varios periodistas rondando por la puerta, no parecieron reconocerla. De nuevo otra vez ella. A pesar de los años pasados, esa mujer se había convertido en una herida que se le reabría una y otra vez. Era una mala persona, taimada, subversiva y poco fiable. Sólo esperaba que no le contase nada al inspector que entorpeciese su trabajo. Se

había tomado demasiadas molestias en organizar su plan para que una vieja arpía lo echase todo a perder. No iba a consentirlo. El inspector iba a morir al final del proceso, pero no antes de tiempo. Cada pieza del tablero tenía que cumplir su función y la siguiente en caer iba a ser ella, la gran dama negra. Sacó el bocadillo que había traído para almorzar y una pequeña botella de agua. Sin perder de vista la entrada, empezó a masticar a grandes bocados. La paciencia era una de las cualidades que tenía bien desarrolladas, aunque no la única. Esperaría a que saliese de allí, luego la seguiría hasta su casa y la mataría. No iba a permitir más interferencias por su parte. Había demasiadas cosas en juego. Pero antes, la partida debía comenzar.

—Un café solo —pidió el inspector al camarero — y para usted, señora...

—Señorita —remarcó la mujer— Señorita María Berdún. Pero puede llamarme simplemente María. Yo quiero un Cosmopolitan, por favor.

Mientras el camarero se marchaba, el inspector la observó con descaro. No tendría más de cuarenta y cinco años. Morena, de penetrantes ojos negros, su rostro empezaba a reflejar el inexorable paso del tiempo con la aparición de las primeras patas de gallo. En su diminuta boca asomaban unos carnosos labios aframbuesados mientras su nariz, algo aguileña, le confería carácter al rostro. A pesar de que ya no era una jovencita, era una mujer muy atractiva.

—¿Puedo preguntarle algo, inspector?

—Por supuesto.

—¿Todos sus días son tan interesantes?

—¿Se refiere a lo del aviso?

—Sí. No les he visto ponerse demasiado nerviosos. Salvo ese joven...

—Ya entiendo —afirmó el inspector—. Tenga usted en cuenta que estos avisos falsos de bomba son el pan nuestro de cada día. Hay demasiados adolescentes y lunáticos aburridos de su vida.

—Pero se ha organizado un buen revuelo...

—Sí. El problema de esos falsos avisos es que el mensaje lo reciba alguien que no debe, cómo un agente en prácticas. Y eso precisamente es lo que ha sucedido hoy.

—Entonces, ¿esto es habitual?

—Habitual no, pero es algo que sucede de vez en cuando. Espero que no se haya asustado.

—En absoluto. Aunque parezca frágil soy una mujer muy dura, inspector.

—No me cabe duda.

Ambos se miraron con intensidad unos instantes.

—Si le parece, será mejor cambiar de tema. Usted estuvo anoche en casa del señor Trencillo, ¿no es así?

La mujer asintió con la cabeza mientras sacaba de su bolso una pitillera de plata. Cogió un cigarrillo cuando un camarero se presentó en la mesa, recordándole que allí estaba prohibido fumar.

—En este maldito país ya no se puede hacer nada. Hay ahora más prohibiciones que con Franco —escupió contrariada, al tiempo que volvía a guardarla en el bolso.

El inspector se le quedó mirando. Saltaba a la vista que tenía mucho temperamento.

—Se preguntará por qué he venido a buscarle —afirmó mientras hacía una pausa muy teatral—. Tengo información sobre la chica desaparecida. Tiene usted que ayudarla.

—¿Y cómo sabe usted que está desaparecida?

—Porque lo sé, inspector —afirmó—. Al igual que sé que corre un gran peligro.

—¿Qué clase de peligro?

—No lo sé. Pero Roberto sabía que Cristina estaba metida en algo gordo. Me lo confesó unas semanas atrás. Estaba muy asustado y créame cuando le digo que eso no era algo fácil de conseguir.

—Lo sé. ¿Desde cuándo conocía usted al señor Trencillo?

Aquella pregunta pareció transportarla lejos de aquella cafetería.

—Tengo muy mala memoria, inspector —afirmó—. Hace unos veinte años, aproximadamente. No sabría decírselo con exactitud. Nos conocemos desde que...

La mujer se quedó en silencio. A pesar de las arrugas hablar de ciertos asuntos no debía ser demasiado sencillo.

—En mis comienzos en el porno, rodé con él.

—No sé qué le ven a ese tipo. O mejor dicho, qué le veían.

La mujer esquivó el comentario con una sonrisa. No iba a ser una entrevista fácil.

—Roberto siempre fue un gran tipo. Cuando yo le conocí no era más que una chiquilla que no sabía mucho de casi nada —afirmó con una triste sonrisa—. Él era mayor que yo y a pesar de no ser muy guapo, tenía ya cierta experiencia en el sector. Me ayudó mucho y fue muy cariñoso conmigo.

—Siempre pensé que ser cariñoso es obligación en su trabajo.

—No se equivoque, inspector —negó—, Roberto tenía una gran cualidad que le hacía ser un gran actor dentro del mundo del porno y que, cómo habrá podido observar, no tenía que ver con el tamaño de su miembro.

—Sí, he de confesar que me sorprendió bastante esa parte de su anatomía. No cumple con el estereotipo.

—A pesar de eso, él era capaz de hacer sentir a cualquier mujer la más deseada del planeta. Y en este mundillo las escenas que quedan bien rodadas y generan beneficios son aquellas en las que las actrices funcionan a la perfección. Los hombres son meras comparsas en este circo. Las estrellas somos nosotras.

—Y aun así, ellos cobran más.

—El machismo sigue muy presente en todos los ámbitos de la vida, inspector, y en este sector no iba a ser distinto. Como le acabo de explicar, es fácil encontrar a cualquier joven potro muy dotado, que se empalme con facilidad. Que entre y salga de ti como si de una estación de metro se tratase. Frío y seco.

—Romanticismo en estado puro.

—No hay espacio para eso en el mundo del porno. Por eso, conseguir poner cachonda a una actriz y hacerla sentirse deseada delante de los cámaras, técnicos de sonido, maquilladoras y demás, es algo realmente difícil. Y por eso Roberto, a pesar de su físico, era una estrella. Y, además, un buen hombre.

—Volvamos a sus comienzos. Él rodó con usted sus primeras escenas así que podría decirse que él fue quién la introdujo... perdón la metió... —el inspector se detuvo— Lo siento. Por más que busque un verbo apropiado, no lo encuentro.

—Sé a qué se refiere, inspector —susurró con encanto—. Sí, en cierto modo Roberto fue mi padrino en el mundillo del porno pero quiero dejarle claro una cosa, inspector. Desde el primer minuto, él fue muy claro conmigo. Nunca hubo mentiras entre nosotros y jamás fui forzada a nada.

El inspector arqueó sus cejas con escepticismo.

—Es cierto que Roberto a lo largo de su carrera ha captado a muchas jóvenes y las ha convencido para rodar. En mi caso, fue al revés. Yo le convencí a él —aclaró—. Mi madre murió limpiando escaleras, trabajando 70 horas a la semana, con la espalda deshecha y por un sueldo miserable. A mí no me gustaba estudiar, me encantaba el sexo y nunca sentí pudor por mostrarme desnuda. Y el porno, incluso entonces, se pagaba bien. Y me permitía viajar por todo el mundo.

—Entiendo.

—Él me entregó el contrato por adelantado un sábado por la tarde. Me rogó que lo consultase con un abogado y, si seguía estando dispuesta a rodar, nos veríamos al lunes siguiente. Conmigo siempre fue un caballero.

—¿Y qué relación tenían en la actualidad?

—Eramos amigos. Muy buenos amigos —se confirmó a sí misma—. De vez en cuando nos acostábamos pero lo cierto es que, después de tantos años, eso era lo de menos. Al igual que Roberto, he tenido sexo para cubrir varias vidas. Lo he probado todo y con todos.

—Me alegro por usted.

—El sexo no es algo que necesite ahora mismo en mi vida, inspector. Y creo que a él, en cierto modo, le pasaba lo mismo que a mí. Cuando se alejaba del personaje que había creado, era un gran tipo. En los últimos años me contaba que quería dejarlo, ya sabe, retirarse y vivir de las rentas. Aunque eso creo que ya no va a ser posible —afirmó mientras rodaban un par de lágrimas por sus maquilladas mejillas—. Le quería mucho. Es, con total seguridad, al único hombre que he amado en este mundo.

El camarero trajo el segundo cóctel a la mujer y María se lo tomó en dos sorbos. Luego pidió al camarero un tercero.

—¿Qué es lo que tenía asustado a Roberto? Por lo que tengo entendido, estaba muy acostumbrado a las amenazas.

—No lo sé. No le dio tiempo a contarme nada. Me citó anoche en su casa y sólo me dijo que estaba muy preocupado por Cristina. Según él, estaba en un grave peligro. De hecho, creo que en la cita de anoche quería contármelo todo. Él la quería como a una hija, ¿sabe?

La mujer notó la repulsa en la mirada del policía.

—Sé lo que está pensando, inspector. La vida no es siempre color de rosa y, a su modo, Roberto quería a todas las chicas con las que trabajaba. Siempre se preocupó por ellas. Para mí tampoco fue fácil.

—Señorita Berdún, nunca me he jactado de ser un ángel y además suelo desconfiar de aquellos que juran serlo, pero convencer a chicas con la mayoría de edad recién cumplida para que trabajen en un sector tan duro como el suyo... disculpe, pero no me parece una muestra de amor. Más bien, todo lo contrario. Y, con todos mis respetos, roza de manera peligrosa el delito.

—¿Sabe usted que en muchos casos esas chicas eran las que acudían a él? Chicas sin hogar, maltratadas por padres, novios, familias o amigos. Venían de hogares rotos, inmigrantes sin papeles o madres solteras. Carne de cañón que habría acabado en alguna casa de luces de carretera de mala muerte o en una cuneta. Roberto, en muchas ocasiones, fue su tabla de salvación. La diferencia entre tener una oportunidad o ser engullida por la marea de la vida. No me convencerá de lo contrario. Era un buen hombre.

—Tenemos opiniones muy distintas sobre el tema.

—¿Usted sabía que Roberto había pagado la carrera universitaria al menos a una docena de chicas? Él, a pesar de lo que haya podido ver o escuchar ya en la prensa, nunca abordaba a una chica por la calle y se iban juntos a grabar. Eso era puro marketing —afirmó con desdén—. Primero las conocía en un sitio público. Luego, las llevaba al estudio y se quedaban allí de espectadoras,

viendo una escena. Él quería que viesen qué era lo iban a tener que hacer. Luego les daba una copia del contrato para que, si querían, fuesen a un abogado a estudiar sus términos. Las que se echaban para atrás, incluso recibían dinero para billetes de regreso a sus vidas. Todas las chicas que rodaban con él lo hacían en plena libertad, inspector Guerra —defendió María mientras sacaba un cigarrillo bajo la reprobadora mirada del camarero.

—No tengo dudas de la legalidad del tema, señorita Berdún. En cambio, la ética...

—¡A la mierda la ética! Muchas veces, incluso después de firmar, si notaba que la chica no estaba segura, paraba el rodaje. Las que destacaban y querían hacer carrera conseguían, gracias a él, contactos con las mayores productoras del sector. Dentro de la industria del porno, es un hombre respetado y mucha gente le está agradecida. Quizás me he equivocado al venir a verle —dijo María al tiempo que hacía ademán de levantarse.

Diego la agarró de la mano con firmeza y luego, al notar cómo se tensaba su rostro, la fue soltando con lentitud.

—Siento haberla ofendido, señorita Berdún. Sólo intento comprender la situación. Le ruego que se quede. Lo que me cuente puede ayudarme a salvar a esa pobre chica.

La mujer, cuando se sintió liberada, se terminó de enderezar. Miró al inspector a los ojos con brevedad. Él se sintió examinado.

—Está bien, inspector. Ahora tengo que marcharme. Pero si le parece, le espero esta noche en mi casa. Tomaremos algo y le contaré todo lo que sé de todo este asunto. ¿Quiere la dirección? —preguntó con altanería.

—No hace falta. No se olvide que soy policía. A las ocho estaré allí y si quiere verme antes, llámeme. Le daré mi teléfono —dijo Diego al tiempo que se rebuscaba una tarjeta en el bolsillo de su vieja cartera.

—Tranquilo —afirmó interrumpiendo con la mano—. Yo también tengo su número. Hasta esta noche, inspector. Sea puntual.

Sin esperar respuesta, la mujer se colocó el abrigo y salió de la cafetería moviendo las caderas con una cadencia rítmica e hipnótica. La mitad de los tertulianos se quedaron mirándola con la boca abierta.

El inspector la vio marchar, perdiéndose entre la gente. Se levantó y, tras pagar en la barra, se dirigió de nuevo hacia la central. Por el camino, pensó en la charla que acaba de tener con la actriz. Aunque a él no le parecía más que un cerdo asqueroso y repulsivo, era curioso como todas las personas que le habían hablado de Roberto Trencillo lo defendían a ultranza. Sin lugar a dudas el famoso síndrome de Estocolmo debía ser el responsable de aquella locura. Aquel tipo se había aprovechado, acostado y lucrado durante años de centenares de jóvenes recién salidas del cascarón. No podía ser un buen tipo. Fue a coger un cigarrillo de su chaqueta y se dio cuenta que se lo había dejado olvidado en el coche de Daniel así que, al llegar a la comisaria, entró por la puerta del aparcamiento y se fue directo a su deportivo. Cuando llegó, se quedó observando el coche patrulla que había cerca del coche del forense. Tenía un sobre de color ocre colocado en el parabrisas trasero. Una tétrica mancha de sangre hacía las veces de sello lacrado. Sacó su teléfono y marcó.

Conocía muy bien la zona. Era una bonita barriada de las afueras donde vivía sobre todo gente de clase media. No era la primera ocasión que iba por allí pero esperaba que esta vez por fin fuese la última. De hecho, ahora que lo pensaba, llevaba años con ganas de matarla. Agazapado detrás de la parada del autobús vio cómo María Berdún se bajaba de un taxi y se metía con rapidez en el portal. Tras dejar pasar unos minutos, se caló la gorra, se ajustó la chaqueta vaquera y se dirigió con decisión a la entrada. De sus

bolsillos salió un pequeño llavero de plástico. Después de todo, hacer copia de sus llaves había sido una buena idea. Cogió la más menuda y la metió en la cerradura del portal, girando la misma con firmeza. Se coló con sigilo y se dirigió a las escaleras del fondo. Con sus sentidos en alerta, empezó a subir con cuidado los escalones que le separaban del cuarto piso. A buen seguro que ella no lo esperaba. Iba a ser una grata sorpresa. Su corazón latía con fuerza mientras su cuerpo se tensaba. Iba a disfrutar mucho de aquello.

María se terminó de quitar la ropa y se metió debajo del chorro de agua caliente. Las últimas horas habían sido de auténtico infarto. A medida que su cuerpo iba entrando en calor, iba encontrándose mejor. Todo se iba al traste. Con Roberto muerto y Cristina desaparecida, sus opciones se reducían. Jamás en su vida habría pensado que fuese capaz de hacer algo así. Siempre le había tenido cierto miedo pero nunca lo consideró capaz de llevar a cabo un crimen. Tenía que detenerlo. La vida de Cristina estaba en juego. Mientras metía la cabeza bajo el agua, María no escuchó cómo alguien, con sumo cuidado, abría la puerta de su domicilio.

Cerró con cuidado y entró. Pequeños marcos de fotos decoraban los muebles de la entrada. Muchos incluso tenían todavía las fotos de modelos publicitarios. La vida de María Berdún había tenido que ser realmente patética. Por el pasillo iba encontrando bolsos y pares de zapatos por todos los recovecos. Con alegría, se colocó los gruesos guantes de goma mientras entraba en el salón. Decorado con muebles que fueron modernos mucho tiempo atrás, la dejadez y el desorden de la estancia daban fe del lento y continuado derrumbe de la mujer. Se acercó con parsimonia a un viejo y polvoriento piano de cola y cogió una pequeña estatuilla dorada de una sirena que había encima —“Mejor escena X 1999”—, rezaba la inscripción. De

repente, se le ocurrió una idea. Sonrió complacido al pensar en lo irónico que iba a ser que el arma empleada en su muerte fuese aquella estatuilla que tanto veneraba. El destino es, en ocasiones, más macabro que la propia vida. Cogió con firmeza la figura de su parte superior, dejando al aire su base de mármol. El grifo de la ducha se cerró y el asesino entró con agilidad al dormitorio, escondiéndose detrás de la puerta. Respiró hondo y se concentró. Sus músculos se tensaron y empezó a notar el palpar de los latidos de su corazón en los oídos. Una vez más, estaba preparado para matar.

María salió del baño con la toalla anudada sobre la cintura. Sus pequeños pechos se balanceaban con el caminar de sus pasos. Entró en su dormitorio y se colocó frente al espejo. Luego, con lentitud, descorrió la toalla como si de una cortina se tratase, dejando al aire su espectacular figura. Tenía 42 años y su cuerpo era mejor que el de muchas chicas de veinte. Nunca había tenido unos senos demasiado grandes pero la ley de gravedad todavía no se había cebado con ellos. Allí permanecían, firmes y desafiantes. Con la piel suave, ligera y tostada por el sol sin marcas, sus caderas eran pequeñas y redondeadas. Su pubis, refugio de tantos, seguía siendo recogido y discreto, casi como si de un secreto virginal por descubrir se tratase. En líneas generales, seguía siendo una mujer muy deseable. De repente, una sombra a sus espaldas la sorprendió. Sólo le dio tiempo a girarse y a quedarse cara a cara con su asesino unos instantes. Luego, tras un rápido movimiento, algo le golpeó en la sien. María cayó al suelo aturdida y, antes de que pudiese reaccionar, recibió otro impacto en la parte posterior de la cabeza, que la sumió en la noche más oscura. Ni siquiera le dio tiempo a gritar.

Habían pasado quince minutos después de su hallazgo y los chicos de la científica peinaban la zona, haciendo fotos del coche. Mientras, el inspector les contaba a Munar y al comisario la entrevista mantenida con María Berdún.

—¿Por qué motivo no la has traído aquí? —atacó Munar.

—No es el tipo de mujer a la que se puede intimidar. Aquí, encerrada en una sala de interrogatorios, no hubiera dicho nada —afirmó con tranquilidad—. Además, no creo que esté implicada en todo este asunto. Al menos, no de manera directa.

—Eso no lo sabes —terminó de decir tajante Munar—. ¿Lo ve, señor? Este hombre...

—Silencio, Munar —ordenó el comisario.

Justo cuando iban a comenzar a discutir, uno de los técnicos se acercó al grupo. El sobre no tenía explosivos ni agentes químicos. El inspector se puso unos guantes de látex que le pasaba el técnico y con mucho cuidado, abrió el sobre. En su interior, había una fotografía que helaba la sangre.

“Voy a pasarlo tan bien con la chica como con el Gran Rober”, rezaba una nota escrita con permanente negro en la esquina inferior de la imagen. En la misma, Cristina Black, la joven desaparecida, yacía en una cama maniatada y amordazada, en ropa interior. Pequeños rastros de lo que parecía ser sangre manchaban las sábanas. Los tres hombres se estremecieron.

—Guerra, hay que acabar con esto. Y rápido —instó el comisario al tiempo que se daba la vuelta y se iba en dirección a los ascensores con Munar rondándole los faldones como un perro amaestrado de circo.

—Subid esto ahora mismo al laboratorio. Quiero confirmación de la sangre del sobre y que un especialista analice la imagen —dijo el inspector a uno de los técnicos—. Y lo quiero para ayer.

El técnico asintió con la cabeza y se perdió en el ascensor. La marea, al parecer, seguía subiendo. Cogió el teléfono y marcó. Aunque daba señal, nadie descolgó al otro lado. Aquello no le gustaba. Cortó la llamada y se fue directo al depósito de cadáveres. Cuando entró, Daniel estaba sacando el hígado de un joven de color. Por la intensidad del tono de su piel, debía de ser subsahariano.

—¡Hombre, Diego! —saludó el forense— Pasa, hombre, pasa. Otra patera —dijo mientras señalaba con sus manos los restos de aquel pobre infeliz— ¿Qué te trae por aquí?

—Necesito tu ordenador —afirmó el inspector.

El forense le hizo una reverencia, quitándose de su camino con sarcasmo. Después de consultar en la base de datos la dirección de la actriz, salió del despacho.

—También necesito tu coche.

El inspector le explicó con brevedad el porqué de su necesidad de vehículo.

—Molina está con los vídeos de seguridad. Y tengo a diez agentes peinando el coche y los alrededores. Lo necesito ya, Daniel.

La mirada del inspector dejó sin argumentos a su amigo.

—Las llaves están encima de mi escritorio. Si le pasa algo, acabas en esta mesa, ¿entendido?

Asintió con la cabeza, entró corriendo en el despacho otra vez y salió de la sala de autopsias cómo una exhalación.

El tráfico era tremendo. La salida de los colegios y de los trabajos hacía que cualquier camino que intentará tomar estuviese colapsado. La isla tenía demasiados coches.

—¡Muévete, imbécil! —gritó desesperado mientras tocaba el claxon.

Treinta minutos y algún grito más tarde, embocaba por fin la calle a toda velocidad. Al llegar al número veintitrés se detuvo en seco en la parada de autobús. Se bajó del coche, dejó puestas las luces de emergencia y se fue directo hacia el portal, llamando con insistencia. Nadie contestaba. Un vecino que salía de paseo con un pequeño teckel le abrió sorprendido.

—¡Gracias! —gritó al tiempo que le apartaba de un manotazo—
¡Avisé a la policía! ¡Y métase de nuevo en casa! ¡Vamos, rápido!

El tipo, que un principio se quedó parado, empezó de pronto a recular mientras sacaba con torpeza un teléfono móvil. Se montó en el ascensor, marcó la planta cuatro, sacó su arma y le quitó el seguro. Por mucho que le fastidiase, Munar tenía razón. Aunque por distinto motivo, no tenía que haberla dejado marchar. Sólo deseaba que ella estuviese bien. Tras un tintineo de aviso, una voz enlatada le confirmó que habían llegado. Salió al pasillo y se acercó a la puerta de la casa con sigilo. Incluso el ruido que hacían sus zapatos sobre el parqué de madera se le antojaba excesivo. Se plantó delante del umbral, odiándose a sí mismo por ser tan listo. Empujó la puerta, que estaba entreabierta, y se coló dentro. En la letanía flotaba ese aroma dulzón reconocido ya tantas veces por su fino sentido del olfato. Con cuidado, revisó las estancias una a una. En el salón y la cocina no encontró nada fuera de lo común. Quizás cierta dejadez y desorden, pero eso importaba muy poco. Se asomó al baño y encontró los cristales de la mampara levemente empañados de vapor de agua. Quizás todavía estuviese viva. Con cautela, se acercó a la única habitación que le quedaba por revisar.

—¿María? —gritó— ¿Está usted bien?

Nadie respondió. Al verla irse de la cafetería, había tenido un mal presentimiento. Y cuando entró en el dormitorio, éste fue confirmado. Lo que encontró allí, le dejó sin aliento.

—¡Mierda! —exclamó.

El cuerpo sin vida de María Berdún nadaba en la cama en un charco de sangre propia. Desnuda, tenía los pechos destrozados a

cuchilladas. Le habían arrancado los pezones y se los habían colocado encima de sus propios párpados. Con cuidado, Diego se acercó y le buscó pulso arterial en el cuello, sin éxito. Estaba muerta. Tras pasar el primer minuto de bloqueo, observó que había un objeto sobresaliendo de entre sus piernas. Era, al parecer, el mango de una lámpara de noche. Se lo habían introducido en su vagina hasta casi la mitad. Además, sobre su abdomen, cincelado a golpe de navaja, se leía un macabro mensaje. “No será la última”. Tras la primera inspección, observó que detrás de la cabeza había también una mancha de sangre que se mezclaba con restos de hueso y pelo. Diego contuvo la intensa arcada que le sobrevino y salió de la habitación. Tras unos segundos que usó para controlarse, descolgó el teléfono y marcó el número de la central. Esta vez Munar se lo iba a pasar en grande. Al menos esperaba que aquel salvaje le hubiese hecho todo aquello después de matarla.

Desde el otro lado de la calle, el asesino vio al inspector entrar en el bloque como una exhalación. En aquella ocasión no había tenido ganas de entretenerse en exceso con aquella puta, lo cual había sido todo un acierto. Su trabajo fue más rápido que de costumbre pero no por ello exento de calidad. De haber ejecutado lo que tenía en mente, hubiera tenido un cara a cara con el inspector Guerra que, aunque por otro lado inevitable, se hubiese antojado prematuro. El coche salió del aparcamiento mientras él perdía la mirada por la carretera. Pronto se verían las caras y aquel maldito inspector también iba a recibir su merecido. Como todos.

El inspector esperaba en la calle, apoyado sobre el capó de un coche. Se había fumado tres cigarros seguidos y todavía no había conseguido serenarse del todo. A pesar de sus años de servicio, siempre había ocasiones en las que un criminal conseguía

sorprenderle. La atrocidad humana era al parecer, infinita. Daniel fue de los primeros en llegar a la escena junto con otro coche patrulla. Le lanzó una mirada cómplice y se fue directo a la casa. Un minuto después había llegado Munar. Su sonrisa era previsible.

—El comisario ha dicho que no te muevas de aquí. Esta vez la has cagado bien, inspector Guerra —ordenó.

—Jódete, imbécil —le escupió.

Munar se quedó pensativo. Luego, con una media sonrisa, se dio media vuelta y se metió en el portal. Estaba acabado. Hasta ese inútil lo sabía. Minutos después y mientras estaba sacando otro cigarrillo, un coche negro se detuvo justo a su lado. El comisario se bajó con cara de pocos amigos.

—¿Piso? —preguntó.

—Cuarto.

—No te muevas de aquí. Ahora bajo, ¿entendido? —ordenó.

Las cosas iban de mal en peor. Mientras esperaba sentencia, se puso a repasar lo sucedido. Por la rapidez con la que se cometió el crimen, el asesino debió de estar vigilando por los alrededores durante un buen rato.

—El aviso de bomba —soltó el inspector para sí mismo.

Seguro que aquello había sido obra suya. Con el revuelo organizado, no le tuvo que ser demasiado difícil colarse en el aparcamiento y montar la escena del sobre. Es probable que luego se hubiese escondido por los alrededores, dedicándose únicamente a observar. En algún momento tuvo que verle con la actriz y se puso nervioso. Cuando salió de la cafetería la siguió, entró en su piso y la asesinó. Era pausable. Sacó su teléfono.

—Aquí el inspector Guerra. Necesito que repaséis las llamadas realizadas a la central...

Tras una charla de un minuto, colgó. María debía saber algo importante cuando aquel tipo se había arriesgado a matarla a plena luz del día. La cuestión era saber qué exactamente y hasta dónde estaba implicada en todo aquel asunto. Ambas eran actrices porno y su nexo común era el gran Roberto. Podía sentir cómo algún hilo de la madeja se le escapaba entre los dedos. Sacó su pequeño bloc de notas y repasó con cuidado cada palabra allí anotada. Después de diez minutos, frustrado, se dio por vencido. Si había alguna conexión, él no la veía.

—Mierda —espetó.

Un carraspeo a sus espaldas lo sacó de sus tribulaciones. El comisario y el idiota de Munar se le colocaron justo delante.

—Esto se pone feo, Diego —dijo el comisario.

—Lo sé, señor.

—Le dije que era un error darle a esta escoria una oportunidad. Está acabado —afirmó Munar.

Los tres hombres se escrutaron.

—¿Es eso cierto, Diego? —retó el comisario— ¿Tiene razón Munar? ¿Acaso estás acabado? Si quieres puedes retirarte del caso...

Por un segundo pensó en tirar la toalla. Responder un sí equivaldría a unos meses de baja por depresión o alguna otra chorrada dándole a la botella con tranquilidad, sin horarios. Luego vendría una vista de asuntos internos que aconsejaría su expulsión del cuerpo con una pequeña pensión que sería más que suficiente para enterrar sus últimos días en alcohol, penumbras y cenizas. Un plan muy atractivo.

—Por supuesto que no. Voy a llegar al fondo de todo esto y encontrar a esa chica, aunque sea lo último que haga en mi vida, señor. Se lo juro —contestó el inspector al tiempo que se erguía desafiante. Aquello se había convertido en algo personal.

—Eso es lo que quería oír —respondió el comisario.

—Pero señor, no ira a creer... —empezó a balbucear Munar.

—Munar, diga usted una sola palabra más y acabará dirigiendo el tráfico en una carretera costera en Agosto, ¿entendido? —ordenó furibundo el comisario— Puede retirarse.

—Sí, señor —balbuceó Munar.

Cuando el subinspector se retiró a lamerse las heridas, ambos hombres se quedaron a solas.

—¡Joder, Diego! —le espetó— Necesito que te des prisa. Munar o algún otro chupatintas no tardará mucho en llamar a Madrid o a otro pez gordo para contarle todo este asunto. Tengo a la prensa dando la tabarra y a los abogados de Artigues llamando cada dos horas. Yo sé qué clase de hombre llegaste a ser y eres lo mejor que tengo en el departamento. En cambio, en la central, no tienes el mismo cartel. Gustan los expedientes como el suyo —dijo mientras señalaba a Munar—. Así que si no te das prisa creo que los que acabaremos dirigiendo el tráfico seremos tú y yo, ¿entendido?

El inspector asintió con gravedad. Sabía a la perfección cómo funcionaba el mundillo de los ascensos en la policía. Los tipos que llegaban a medrar eran los lameculos y a los que solo les importaba una cosa: su carrera. Y si para conseguirlo tenían que pisotear algunos callos pues mejor. O cabezas, según se mire.

—¿Necesitas algo más?

—No, señor.

—¡Pues venga, joder! —dijo el comisario al tiempo que se metía de nuevo en su coche negro y, entre toques de claxon, se abría paso entre la muchedumbre que ya se agolpaba tras la cinta del perímetro. Los primeros equipos de televisión estaban empezando a llegar.

—Tienes más vidas que un gato, Guerra. Hay que reconocerlo —escuchó decir a sus espaldas.

Menuda pesadilla de tipo.

—Munar, ¿se te están acabando los culos para lamer?

Dos jóvenes agentes tuvieron que contener a duras penas a Munar mientras el inspector se metía de nuevo en el bloque de viviendas. Los chicos de la científica estaban descargando cosas por el ascensor, así que dio la vuelta para subir por las escaleras. Empezó a subir pisos de manera despreocupada pero al llegar al último rellano tuvo que detenerse a recuperar el aliento. Dobló el tronco mientras realizaba varias respiraciones forzadas. Sin lugar a dudas tenía que ponerse en forma de nuevo. De repente, sus ojos se posaron sobre una pequeña marca del suelo.

—Pero qué tenemos aquí —se preguntó al tiempo que se agachaba más para acercarse.

La silueta de lo que parecían un par de pies se acomodaban junto a la puerta de incendios. Era apenas perceptible pero algún tipo de polvo blanquecino había permitido dejar aquellas huellas marcadas en el suelo. Descolgó su teléfono y llamó a los técnicos. Cuando llegaron les ordenó sacar moldes y recoger muestras. Luego fue directo al piso. Daniel estaba en el salón y parecía estar recogiendo.

—¿Has acabado?

—Sí. Pobre mujer.

—¿Estaba viva cuando...?

Daniel miró con profundidad a su amigo.

—Todavía no lo sé, aunque lo cierto es que no lo creo —contestó—. De todas formas, los golpes de la cabeza a buen seguro la dejaron inconsciente. Seguro que ni se enteró.

El inspector suspiró. En ocasiones sospechaba que Daniel le engañaba sobre el padecimiento de las víctimas antes de su muerte. Una especie de mentira piadosa. Benditas sean.

—¿Y tú, qué has encontrado?

Le explicó entonces el hallazgo de las huellas en las escaleras.

—Podrían ser de cualquiera. De todas formas, estaré pendiente y te avisaré con el resultado.

—Gracias, Dani.

—De nada. ¿Sigues necesitando el coche?

—Sí. El mío sigue en casa.

—Como lo rayes o le des un golpe... —advirtió Daniel.

—Lo sé. No te preocupes. Te lo devolveré intacto.

—Está bien. Hasta luego. Te llamo cuando tenga algo.

—Vale, moreno —contesto Diego con sorna.

El forense le lanzó una mirada retadora y luego le dio la espalda. Empezó a husmear por toda la casa. No encontró casi nada. No tenía apenas ropa y la nevera estaba desolada. Salvo el piano de cola, el resto de muebles de la casa eran del montón. Al parecer llevaba una existencia tan vacía como él. Entró al dormitorio donde sólo quedaban ya como testigos del crimen una montaña de sábanas ensangrentadas. Con cuidado, se puso a revisar los cajones de la cómoda. Sujetadores, braguitas de encaje, corpiños y demás lencería de todos los tipos y colores atestaban el mueble. Herramientas de trabajo, supuso. En el último cajón, en un rincón, se escondía un pequeño cofre de aluminio. Tenía la llave en la cerradura. Diego lo abrió y en su interior había unos ocho mil euros en billetes y otros quince o veinte mil en joyas. Debajo, había una montaña de papeles. Parecían contratos de distintas películas. Los miró por encima sin darles mucho valor. Su pequeño arca del tesoro.

—Esto descarta el robo como móvil —dijo en voz alta.

Siguió husmeando por la habitación. El olor a sangre y fluidos corporales era nauseabundo. Se acercó a la ventana y abrió con cuidado un poco la hoja para que corriese el aire. Al girarse, vio un

destello rojo en el suelo, debajo del cabecero de la cama. Se agachó y lo recogió. Era un álbum de fotos.

—Pero qué tenemos aquí.

Tras abrirlo, pequeños recuerdos cincelados en una instantánea se presentaron ante sus ojos. En ellas, una joven María Berdún salía sonriente posando con distintas personas y lugares. Por su apariencia y por el fondo de las imágenes, la mayoría parecían estar hechas durante rodajes y con gente del mundillo. Diego reconoció al gran Rober en varias de ellas. Era mucho más joven y tenía un mejor aspecto físico. María estaba radiante en todas. Se la veía feliz. Poco a poco, como si de una flor se tratase, las caras fueron envejeciendo y secándose, perdiendo la vitalidad. Su vida había ido perdiendo intensidad con los años. De repente, Diego se dio cuenta de algo. Volvió a una de las fotos del principio y, tras acercarse a una lámpara, la miró de cerca. Podía ser. Sacó la fotografía del plástico y la guardó en la chaqueta unos segundos antes de que Munar entrara en el dormitorio con un par de agentes.

—El procesado del piso es cosa mía. Vete de aquí —ordenó contrariado.

—¿Por qué?

—Aunque seas el encargado del caso, yo soy tu superior. La distribución de las tareas sigue siendo cosa mía. Si te digo que yo proceso, tú te largas. Así de simple.

Estaba intentando descubrir algo por su cuenta para pisarle la investigación a Diego o esconderle datos para hundirlo. Ninguna era una buena opción, aunque lo cierto es que él no podía hacer mucho por revertir el asunto y Munar lo sabía.

—Todo tuyo. No dude en informarme con lo que obtenga, subcomisario. La comunicación entre nosotros ha de ser fluida —contestó con retintín.

El subcomisario suspiró para contenerse. Luego se giró y se puso a hacer fotos con una cámara digital.

El inspector salió del piso y luego del bloque. Se montó en el deportivo del forense y sacó el teléfono. Los tonos de espera se le hicieron eternos.

—Dani, perdona. Tengo que enviarte algo a tu móvil. Necesito un favor. Creo que tengo algo.

Entró en casa dando un portazo, contrariado por haber cometido un error de novato. Con las prisas por salir de la casa, había olvidado lo que en realidad había ido a buscar. Se alteró, perdió los nervios y por su estupidez, todo el plan estaba en peligro. ¡Maldito idiota! Con rabia incrustó el puño contra la pared del armario, dejando un agujero en su portezuela. Dolorido, empezó a abrir y cerrar la mano, consiguiendo poco a poco recuperar el control. Siempre había sido un tipo tranquilo y metódico, paciente en la elaboración de sus planes. Necesitaba relajarse. Sacó una cerveza de la nevera y se la bebió en dos tragos. Cogió un paquete de estofado precocinado y lo puso a calentar en el microondas mientras en su cabeza, las nubes empezaban a desaparecer. Tenía que volver al piso. Con suerte, aquellos incompetentes no habrían encontrado nada todavía. Esperaría a la noche, cuando sólo quedasen un par de maderos de guardia. Aunque era un riesgo, no existían más alternativas. El timbre le avisó de que la cena estaba lista. Sacó la bandeja de plástico y volcó su dudoso contenido en un agrietado cuenco de cerámica. El aspecto que tenía no era nada apetecible. Después de apartarlo con la mano, se le ocurrió una magnífica idea para poder relajarse. Se levantó, se quitó la camiseta, y se desabrochó los botones de su pantalón. Su invitada seguro que conseguía liberarlo de toda la tensión acumulada. Abrió la puerta en penumbra, dejando que su sombra anticipase de nuevo su llegada. Una vez más.

Detuvo el deportivo de Daniel delante de un restaurante de comida rápida que había enfrente de la central. Aunque odiaba la comida basura, necesitaba comer algo. Además, era también un buen sitio para quedar citado con alguien. Un par de minutos después, mientras se comía unas patatas fritas, Daniel entraba por la puerta con cara de pocos amigos.

—Como me pongan una multa por haber aparcado ahí, la pagas tú.

—Vale. Te he pedido lo de siempre.

—No tengo hambre y tengo mucho trabajo. ¿Qué quieres?

Estaba de mal humor. Aquella hamburguesa doble con beicon y cheddar conseguirían ablandarle.

—He encontrado esto —dijo el inspector al tiempo que sacaba la foto del bolsillo.

Le explicó su teoría al forense, que asintió cabizbajo.

—Podría ser —respondió mientras mordisqueaba una patata—. Me llevaré la foto y haré pruebas. Te avisaré con lo que sea.

—Una cosa más.

—¿Otra? Has debido pensar que es Navidad y yo soy Papá Noel.

—Ni una palabra de esto a Munar.

El forense puso cara de pocos amigos y los brazos en jarra.

—No me puedes pedir eso —negó con la cabeza—. Estaría poniendo en juego mi carrera, Diego. Eres mi mejor amigo y lo sabes pero esto se pasa de la raya. Aunque es un idiota, es tu superior y por si se te ha olvidado, también el mío.

—Lo sé. Sólo necesito 24 o 48 horas. Si algo sale mal, yo asumiré todas las culpas.

El forense refunfuñó. La hamburguesa llegó como caída del cielo.

—Vas a conseguir que me echen —dijo al tiempo que abría la hamburguesa por la mitad, como si de una autopsia se tratase—. ¡Señorita! ¡Mostaza, por favor!

El inspector, satisfecho, hincó el diente al bocadillo de lomo y pimientos que tenía delante de las fauces. Tenía un hambre atroz.

Marian seguía delante del bloque de pisos. Aunque hacía algo de fresco, tenía que esperar. Así era el oficio y lo cierto es que a ella, le encantaba. A la intemperie, con lluvia o con un calor abrasador, de noche o de día, el trabajo de calle era algo que le apasionaba y el motivo por el que se hizo periodista. Una cazadora de noticias. La policía, al igual que en el anterior escenario, no permitía pasar a nadie salvo a los vecinos de la finca. Mientras esperaba, aprovechó para revisar sus notas. Su fuente le había confirmado la identidad de la nueva víctima y aquello iba a ser un bombazo. Apenas unas horas después de la muerte del productor y actor porno Roberto Trencillo, era asesinada María Berdún, una de las actrices de la industria más conocida de todo el país y una de sus más fieles colaboradoras. ¿Un ajuste de cuentas? ¿Una venganza? Ella conocía a Trencillo sólo por los escándalos que había protagonizado pero en las últimas veinticuatro horas había hecho una disección de su vida y obra. Aunque no se consideraba una mozigata ni tenía nada en contra del porno, sus trabajos eran absolutamente vomitivos. Ese tipejo, siendo sinceros, estaba mejor muerto. Aunque esa era sólo su opinión y no se podía permitir juicios de valor. Nunca fue una periodista que se dejara influir por su opinión. Sólo hechos.

—¿Han dicho algo? —le preguntó un compañero de un periódico de la competencia que acababa de llegar.

—No —contestó Marian mientras miraba de nuevo su teléfono.

Esperaba conseguir alguna foto más y si podía, más datos sobre el crimen. A primera vista el asunto era más complejo de lo que

parecía. De hecho, se había personado en la escena el comisario jefe de las islas y eso no era algo demasiado usual. Aunque su fuente le había pedido paciencia, hoy publicarían la noticia. Era cuestión de tiempo que se les adelantase otro competidor y una primicia así no se podía dejar escapar. Y menos en su situación. Un doble asesinato en el mundo del porno. Los ejemplares se venderían por miles. Y ella sería la abajo firmante. Más libertad para escoger noticias, más respaldo por parte de su editor, más respeto por parte de sus compañeros... en definitiva, la oportunidad por la que llevaba tanto tiempo luchando. Con impaciencia, empezó a buscar a su fuente con la mirada. Llegaba tarde, como siempre.

Tamborileaba con impaciencia los dedos sobre el volante. Si calculaba bien su jugada, el movimiento podría ser perfecto. Quitarse de en medio al viejo y a Guerra de un plumazo. Luego llegar a ser el comisario jefe más joven de toda la historia de la policía nacional y en un futuro, quién sabe. Las luces de unos faros aproximándose por detrás le sacaron de su ensoñación. Unos segundos después, el subcomisario Munar se montaba en el coche.

—Llegas tarde.

—Lo sé. He tardado más de la cuenta en procesar el escenario. Y luego estaban los malditos periodistas. Te juro que cogía la pistola y...

—Sí, sí, lo que tú digas. ¿Qué habéis encontrado?

—Pues no mucho, la verdad —afirmó Ramírez—. Unos 8000 euros en dinero y joyas por un par de decenas de miles. El móvil del robo parece descartado.

—Entiendo.

—La cerradura del piso no estaba forzada, los cajones no estaban revueltos y las puertas de todos los armarios perfectamente

cerradas. De hecho, la sensación que nos dio a todos es que el asesino no tocó nada.

Barbadillo se mordía el labio, pensativo. Aunque no le gustase reconocerlo, Guerra parecía tener razón. Aquello no eran asesinatos viscerales cometidos por un padre enfadado ni un novio despechado. Allí había algo más.

—Esto complica las cosas, Munar —soltó Barbadillo—. Creo que, de momento, nos mantendremos a la espera. No quiero dar un paso en falso y precipitarme.

—Pero señor, yo creo que es el momento...

—¡Tú no crees una mierda, maldito idiota! —le gritó— ¡Aquí el que piensa soy yo!

Munar, sorprendido y humillado por la vehemencia del comisario, agachó la cabeza. Barbadillo suspiró.

—Joder, lo siento —se excusó—. Tengo las mismas ganas que tú de hundir a Guerra pero debemos ser pacientes y precavidos. Hazme caso.

El subcomisario se mantuvo callado.

—Además piensa que, si esto sale bien, necesitaré un nuevo comisario para el sector este de la isla.

La perspectiva de un ascenso cercano pareció alegrar al subcomisario. Ambos hombres se dieron la mano e instantes después Munar saltaba del coche como un perro con un hueso. Y el comisario aprovechó para arrancar y perderse entre las sombras nocturnas.

Eran las doce de la noche y la agente López estaba nerviosa. Sólo llevaba dos días en la comisaría central y tres semanas en total desde la jura de bandera. Su compañero, algo más veterano, estaba

bostezando de sueño. Se asomó por la ventana que daba a la calle principal que por fin estaba desierta. Ya se habían marchado todos aquellos periodistas que tuvieron que ser disueltos como si de manifestantes radicales se tratase. Pasar dos horas en la calle aguantando preguntas cada quince segundos era algo para lo que no preparan en la academia. Ella los entendía. Su trabajo era intentar que en un momento de arrebatos o cabreo, soltasen algo de información. Algunos lo hacían de manera amable y educada pero otros no tenían miramientos. Uno incluso había intentado colarse en la casa alegando ser de la empresa de limpieza que normalmente se encarga de los escenarios de los crímenes. Ahora estaba detenido con cargos de obstrucción a la justicia.

—Voy a comprar algo de cena. Me apetece un bocadillo de calamares de “La fontana”.

—¿Y eso qué es?

—¿Bromeas? ¡Ese bar es un clásico! —soltó— Siempre está abierto. Si vas de madrugada, está lleno de taxistas y policías.

—¿Y no tienen servicio a domicilio?

—¿Servicio a domicilio? ¡Qué va, mujer! —se rió el agente— Además, está sólo a diez minutos de aquí. Me acercaré en un salto. ¿Quieres algo?

—No podemos movernos de aquí. Estamos de servicio.

—Tranquila, no pasa nada. Nadie va a venir aquí —afirmó el policía con seguridad—. Él que hizo esto no tendrá ganas de acercarse al lugar del crimen. Sabe que lo estamos buscando. Es pura lógica matemática. Estaré de vuelta en menos de media hora. ¿Quieres algo o no? —volvió a preguntar.

—Me puedes traer un café doble.

—Bien, ahora vuelvo. No abras a nadie, ¿entendido?

La joven asintió con falsa tranquilidad. Su compañero, con lentitud, se levantó y salió por la puerta, cerrando con cuidado. Tras

quedarse sola, la agente se puso a pasear por las estancias. Fue mirando las fotos de los marcos y toqueteó distraída un par de teclas del piano de cola. Una fina capa de polvo se asentaba sobre las mismas e indicaba que la limpieza no era la prioridad de aquella casa. Con cuidado, abrió uno de los cajones del mueble del salón. Una amplia y variada colección de juguetes sexuales y consoladores se asomaron traviesos. Después de ojearlos por encima y sorprenderse con varios de ellos, cerró el cajón. Al menos estaba claro que aquella mujer tuvo una vida bastante amena. A continuación fue al dormitorio. Había estado presente mientras el subinspector Munar y otros dos agentes habían registrado la casa. Habían encontrado joyas y bastante dinero. De repente se fijó en las sábanas. Eran de seda, de buena calidad. Seguro que el juego le había costado una pequeña fortuna. La sangre, ya reseca, dibujaba el macabro perfil de su figura. Durante los meses de instrucción en Ávila habían visto decenas de dossieres plagados de fotografías de cuerpos y llevado a cabo muchas prácticas de investigación en casos de asesinatos y otros crímenes. Pero el de esa actriz era el primer cadáver que veía de manera presencial. Y a pesar de la impresión, no se sintió mal en ningún momento. Ella quería algún día ser inspectora de homicidios y sabía que el camino no sería fácil pero no le importaba. Le encantaban los retos y al fin y al cabo su vida nunca había sido sencilla. Estaba pasando la mano por la suave tela cuando el sonido del timbre de la puerta principal la asustó. Seguramente a Buendía se le habían olvidado las llaves o la cartera. Se olvidaría la cabeza si no la llevase pegada al cuerpo.

Una leve llovizna acogió a Diego en su destino. Acababa de bajarse delante de la casa de los Artigues cuando su teléfono empezó a vibrar.

—Dime, Daniel.

—No tengo los resultados definitivos pero el grupo sanguíneo cuadra. Parece que vas a estar en lo cierto.

—Perfecto. ¿Algo más?

—No. Por cierto, ¿qué tal va el coche?

—Como la seda. Sigue casi intacto.

—¿Casi intacto? ¿Qué quieres decir? —contesto el forense sin éxito.

Diego colgó y notó como el teléfono no paraba de vibrar a buen seguro con mensajes amenazadores de Daniel. Sonrió para sí mientras tocaba el timbre.

—¿Sí? —preguntó la voz de Artigues al otro lado.

—Inspector Guerra.

Un zumbido dejó abrir el portón de par en par. Diego cerró y se fue directo a la entrada. Artigues lo esperaba en pijama y con un habano en la mano. No parecía demasiado contento.

—Pase —le invitó con sequedad.

Diego entró y se encaminó directo al salón. Artigues le siguió y fue a sentarse en el sofá. Una empañada copa vacía descansaba sobre la mesilla que había a su derecha. Esta vez, al parecer, no había invitación.

—Usted dirá, inspector.

—Cristina no es hija suya —afirmó Diego—. ¿No es así?

—¡Cómo se atreve! ¡Es usted un pedazo de escoria! —gritó el empresario entre balbuceos.

Diego cruzó la sala de dos zancadas y agarró a Artigues del pecho.

—Llevo un día muy complicado para que me venga con monsergas, señor Artigues —dijo Diego mientras le clavaba la

mirada en su pálido rostro— ¡Conteste!

En señal de rendición, el tipo abrió los brazos. Diego lo soltó, dejándolo caer con estrépito sobre el sofá. La culpa se arrastró silenciosa por sus pronunciadas ojeras.

—Es cierto. Cristina no es mi hija biológica —susurró—. Aunque la quiero como si lo fuese.

Diego se dio la vuelta y se encaminó al minibar. Cogió dos vasos, los rellenoó con hielo de la cubitera y sirvió dos whiskys dobles. Luego le acercó uno a Artigues y se sentó con el otro en el sillón de enfrente.

—Gracias —dijo Artigues al coger el vaso.

Diego dejó pasar unos instantes para que el alcohol hiciese mella.

—Supongo que no lo sabrá pero Marta, mi mujer, no podía tener hijos.

—No, no lo sabía.

—Ella siempre había anhelado ser madre y la noticia de que eso no iba a suceder nunca amenazó con hundirla. Peregrinamos por todas las clínicas e intentamos todos los métodos médicos posibles sin hallar el éxito. Así que sólo nos quedó un camino posible.

—La adopción —apuntó Diego.

—Así es —confirmó Artigues mientras hacía una pausa y bebía un largo sorbo de whisky—. Iniciamos los trámites y nos dijeron que, con suerte, en dieciocho meses tendríamos con nosotros un bebé. Aunque lejano, poner fecha a aquel objetivo tranquilizó a Marta.

El hombre se levantó y comenzó a pasear por la estancia bajo la atenta mirada del inspector.

—Cuando sólo quedaban un par de trámites y unos meses para tener a nuestro pequeño en casa, algo horrible sucedió. Rusia, el país a quién habíamos solicitado la adopción, anuló todo el proceso.

Marta casi se vuelve loca aquella noche. Incluso tuve que llamar a un médico amigo mío para que le diese unas pastillas para sedarla.

—¿Qué provocó aquel cambio?

—Una crisis diplomática. Hubo un enfrentamiento entre gobiernos y paralizaron todas las adopciones. Así de simple.

—Tuvo que ser devastador.

—Así fue. Estaba todo el día en su habitación, llorando. Ni siquiera bajaba a comer —afirmó con tristeza—. Yo moví todos los hilos, prometí recompensas y gasté favores. Todo fue inútil. Había que empezar desde cero. Y, de repente, un día cambio todo.

El hombre se detuvo unos segundos en su narración.

—En un almuerzo de trabajo en el ayuntamiento me encontré con un viejo amigo. Trabajaba en el gabinete del presidente autonómico y llevábamos años sin vernos. Me preguntó por mi mujer y, sin saber muy bien por qué, me derrumbé y le conté los problemas de Marta, la adopción, la depresión que ahora tenía... todo. No me guardé nada.

—Entiendo.

—Él se mostró muy comprensivo. Luego me dio ánimos y se ofreció a ayudarme.

—¿Cómo se llama ese amigo?

—Llamaba. Murió hace dos años de cáncer de estómago —aclaró con indiferencia—. Su nombre era Javier Roses.

Diego asintió con la cabeza. Roses había sido uno de los hombres fuertes del partido conservador durante las últimas dos décadas. Pasó sus últimos años de vida pendiente de varios juicios por corrupción, desfalco y malversación de fondos públicos, entre otras lindezas. A pesar de la multitud de pruebas, nunca llegó a ser condenado. Un buen amigo de Diego llevó la investigación de uno

de los casos. A pesar del excelente trabajo, acabaron premiando su esfuerzo con un cambio de destino. Algo habitual dentro del cuerpo.

—¿Cómo le ayudó?

—Por aquel entonces gestionaba Sanidad y Administraciones Públicas. Él fue quién nos consiguió a Cristina.

—¿A qué se refiere con “consiguió”?

—No piense mal. No se trata de un robo de niños ni nada parecido. Como todo el mundo cumplimentamos un expediente de adopción con la única diferencia que este se tramitó en tan sólo 24 horas. Se falsificaron un par de firmas y me gasté unos veinte mil euros en acallar conciencias. Cuando tuve en brazos a Cristina no me lo podía creer. Nos ahorramos los cerca de cuatro años de espera que suele durar el proceso.

—No está mal.

—Ciertamente, no. Cuando me presenté en casa con la niña, Marta se volvió loca de alegría. Después de llorar durante media hora, me abrazó y me besó una y mil veces —confesó Artigues al tiempo que se pasaba la mano por el antebrazo en busca de huellas indelebles—. Horas más tarde, pasada la euforia, vino y me preguntó por la procedencia de la niña.

—¿Tenía miedo de que fuese robada?

—Supongo que sí. Ya sabe todos los escándalos que han salido en prensa y televisión en los últimos años. Le conté y le aclaré toda la historia con Javier. Al saberlo, se quedó mucho más tranquila. Ambos acordamos decir que la adopción en Rusia al final se había llevado a cabo sin problemas. Todo el mundo se lo tragó.

—¿Quién era la madre?

—Roses nunca me lo quiso decir. Siempre afirmó que esas cosas era mejor no saberlas. Un día, con dos copas de vino encima, me confesó que la niña era hija de una drogadicta que la había

abandonado. Yo tampoco quise saber más sobre el asunto. Éramos una familia feliz.

—Entiendo. ¿Cómo fue su relación con el señor Roses a partir de entonces?

El hombre se giró sorprendido. Aquel inspector era un tipo listo.

—Roses me utilizó. Me chantajeó durante años con contar mi secreto. Él no figuraba en ninguno de los papeles de la adopción con lo cual nadie lo podía implicar. Como si de la mafia se tratase, me obligó a usar mis empresas para blanquear dinero negro de sus asuntos. Mi negocio empezó a crecer a velocidad de vértigo y él se hizo un hombre muy rico. De hecho, hubo momentos en los que manejaba mis empresas a su antojo. Yo siempre me tuve por un tipo listo. Créame, inspector, cuando le digo que a su lado yo no era más que un patético aprendiz.

—No debió ser agradable. ¿Cuándo se rompió su colaboración?

Artigues puso cara de estar masticando cenizas.

—Un año antes de morir Marta, se presentó aquí un agente de hacienda. Estaban investigando a Roses y tenían mucha información para contrastar. Al parecer también tenían bastantes informes sobre mí. En ellos no había ninguna prueba fehaciente pero era cuestión de tiempo que la encontrasen. Me ofrecieron testificar contra él a cambio de inmunidad. Yo era un empresario poco suculento y la pieza codiciada era Roses. Después de pensarlo un par de días, accedí. Me convertí en un mísero chivato. Jamás en mi vida me he odiado tanto como a partir de aquel instante.

—Me lo imagino.

—No se puede hacer una idea. Luego fue todo muy rápido. Declaré una mañana durante tres horas, firmaron mi indulto por mi testimonio y me pusieron una multa de sesenta mil euros que pagué al salir del juzgado. A ojos de todos, seguía siendo un ciudadano ejemplar.

Diego iba conformando en su mente un puzzle, que cada vez estaba más definido.

—¿Llegó a saber Roses en algún momento que fue usted el chivato?

—Supongo que llegó a sospecharlo. De todas formas, no tuvo mucho tiempo de vengarse. Dos meses después de entrar en prisión, le diagnosticaron el cáncer que lo acabó matando. Y yo, por mi parte, perdí a mi mujer meses después. Ambos recibimos nuestro merecido. Perder a un ser tan querido es igual a una muerte en vida, inspector. Usted lo sabe bien.

Ahora fue el inspector Guerra quién dio un largo trago al vaso. Al parecer, el tipo había hecho sus deberes y le había investigado. Le entendía a la perfección. Luego, se recompuso.

—Señor Artigues, he de decirle que la madre de su hija no fue una drogadicta. Fue una mujer que tuvo una vida difícil que la llevó a tomar decisiones complejas. Esa mujer se llamaba María Berdún y era, como su hija, actriz porno.

Aquello cayó a Artigues como un jarro de agua fría. Se sentó como pudo en una esquina del sofá, sin poder articular palabra. Poco a poco recuperó la compostura pero no el color de su rostro.

—¿Está seguro de eso?

—Ahora mismo están cotejando el ADN de la ropa interior de su hija que se encontró en la escena del crimen con el de la actriz. Los análisis previos confirman dicha hipótesis.

El hombre se mantuvo unos segundos en silencio, digiriendo la información.

—Ha hablado usted de ella en pasado, inspector.

—María Berdún ha aparecido muerta esta tarde en su casa, señor Artigues. Ha sido asesinada y, por la brutalidad del crimen, parece ser que a manos del mismo individuo que mato al Gran Rober y secuestró a su hija.

El rostro del hombre se puso lívido. Estaba al borde del colapso. Luego, con decisión, se levantó del sofá. Le dirigió a Diego una dura mirada y fue a la camarera a rellenar el vaso.

—¿Y qué está haciendo usted por encontrar a mi hija, inspector? ¡Tiene que encontrarla! No quiero ni pensar en lo que esa bestia sería capaz de hacerle...

Diego se levantó y cogió su chaqueta.

—Estoy haciendo mi trabajo, señor Artigues —afirmó con seriedad—. No salga de la isla y extreme las medidas de seguridad.

—¿Medidas de seguridad? No tengo miedo, inspector. Todo lo que podía perder ya lo he perdido. Mi prestigio, mi mujer y ahora, a mi hija. Nada queda aquí para mí.

—Su hija puede que todavía esté viva.

—No. Cristina también está muerta —afirmó tras unos segundos de reflexión—. Si ese indeseable ha cometido unos crímenes tan atroces, ya la habrá matado. Es sólo cuestión de tiempo que encuentre su cuerpo, inspector.

Aquel tipo había tirado la toalla.

—Esperemos que se equivoque, señor Artigues.

Tras dejar a aquel infeliz matando sus penas con licor, Diego salió de la casa. Artigues no se levantó ni para acompañarle a la puerta. Un minuto más tarde, Diego sopesaba la información recibida. La radio daba las señales horarias y el noticiario que empezó a continuación dejó a Diego sin aire.

—”Buenas noches, señores. Son las once de la noche de este lluvioso 13 de Octubre. Aquí empieza “Hora 25”, donde damos un último repaso a la información del día. Comenzamos”

13 de Octubre. Diego apagó la radio de un puñetazo. Necesitaba un bar. Y lo necesitaba de manera urgente.

Un coche patrulla con las luces apagadas franqueaba la puerta principal. Entrar por detrás, saltando la valla de la piscina parecía la mejor opción. Con sigilo y un poco de suerte, nadie le vería. No le gustaba asumir riesgos pero no había más remedio. Tenía que recuperar todas las pruebas o su castillo de naipes podría quedar al descubierto. Al menos un policía se había quedado custodiando la casa e incluso podría haber dos. Esas malditas ratas siempre iban en parejas. Apretó los dientes, contrariado. Sin duda, tendría que matarlos. Estaba a punto de salir del coche cuando no tuvo más remedio que abrir los ojos de par en par. Por la puerta principal, un agente de oronda figura salió con prisas, se montó en el coche y salió zumbando por la avenida. Sin lugar a dudas, era su oportunidad.

—Vamos allá.

Saltó del coche y con cuidado se metió en el portal. Sacó su llavero, abrió el portón y segundos más tarde ya estaba subiendo las escaleras. Puso la máxima atención en su fino sentido del oído. Llegó al cuarto piso sin incidencias y, tras cerciorarse de que no venía nadie, salió al descansillo. Se acercó a la puerta y sacó el llavero. Antes de abrir y por precaución, tocó el timbre. No escuchó nada así que introdujo la llave en la cerradura. Luego giró y abrió la puerta con cuidado. Entró con sigilo y, mientras cerraba, escuchó un arma ser amartillada a sus espaldas.

—¡¡No se mueva!! —gritó la joven agente.

—¡¡Socorro, policía!!

—¡No se mueva! ¡Arriba las manos! —volvió a ordenar la joven agente— ¿Quién es usted?

—¡¡No dispare, soy el novio de María!! —chilló el lobo con piel de cordero— ¡He quedado esta noche con ella!

—¡Entre en el salón y manténgase con los brazos en alto!

Sumiso, el asesino obedeció, fingiendo además temblar como un flan.

—¿Qué sucede? ¿Dónde está María?

—Esto es la escena de un crimen. Usted no puede estar...
—comenzó a decir la agente.

—¿Un crimen? ¿Pero qué crimen? — gritó— ¡¡María....!!

—Lo siento, yo no...

—Un momento, ¿no me estará usted diciendo...? —negó con la cabeza— ¡No! ¡No puede ser! Creo que me estoy mareando...

Al tiempo que fingía perder fuerzas en las piernas, el tipo fue dejándose resbalar con la espalda apoyada en la pared en dirección al suelo. Siempre le gustó la interpretación.

—¡Oiga! ¡Oiga! —gritó la joven— ¡Oiga, levántese! ¿Está usted bien? —preguntó con preocupación la mosca, mientras se acercaba sin darse cuenta a la tela de araña.

—¡Estoy muy mareado! —dijo el asesino sacando a pasear su vena dramática— ¡Mi María, muerta! ¿Qué ha pasado, agente? ¿Qué ha sucedido?

La joven enfundó su arma y se acercó al hombre, que tiritaba de miedo.

—Lo siento, señor. No estoy autorizada a explicarle nada sobre la investigación. Sólo puedo decirle que María Berdún ha fallecido. No tenía que haberse enterado así pero me ha dado usted un buen susto —se excusó la joven—. ¡Qué vergüenza, por Dios! ¿Quiere algo? ¿Un poco de agua, quizás? —preguntó de nuevo la mosca, cada vez más cerca de la trampa.

—Sí, por favor. La cocina está a la izquierda y los vasos en el estante de encima del fregadero.

La araña vio cómo la joven se metía en la cocina. De un salto, se levantó y alcanzó un cojín del sofá que tenía al lado. Eso amortiguaría el ruido del disparo. Con sigilo se fue al pasillo del dormitorio mientras sacaba su arma. Instantes después, la joven

agente regresaba al salón sintiéndose culpable y con un prístino vaso de agua en sus manos.

—Siento haber sido tan brusca, señor. Es mi primer trabajo de campo y... —se justificaba la joven que se quedó helada al entrar en la habitación.

El tipo se había evaporado. No estaba por ningún sitio. De repente, sin previo aviso, recibió un fuerte golpe en la parte posterior del cráneo. El vaso de agua se precipitó al suelo y ella cayó de bruces, golpeándose la cara con el suelo. Medio inconsciente, se giró con el tiempo justo de ver cómo aquel hombre, con una pistola en mano y un cojín en la otra, se le acercaba. Intentó desenfundar su pistola pero aquel tipo fue más rápido y le pisó el antebrazo con el pie.

—Tan joven, tan guapa —soltó la araña— y tan zorra como todas las demás.

Su mirada vidriosa se cruzó durante un leve instante con los ojos de su asesino. El vacío más absoluto nadaba en ellos. Vio cómo el cojín se le acercaba al rostro. Y luego, la oscuridad.

La araña guardó su arma en la parte de atrás de su pantalón y recogió el destrozado cojín dentro de una bolsa de plástico que había en el armario de la cocina. La mueca de sorpresa seguía latente aún en el joven rostro de la policía. Un charco denso y oscuro se iba formando con lentitud debajo de su inerte silueta. Inspeccionó con minuciosidad la escena, evitando dejar rastros innecesarios. Luego se colocó unos guantes quirúrgicos y se puso a inspeccionar el dormitorio de la actriz. Minutos después, blandía su tesoro triunfante. Tenía que evaporarse.

—Aquí termina mi interés en ti, María. Descansa en paz.

Antes de marcharse sacó su navaja y se llevó un pequeño souvenir del cadáver. Le sonrió de manera burlona a uno de los marcos de fotos de la entrada y se esfumó de nuevo por las escaleras. Cada vez estaba más cerca de su objetivo. A pesar del

contratiempo, el plan seguía su curso con la precisión de un reloj suizo.

Tras acabarse la cuarta ronda, Diego se mantenía en pie con dificultad. Pidió otra copa más y se sentó dando tumbos en una mesa cercana. Los parroquianos allí presentes estaban tan hundidos en sus miserias que no le prestaban atención. Como debía ser. El camarero rompió sus vagos pensamientos.

—Aquí tiene —dijo el hombre con preocupación—. ¿Seguro que quiere usted seguir bebiendo?

La mirada de Diego no dejaba lugar a dudas. Se giró y se fue con su bandeja.

—Va por ti, cariño. Lo siento mucho —brindó Diego mientras con vidriosa mirada guiñaba el ojo a una pequeña fotografía de su teléfono. De un trago, se bebió el dorado elixir.

—¡Camarero, otra! —balbuceo de manera casi inteligible.

Su móvil empezó a vibrar.

—Inspector Guerra al aparato —contestó con sorna al tiempo que se cuadraba en saludo militar.

Alguien al otro lado intentaba comunicarse con él, pero no conseguía entenderlo. Al final le acabó pasando el teléfono al camarero cuando éste llegó con la nueva consumición. Durante un breve espacio de tiempo estuvieron hablando y luego Diego apoyó la cabeza en la mesa, quedándose inconsciente en cuestión de segundos.

Fotogramas de su vida comenzaron a pasar por su mente de forma inconexa. Entremezclados, veía las imágenes de los casos que había investigado con recuerdos felices con su familia. La primera vez que su pequeño Rubén habló, cuando empezó a caminar o su primer día de colegio. Y luego, el accidente. Había bebido y su mujer quiso conducir. Él, henchido de orgullo alcohólico

y machista, se negó. Una ráfaga de luces, se cruza otro coche y pierde el control. Cristales rotos, el ruido del motor rugiendo en punto muerto, las llamas, el humo, la sangre... la suya propia y la de su familia. La macabra mirada del cadáver de su mujer, con el cráneo estrellado contra el cristal delantero. Su hijo, tosiendo segundos después del accidente y ahogándose en su propia sangre. Frío. Mucho frío. Él, inmóvil en su asiento. Su pierna está atrapada. Su hijo deja de respirar. Se apaga con lentitud como la llama de un diminuto fósforo. Y de repente, agua fría que le moja.

—¡¡Diego, despierta!!

Con los ojos entreabiertos, Diego levantó la mirada. Su visión se fue aclarando con lentitud.

—¿Quién coño eres?

—¡Soy tu puta madre, joder! —gritó Daniel— ¿Quieres que Ramírez te pille borracho? ¿Estás loco o que te diablos te pasa?

—Me la suda ese imbécil —añadió Diego algo más despierto—. Hoy es 13 de octubre. 13 de octubre, Daniel.

El forense canjeó su expresión de ira por lástima. Le dio la vuelta a una silla y se sentó junto a su amigo.

—¿Cuántos cumpliría?

—Ocho. Ocho años —afirmó con lágrimas en el rostro—. Camarero, otra copa.

Daniel se giró y le negó con la cabeza. Aquello no sentó bien a Diego.

—Dejame beber en paz, joder —gritó—. ¡Por qué no te vas al infierno!

Por un segundo, Daniel contempló la violencia. Luego miró a su amigo unos segundos y se compadeció. El odio hacia sí mismo hablaba ahora por él.

—Levántate ahora mismo, que tenemos que irnos a la central. El comisario quiere verte.

—¡Me da igual! ¡A la mierda el comisario, el caso y todos esos lameculos! ¡La chica seguro que está muerta!

—Hace una hora han matado a la agente López. Estaba custodiando el piso de la actriz.

El inspector se enderezó con seriedad.

—Estaba con Buendía —aclaró el forense—. A ese imbécil le entró hambre y se fue a cenar, dejándola sola. El asesino debía estar vigilando y aprovechó para entrar. 23 años, Diego. ¡Era una jodida cría!

La recordaba vagamente. Era muy joven, con ganas de aprender. La había visto un par de veces mientras estaba en prácticas, de guardia en la puerta de la comisaria. Incluso en una ocasión se le acercó en la central para pedirle consejo. Al parecer, quería ser una buena inspectora de homicidios. “Tan buena como usted, señor”. La respuesta que le dio no fue demasiado educada.

—Joder —escupió Diego.

Se levantó dando tumbos y se fue al baño. Después de forzarse a vomitar metiéndose los dedos en la garganta, se lavó la cara y se mojó un poco el pelo. Se lo atusó con las manos y se secó con un poco de papel. Un asalto más.

Cuarenta minutos más tarde estaban entrando por la central. Diego Guerra, con una palidez cadavérica, caminaba con dificultad detrás de Daniel. Al llegar a su planta, el ascensor se detuvo. Era Ramírez.

—Cómo voy a disfrutar con esto —afirmó con desprecio mientras entraba.

Aquella afirmación le puso en guardia. Aquel tipo era un engreído, pero no un idiota. Más que contento, estaba seguro de haberle pillado con las manos en la masa. Se avecinaba tormenta.

—Que te den —le provocó Diego. Ante su sorpresa, Ramírez permaneció impasible. Mal asunto.

El ascensor se detuvo en la planta noble y los tres hombres salieron al pasillo. Fueron directos al despacho del comisario. Entraron y la sorpresa fue mayúscula.

—Miren lo que nos ha traído la marea de nuevo —afirmó el comisario Barbadillo— ¿Sorprendidos, verdad?

Diego y Daniel se miraron incrédulos.

—Pasen, caballeros. A Madrid han llegado informes anónimos sobre el desastre de investigación, por llamar al asunto de algún modo, que están ustedes llevando a cabo —decía mientras miraba de soslayo a Ramírez—. Según parece el comisario García estaba perdiendo un poco el norte.

—¿Cómo te atreves? —gritó Diego.

—¡No te enfades, Diego! ¡Al viejo se le tenido que ir la cabeza! Es la única causa que explicaría que te haya mantenido a cargo de la investigación. Y eso a pesar de la cantidad de errores en tus procedimientos y de tu más que evidente incompetencia.

Daniel estaba empezando a temer que su amigo hiciese una barbaridad.

—El asunto está zanjado. El comisario ha sido relevado de su puesto y suspendido hasta nueva orden. Por su edad, no creo que vuelva. Me temo que sólo le quedará ir al parque a echar de comer a las palomas —afirmó con sorna.

—Escoria —soltó el inspector.

—Gracias. Mientras tanto, yo asumiré el mando en funciones. Estos señores de mi derecha son de asuntos internos —prosiguió Barbadillo con satisfacción—. Querrán hacerte unas preguntas aunque a juzgar por la borrachera que traes encima no serán necesarias, ¿no les parece, caballeros?

De repente, el inspector perdió el control. Dio un salto y con una agilidad inesperada alcanzó a dar un puñetazo en la nariz a Barbadillo. Entre Daniel y los dos tipos de asuntos internos consiguieron contenerlo. Ramírez corrió a socorrer a su amo.

—¿Ven cómo está?! ¡Es un hombre violento que hace tiempo que ha perdido el control! —gritó Barbadillo intentando cortar la abundante hemorragia nasal con un pañuelo— Inspector Diego Guerra, queda usted suspendido de empleo y sueldo, además de relevado del caso. Tiene dos días para entregar un informe que resuma las diligencias realizadas hasta el momento a su inmediato superior. Recibirá su sanción por correo certificado en menos de quince días. Entregue su arma y su placa al subinspector Ramírez.

Ramírez estaba a punto de estallar de satisfacción. Diego sacó su placa y su arma, las tiró encima de la mesa y salió dando un portazo. Aquella historia se había acabado.

—Están cometiendo un grave error —suplicó Daniel mirando a los de asuntos internos—. ¡Es la mejor baza que tenemos! Si permiten esto, están condenando a muerte a esa chica. ¡Serán los culpables!

—Daniel, sólo con lo que hemos presenciado aquí no podemos permitir que Diego siga en el caso —afirmó el más alto de los dos desconocidos—. Sabemos que en el pasado fue un gran inspector de homicidios pero hoy sólo quedan sombras y cenizas de aquel hombre. Lo siento.

—Y tú, señor forense, preocúpate más por tu futuro. Desde aquel terrible accidente en el que murieron su mujer y su hijo, Diego ha sido un espectro. Él está acabado y deberías empezar a pensar un poco más en ti. Es un consejo de amigo —afirmó el comisario Barbadillo.

—¿De amigo? ¡Por mí te puedes ir al mismo infierno, Pedro! Eres un lameculos insolente —gritó Daniel con rabia—. ¿Ya no recuerdas aquel tiroteo en el banco? ¿Acaso se te ha olvidado cómo te measte encima como un bebé? ¿No fue Diego quien cruzó la calle y te consiguió unos pantalones en una tienda cercana para que te

podieras cambiar sin que nadie se diese cuenta? —inquirió— ¿Te has olvidado de eso, hipócrita de mierda?

Barbadillo se encendió cómo un tomate. Se levantó de la silla, fuera de sí.

—¡Me manché con café! ¡Nunca he hecho tal cosa! —gritó— ¡mi hoja de servicios es intachable!

—Si en ella no cuentas la de compañeros que has pisado y hundido sólo para medrar, supongo que eso es cierto. Entiendo que lo único que te preocupe es tu carrera. No tienes otra cosa en tu patética vida.

—¡¡Suspendido también!! Deja tu arma y tu placa. Ya que sois tan buenos amigos, iréis juntos a la fila del paro.

—Aquí tienes— dijo Daniel mientras dejaba su placa en la mesa junto a la de Diego.

—¿Y el arma? —preguntó Ramírez.

—No tengo arma, idiota. Soy forense. Cuando me llegan, ya están muertos —afirmó con desprecio mientras se giraba y dejaba al cuarteto con dos palmos de narices.

Diego estaba fuera. Necesitaba aire. Había salido por la puerta de incendios y se estaba fumando un cigarrillo. Sin su trabajo, estaba acabado. Lo único que le quedaba saber era el tiempo que aguantaría en este barrio. Tres meses. Quizás seis. Se giró al escuchar pasos. Daniel se le acercó y se puso a caminar nervioso a su alrededor.

—¿Qué vamos a hacer? —le preguntó Daniel.

—Yo irme a casa a seguir bebiendo.

—¡Pero tenemos que hacer algo!

—Yo estoy sentenciado, Daniel. Sigue con tu trabajo e incluso intenta repudiarme. Soy un ancla demasiado pesada para ti y no

quiero llevarte conmigo al fondo del fango. Es posible que si lo haces, también te asciendan.

—No creo. También me han suspendido.

Diego se giró con sorpresa y escuchó la explicación que le dio su amigo.

—Agradezco la lealtad, Daniel, pero no tienes por qué hacerlo. No hundas tu vida por mí. Entra ahí y pide disculpas. Seguro que lo anulan. No te quieren a ti.

—Soy tu amigo y es ahora cuando toca estar cerca de ti. Y tirarse al agua, sin salvavidas si es preciso —se justificó—. Tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Supongo —afirmó Diego—, aunque te ha de quedar claro que eso no significa que vayamos a irnos a vivir juntos, moreno.

Tras un primer momento de enfado, Daniel se echó a reír mientras le regalaba insultos al inspector. No sabían que, a unos pocos kilómetros, un despiadado asesino se preparaba de nuevo para matar.

Todavía no daba crédito. Aquel maldito inspector avanzaba más rápido de lo que parecía. Con total seguridad debía de saber todo lo relativo a la chica y a la adopción. Al fin y al cabo, colocar aquel GPS en el coche del forense había sido una idea excelente. La sorpresa que se encontrarían en casa del inspector sería brutal. Asqueado, se bajó de su pequeño vehículo. A unos cincuenta metros, una casa de negro granito se alzaba imponente sobre la colina, rodeada de otras mansiones. Aunque con total probabilidad no era la más cara, si era la más espectacular y ostentosa. Cuando estaba llegando a su muro exterior, vio unas luces acercarse por la estrecha carretera. Un coche de seguridad privada fue frenando su marcha y se detuvo a su altura.

—Buenas tardes, caballero. ¿Se ha perdido? —dijo un imberbe joven con reluciente placa tras bajar la ventanilla.

—En realidad...sí. Soy el inspector Bornes. Estoy buscando la casa de los Artigues.

—¿En serio? ¡Pero si es esta! ¡La tiene justo detrás!

—¿De verdad? Pues he pasado por delante de ella al menos tres veces —dijo con supuesto enfado el impostor— ¡Malditos ricos y sus mansiones!

El joven, despreocupado, se echó a reír.

—He venido a hablar con el señor Artigues sobre la desaparición de su hija —aclaró.

—¿Su hija ha desaparecido? ¡Guau, un secuestro! —exclamó.

—No se alegre tanto, joven. Es una situación muy delicada —le reprendió.

—Es cierto... lo siento, señor —se disculpó el joven, agachando la cabeza.

Lo tenía justo donde lo quería.

—Bueno, no pasa nada. Entiendo tu fervor. Si tuviese tu edad, habría reaccionado igual —dijo comprensivo—. Tengo una idea. ¿Querría venir conmigo y ayudarme en el interrogatorio?

—¿De verdad? —preguntó el joven con la cara iluminada.

—Claro que sí.

—¡Por supuesto! —exclamó el joven— Mi sueño algún día es ser policía. Esto es sólo temporal, ¿sabe? Llevo casi un año preparándome. Voy a aparcar ahí delante y ahora mismo vengo.

—Lo entiendo. Anda, vaya. Yo le espero aquí. Todo sea por ayudar a los profesionales del futuro.

Mientras el joven dejaba su vehículo, el asesino roscó el silenciador a su pistola y la guardó en el bolsillo de la chaqueta. No quería más sorpresas. Ni tampoco cabos sueltos.

Un minuto después, el agente de seguridad correteaba alrededor del falso policía como un perrillo faldero.

—Haga los honores.

El agente, halagado, tocó en el telefonillo. Instantes después una voz adormecida les abría el camino. Tras permitirles el paso, entraron a la mansión, quedándose boquiabiertos con la decoración del jardín. El estanque estaba lleno de enormes carpas de colores. La puerta principal estaba entornada pero permanecía desierta.

—¿Pero qué diablos es eso? —interpeló el asesino.

—¿El qué? —preguntó el agente.

—Algo brilla, al lado de la fuente, dentro del estanque... ¿no lo ve?

—Yo no veo nada, señor.

—Sí, hombre. Está allí —dijo el cazador colocando el gusano en el hilo—. Sería abusar de usted pero... ¿podría meterse y mirar bien lo que es? Parece metálico. Podría ser un arma...

El joven agente pareció dudar.

—Piense que llevo cuatro años siendo examinador de la prueba de acceso a la policía. Podría echarle una mano en el examen. Pero no quiero que se sienta obligado a ello.

—Está bien —dijo el joven con una sonrisa de oreja a oreja mientras se quitaba los zapatos y se remangaba los pantalones. Por sus gestos, el agua debía de estar helada.

—No veo nada, inspector —afirmó—. ¿Seguro que ha visto usted algo?

La cara del joven se quedó tan helada como el agua estancada. El falso inspector había sacado un arma y le encañonaba con ella. Ni

siquiera tuvo tiempo de reaccionar.

—Eres tan imbécil que hubieras llegado a ser un gran policía. Adiós.

Tres pequeños chasquidos y el chapoteo de un cuerpo al caer en la fuente fueron los únicos testigos de aquel asesinato. Divertido, miró la cara del cuerpo sin vida del muchacho. Otro peón más eliminado de su camino. Ahora, tocaba ir por una pieza más relevante. Siguió el camino de piedras blancas y atravesó la puerta entreabierta. Cerró con cuidado y se adentró en el salón, donde un hombre le daba la espalda con una copa en la mano mientras miraba el boscoso paisaje.

—Buenas tardes, señor Artigues.

El empresario se dio la vuelta y se quedó mirando con fijeza a aquel tipo. La ausencia total de sorpresa en el rostro le inquietó.

—¿Y el chico de seguridad?

—En el estanque de la entrada, con las carpas. Me dijo que quería ser policía. Me ha caído bien así que le hecho un favor. Ha caído en acto de servicio —afirmó sonriente—. Es posible que incluso le pongan una medalla y le den a su madre una bandera plegada.

El empresario escudriñó en su mirada. Desde el primer instante supo con exactitud quién era aquel tipo. Su corazón latía desbocado buscando una salida.

—Pedazo de escoria —escupió Artigues—. Y a mi hija, ¿también la has matado ya?

—Todavía no. Su suerte está aún pendiente de ser desvelada. Pero todo se andará, señor Artigues.

El hombre se llevó el vaso a la boca y la vació de un golpe. Luego, desafiante, se giró y se quedó mirando a su enemigo a los ojos mientras con calma, soltaba la pieza de cristal tallado encima de la camarera. El asesino levantó su arma y le apuntó a la cabeza con parsimonia. Se oyó un chasquido y un certero disparo entró por la

parte frontal de la cabeza del empresario y salió por detrás, esparciendo sus sesos por la cristalera. El impacto provocó que su cuerpo semidesnudo fuese impulsado violentamente hacía atrás contra el cristal. Después, con lentitud, fue deslizándose hasta detenerse contra el suelo y dejando al descubierto unos raídos calzoncillos tipo boxer. Satisfecho, guardó su arma y se colocó los guantes de látex que llevaba en el bolsillo de su chaqueta. Tras encontrar la cocina, rebuscó en sus cajones, buscando una herramienta para ejecutar su siguiente obra. Armado con un cuchillo de grandes dimensiones, se encaminó hacia el cuerpo todavía caliente del hombre. Iba a quedar magnífico. Estaba tan excitado que incluso tuvo una erección. Clavó el cuchillo en el tórax y se puso a trabajar. Tenía que darse prisa.

—Anda, pasa —dijo Diego mientras se hacía a un lado de la puerta—, vamos a tomarnos una copa. Pero no te hagas ilusiones, no soy tan fácil.

—Qué más quisieras... —afirmó Daniel.

Diego Guerra entró y cerró la puerta. Después de cenar algo, se habían dado un pequeño paseo en el deportivo de Daniel. Aunque en el paseo marítimo había decenas de bares abiertos, decidieron ir a casa de Diego. Eran cerca de las dos de la mañana y ninguno tenía prisa por irse a la cama. Lo bueno de estar suspendidos es que no tenían nada que hacer al día siguiente. Fueron a la cocina y se sentaron en los bancos de una pequeña mesa que había en la esquina. Daniel bostezó. Estaban agotados.

—¿Whisky? —preguntó el inspector.

—¿Acaso tienes otra cosa?

—No.

—¿Entonces para qué preguntas?

—Por tocar los moral —respondió Diego—. ¿Sólo o con refresco?

—Cola. Si tienes.

—De eso sí tengo —dijo el inspector al tiempo que sacaba una lata de un mueble cercano—. Toma.

Luego sacó dos vasos y los llenó de hielo. Cogió una botella del mismo mueble que tenía los refrescos. De pronto, se detuvo en seco.

—Creo que deberíamos llamar a Ramírez y a Barbadillo.

—No tienes que forzar la situación más. Ya has conseguido lo que querías y te van a expulsar del cuerpo. Y a mí también. Cachondearse de ellos por teléfono no mejorará nuestro futuro.

—Aun así creo que deberíamos llamarles —afirmó Diego—. Mira esto.

El forense se levantó de la silla y abrió la otra puerta del armario. El dosificador de la botella de whisky estaba encima del estante y, dentro de la misma, dos finas falanges nadaban en whisky. Sus uñas aún estaban pintadas en lo que parecía un tono rosa pálido.

—¿Hombre o mujer? —inquirió el inspector.

—No sé. Por la estructura, parecen de una mujer. ¿Crees que...?

—Por el bien de la chica, espero que no.

Entró en la casa y se fue directo al horno. Cogió un cubo de plástico lleno de astillas y trozos de madera y vació la mitad de su contenido en el interior. Con lentitud, sacó un pequeño documento y un puñado de viejas fotografías amarillentas. Como en anteriores ocasiones, lanzó dentro los guantes, la bolsa y los restos del cojín, cogió el bote de líquido para encender y roció el interior. Luego arrancó una esquina de papel de periódico y lo enrolló, a modo de antorcha casera. Tras encenderla con un mechero, la acercó al interior del horno y prendió su contenido. El potente fuego eliminaría cualquier rastro de sus actos. Mientras las llamas hacían su trabajo,

fue al armario de su dormitorio y sacó un pequeño ordenador portátil del armario. Mientras arrancaba, empezó a repasar los siguientes pasos que debía dar. En poco tiempo, todo estaría terminado. De repente, un ruido le sobresalto en la habitación de al lado. Su invitada debía de estar un poco nerviosa y molesta. Acordándose del potente olor que despedía en la última ocasión en la que habían estado juntos, pensó en que sería bueno obligarla a ducharse. A él no le importaba el potente olor que desprendía pero quizás si la dejaba darse un buen baño podría conseguir que cambiase de actitud. Dejó el aparato encima de la mesa y se encamino hacía la habitación de la chica. Le encantaba ver la mirada de sorpresa que ponía siempre que le veía entrar. Era algo muy agradable.

—Esto es una pocilga, Diego —escupió Barbadillo.

Diego asintió con desgana, sentado en una esquina de la cocina. Daniel estaba a su lado.

—Registrad toda la casa —ordenó el comisario— e intentad no romper nada.

El forense, tres técnicos y Ramírez se dividieron y empezaron a husmear por cada rincón de su guarida. El subinspector parecía estar disfrutando de todo aquello como un niño con zapatos nuevos. Diego, que simulaba estar en calma, llevaba fumado casi medio paquete de tabaco en cuarenta minutos. Ni siquiera Daniel había conseguido entrar allí con asiduidad. Barbadillo notó como la tensión crecía.

—Gracias por habernos llamado, Diego. Es un gesto que te honra —afirmó.

—Lo único que importa aquí es la chica. El resto me da igual.

—Lo he pensado y... —dijo mientras se mantenía en suspenso— creo que sería bueno para todos si nos ayudas en el caso. Por supuesto, como mero observador...

—Que le jodan, señor comisario.

Barbadillo se lo quedó mirando, cortado. Luego salió al pasillo entre blasfemias y maldiciones. Daniel meneó la cabeza de lado a lado.

—Serías capaz de ahogarte en mitad del océano si fuera Barbadillo el que te lanza el salvavidas —afirmó Daniel.

—Hay rescates que es mejor no aceptar, Daniel. Siempre es preferible morir con dignidad que ser lacayo de un idiota.

—”Nuestro carácter es quien nos mete en problemas, pero es nuestro orgullo quien nos mantiene dentro de ellos”

Diego asintió. Daniel estaba en lo cierto, pero no pensaba dar su brazo a torcer con aquello. Barbadillo era un tipo mezquino y taimado que había crecido vendiendo a sus compañeros. Era un indeseable.

—Vaya, vaya. Mira lo que hemos encontrado —afirmó Ramírez desde el dormitorio principal.

Entró de nuevo en la cocina con dos pequeñas braguitas de encaje negro en las manos. Daniel vio cómo los ojos de Diego refulgían. Aquello no era bueno.

—Suelta eso ahora mismo, escoria —ordenó Diego.

—¿Te gusta disfrazarte en tu tiempo libre, inspector? —insinuó socarrón Ramírez— ¿O son de alguna putita que contratas de vez en cuando? Quiero saber a qué huelen... —susurró al tiempo que se las acercaba a la nariz.

Diego se levantó de la silla y se fue directo a por Ramírez. La rapidez con la que se movió le pilló desprevenido. De un puñetazo lo tumbó en el suelo y empezó a golpearlo con rabia. Daniel podía contenerlo a duras penas mientras Ramírez desde el suelo gimoteaba, protegiéndose el rostro con los brazos. Si no paraba lo iba a matar.

—¡¡Ayuda!! ¡¡Barbadillo!! —gritó Daniel.

Los técnicos regresaron a la cocina e intentaron separar a Diego. Tras unos segundos interminables, lo consiguieron.

—¿Pero qué demonios pasa? —gritó Barbadillo— ¿Acaso os habéis vuelto todos locos o qué?

—¡Yo sólo le he enseñado estas bragas y le he gastado una broma! —farfulló Ramírez con la nariz ensangrentada y pálido como una vela— ¡Este idiota está para que lo encierren!

Barbadillo miró a Diego que a su vez estaba mirando a Ramírez con fijeza. La palabra “odio” se leía con absoluta nitidez en su mirada. Luego se giró a Daniel en busca de explicaciones.

—Eran de Paula —afirmó el forense.

El comisario cambió su expresión mientras meneaba la cabeza de arriba a abajo.

—Ramírez, suelta eso.

—Pero señor, podrían... —balbuceó.

—¡Que las sueltes, joder! —atronó el comisario— ¿O también quieres ser suspendido, pedazo de idiota?

Resentido, Ramírez soltó la ropa interior encima de la mesa de la cocina y salió de la casa fingiendo indignación. Diego retiró con cuidado la ropa interior y la llevó de nuevo a su cuarto.

—Aquí no hay nada más. Recogedlo todo —ordenó a los técnicos—. Daniel, échale un ojo, por favor.

Cuando todos se marcharon, Daniel se asomó al dormitorio. Diego estaba de pie, erguido junto a la cómoda. Con nostalgia, pasaba la yema de sus dedos por un polvoriento marco de fotos.

—¿Puedo?

Diego asintió levemente, lo cogió y se lo pasó. Era un soleado día de playa. Paula, la mujer de Diego, era una mujer muy atractiva.

Morena, piel aceitunada, ojos negros y una sonrisa de anuncio. Diego siempre le había dicho que se enamoró de ella al primer segundo de conocerla. Ella, enfermera de profesión, estaba de turno en urgencias una noche en la que llevaron a Diego al hospital con un feo corte en la cabeza que se había hecho en una redada. El flechazo fue instantáneo. Un par de años después vino al mundo el pequeño Rubén. Inquieto y cariñoso, posaba en la foto con un alegre bañador de colores mientras, al mismo tiempo, levantaba su cubo y una pala con las manos. La felicidad en una instantánea. Es muy duro irte a dormir cada noche sabiendo que los mejores momentos de tu vida han pasado ya.

—Bonito recuerdo.

Por unos segundos, las facciones de Diego se aflojaron. Con el rostro arrasado en lágrimas, le brindó una triste sonrisa a la única persona que probablemente le quedaba en este mundo.

—Ya da igual. Ellos están muertos, pudriéndose bajo una losa de mármol y hormigón. Y yo, aunque siga aquí respirando, estoy tan muerto como ellos.

De repente, de manera brusca, Diego arrancó el marco de las manos de Daniel y lo soltó con indiferencia encima de la cómoda. Enjugó sus lágrimas, respiró hondo y salió del dormitorio. Daniel, guiándose por la marca del polvo acumulado, colocó el marco en su posición inicial antes de seguir a su amigo.

Regresó a la cocina y, al no verlo, fue al salón. Con esfuerzo, Diego movía un sofá de dos plazas.

—Ayúdame. ¡Esto pesa un huevo!

Cualquier rastro de sentimientos se había evaporado de nuevo. El caballero se volvía a poner su armadura. Entre los dos movieron el mueble y, detrás del mismo, apareció lo que parecía ser una pequeña caja fuerte. Giró una pequeña rueda en varias direcciones y la trampilla se abrió. De su interior emergieron dos pequeñas

pistolas con varios cargadores y una placa de policia. Daniel lo miraba con sorpresa.

—No me mires así. Venía con la casa.

—¿Todo?

—No, sólo la caja fuerte —afirmó—. Vamos, tenemos trabajo.

Cerró la portezuela, giró la rueda y empujó el sofá a su posición inicial. Luego se quedó mirando al forense, que seguía con la boca abierta.

—¿Vienes?

Tras coger sus abrigos, ambos salieron de la casa y se encaminaron hacia las escaleras. Tras bajar varios pisos, se pararon en la primera planta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Daniel con impaciencia.

—Será sólo un segundo.

Diego se detuvo delante de uno de los pisos y tocó el timbre. Al instante, una mujer que rondaba la cincuentena abrió la puerta. Vestía un bata de cuadros de colores chillones y una decena de rulos poblaban su teñida cabellera.

—Hola.

—Hombre, pero mira lo que tenemos aquí —graznó la mujer—. ¿Has pensado mejor en mi oferta, guapo?

—No exactamente. Necesito un favor.

—¿Un favor? ¿Qué clase de favor?

—Uno que tiene cuatro ruedas.

La mujer reparó en Daniel y se los quedó mirando.

—¿Y éste quién es, tu novio? ¿No serás gay?

Daniel iba a protestar pero Diego se lo impidió con un gesto.

—Es un amigo. No tengo tiempo ahora mismo de explicártelo pero necesito tu coche.

—Llevas meses dándome esquinazo y ahora, de repente, me necesitas.

—En realidad necesito tu coche, no a ti.

La mujer, dolida, pareció dudar.

—Pero no sé, podrías arañarlo o tener un accidente con él. Y a mí aún me quedan dos años de letras por pagar. No te enfades, querido, pero no eres un hombre de fiar. Ya me diste una vez tu palabra y no cumpliste.

Diego se quedó pensativo unos instantes.

—Mi amigo tiene un precioso deportivo amarillo aparcado en mi plaza de garaje. Te daré las llaves como garantía.

—¿Pero qué diablos estás diciendo? ¿Acaso te has vuelto loco? ¡Ni de coña le doy a esta bruja las llaves de...!

—¡Cállate, Daniel! —ordenó— Por favor.... —terminó de decir mientras suavizaba el tono.

El forense sacó las llaves con enfado y se las dio a Diego, que las cogió y las puso en las garras de aquella especie de arpía.

—Está bien. Con una condición.

—Lo que quieras.

—Me debes una cita. Pero una de verdad, con velas, cena en un bonito restaurante, cine y noche de sexo salvaje. ¿Entendido?

Tras asentir, la mujer arrancó las llaves del deportivo de Daniel de sus manos y se perdió tras un pasillo. Varios cuadros de gatos decoraban el largo pasillo. Un minuto más tarde regresó con un absurdo llavero de pata de conejo.

—Ya sabes qué coche es. Ten cuidado, que tiene el embrague un poco duro —le advirtió antes de cerrar la puerta de un portazo.

—En marcha —afirmó Diego mientras echaba a andar.

—¿Me lo vas a explicar o qué?

—Una noche llegué borracho a casa y me la crucé en el portal. Ella no me hizo ascos y yo no sabía ni donde estaba. Cuando a la mañana siguiente me levanté, me fui de su casa sin decir nada. Durante un tiempo no paró de acosarme. Magdalenas en la puerta, fotos picantes en el buzón... Un día incluso me dejó sus bragas cogidas en el limpiaparabrisas.

—¡Qué calladito lo tenías, Don Juan!

—Daniel, eres mi mejor amigo. Odiaría tener que matarte.

—Tranquilo. Soy una tumba —confirmó el forense entre risas.

Los dos llegaron a las escaleras y bajaron hasta el primer sótano. Entraron al aparcamiento subterráneo y se metieron dentro del Ford Focus de la arpía. Diego arrancó el coche y salieron del edificio como alma que lleva el diablo.

—Una cosa, ¿se puede saber por qué le he dejado mi deportivo a esa vieja rancia?

—Había cámaras en la cocina de mi casa.

—¿Cómo...?

—Colgado encima de la nevera hay un viejo reloj de pared que llevaba mucho tiempo sin funcionar. Nunca me acuerdo de cambiarle las pilas pero hoy, tras la pelea, me he fijado en que las agujas estaban movidas. En su momento se quedaron marcando las seis en punto mientras que ahora están clavadas en las ocho y media.

Daniel era reticente.

—Antes de salir, he mirado el reloj desde debajo, en el umbral de la puerta. Un par de cables asomaban por detrás de la tulipa. Hay una cámara. Estoy seguro. Y es posible que hayan puesto algún tipo de localizador en tu coche y probablemente en el mío.

—¿No crees que estás un poco paranoico?

—Es la única explicación factible para que siempre se adelante a todos nuestros movimientos.

El forense abrió la boca de par en par.

—Piénsalo Daniel.

—No lo sé. Es posible...

—Eso explicaría que se atreva a matar con semejante impunidad. Y que se atreviese a volver a casa de María Berdún. Incluso ha entrado aquí, en mi casa. Nos tiene localizados.

El forense asintió.

—Tenemos que llamar otra vez a ese idiota de Barbadillo.

—No —negó el inspector meneando la cabeza—. Eso pondría sobre aviso a ese malnacido. No sabemos si tiene algún micro en la central o si ha pinchado nuestros móviles. Debemos ser discretos. Es la única oportunidad que va a tener esa chica.

—¿No habrás visto demasiado Harry el sucio? —preguntó escéptico el forense.

—Es más fácil de lo que piensas. Yo mismo conozco a una persona que sabe hacer diabluras con un teclado. En más de una ocasión me ha facilitado las cosas.

—¡Eso es ilegal, Diego!

—Tan ilegal como el crimen, amigo mío. Yo me limito a jugar a su juego con sus armas.

—Entonces, ¿no vas a avisar a la central?

—Tengo otra idea mejor —afirmó Diego.

Se detuvieron en una gasolinera cercana y se bajaron delante de una cabina. Era un milagro que todavía quedase alguna en pie. Mientras Daniel repostaba, Diego fue a hacer una llamada.

—¿Sí? —contestó una voz masculina al otro lado del teléfono.

—Soy yo. Te llamo desde una cabina. Creo que me han puesto una cámara en casa.

—Entiendo.

—¿Podrías localizar al que recibe la señal de alguna manera?

—No lo sé... supongo. ¿Te puedo preguntar una cosa?

—Por supuesto.

—¿La policía no tiene especialistas para todos estos asuntos?

—Sí, pero no son tan buenos como tú.

—¡Vamos Diego, no me jodas! —exclamó su interlocutor con enfado— No creas que me convences con los piropos. ¡No soy idiota!

El tenso silencio se mantuvo a ambos lados de la línea.

—Estoy suspendido de empleo y sueldo. Llevaba entre manos un caso muy turbio de asesinato y secuestro. El asunto se ha ido complicando y ya sabes que tengo mal carácter. Tuve una reunión con mis superiores y... el resto te lo puedes imaginar —farfulló Diego.

—Comprendo.

—La vida de una chica de veinte años está en juego —afirmó Diego.

El hombre se mantuvo a la espera blasfemando.

—Está bien. Miraré qué puedo hacer. Luego te llamo.

—No me digas nada por el móvil. Sólo avísame y yo me pondré en contacto contigo. Gracias, eres...

—Vete a la mierda, Diego.

Diego colgó el auricular y se fue directo al coche. Se montó y se quedó unos segundos con la mirada perdida.

—¿Y bien?

—Nos va a ayudar. Espero que dé pronto con esa señal y tengamos algo.

—¿Dónde vamos ahora?

—A casa de María Berdún.

—¿Estás loco? ¡Te han apartado del caso!

—Es cierto. A esta hora seguro que es la comidilla de la central.

—¿Y cómo pretendes que te dejen entrar allí?

—Con un salvoconducto —afirmó Diego mientras miraba a Daniel.

—¿Qué?

—Es probable que nadie sepa que también te han suspendido a ti. Muchos te vieron ayer en la escena. Podrías ir a buscar alguna prueba más...

—¿Estás loco o qué? ¡Me echarían del cuerpo! Ahora mismo sólo estoy suspendido... con mi expediente, volveré en un par de meses. No me puedes pedir esto, Diego. No tienes derecho.

—Es cierto. Lo siento.

Ambos hombres perdieron su mirada entre el tráfico.

—Está bien. Lo haré.

—Daniel no tienes por qué...

—¡Cállate y conduce! ¡Como me echen me voy a vivir contigo!

Diego pisó el acelerador y se dirigió a toda velocidad a casa de María Berdún.

Algo no iba bien. En su pequeño portátil había saltado una alarma. Alguien intentaba penetrar en su disco duro y eso sólo podía significar una cosa. Cogió el ratón y empezó a revisar de manera frenética las grabaciones. Cuando llegó a la secuencia de un par de horas atrás, se detuvo. Amplió la imagen y se fijó con total atención. Todo parecía normal. Los policías entraban en casa del inspector, dando vueltas por todos lados. Luego la discusión y la pelea. De repente, algo le dejó helado. De manera casi imperceptible, el inspector había mirado de reojo el reloj durante unas décimas de segundo.

—¡Mierda!

Empezaba a tener dudas. Era posible que ambos sucesos no tuviesen relación pero, si era así, tenían que irse. Sus conocimientos de informática eran buenos pero limitados en muchos aspectos. Podría tardar horas en confirmar la conexión del equipo que había intentado entrar en su disco duro. Y no quería encontrarse tecleando frente al ordenador mientras la policía entraba por la puerta principal. Tenían que irse de allí y hacerlo cuanto antes. Se levantó con rapidez y se encaminó con decisión al dormitorio.

—Prepárate que nos vamos. Tienes cinco minutos —ordenó el asesino al tiempo que daba un portazo.

Abrió un par de bolsos negros y tiró dentro todo lo que le era imprescindible. Encendió el fogón de la cocina y empezó a arrojar a las llamas todos los rastros que pudo encontrar.

Los dos agentes miraron a Diego con recelo. Nunca había tenido un carácter afable ni estaba entre sus virtudes ser simpático ni buen compañero. Trabajaba solo y en la central apenas cruzaba palabra con media docena de personas. Debían de saber ya las noticias de última hora.

—Señor, usted puede pasar, pero él... —dijo uno de los agentes que franqueaba la puerta mientras señalaba a Diego.

—Él viene conmigo. Va a ayudarme con la reconstrucción —afirmó Daniel.

—Lo sé, pero al estar suspendido...

—¿Quieres que llamemos al comisario a estas horas? ¡Estamos hasta el culo de mierda y uno de los nuestros ha caído! Eso sin contar con el hecho de que una chica sigue desaparecida... —argumentó Daniel— Sé que crees que estás haciendo lo correcto pero lo necesito aquí. El caso lo requiere.

Durante unos segundos los cuatro policías se quedaron mirándose con fijeza. Luego, el más joven se apartó y les abrió el paso. Diego y Daniel se colaron en la casa con rapidez.

Nada más entrar al salón, los embargó el aroma a muerte. En el suelo todavía se adivinaba la silueta del cadáver de la agente marcado con restos de su propia sangre. Incluso quedaban algunos restos de masa encefálica reseca en el suelo.

—¿Cómo la encontraron? —preguntó Diego.

—Tirada en el salón y con la mirada perdida en el techo. El disparo parece que fue a quemarropa. En mitad de la frente. Cuando la encontré... —dijo el más joven, que se rompió con el recuerdo.

—Vete a por un vaso de agua —le ordenó el más veterano. Cuando se hubo marchado, prosiguió—. Eran compañeros de academia, señor.

—Entiendo.

—Aunque no tenían una relación seria, parece ser que la agente Lopez y él se habían hecho algo más que buenos amigos en Ávila. Está muy afectado.

—¿Fue él quien encontró el cuerpo?

—Sí. Había acabado el turno y se había pasado a verla para darle las buenas noches, supongo. Cuando llegó, nadie le respondió al

llamar al interfono. Se preocupó, subió al piso y empezó a golpear la puerta sin respuesta. Luego entró en la casa de la vecina, saltó por el balcón que da acceso al salón y se encontró con esto. La vida es una mierda.

Diego asintió con levedad.

—Después de entrar, comprobé si Ana... la agente López seguía viva —afirmó el joven que parecía algo más repuesto—. Saqué mi arma, registré el piso y luego di aviso. No hice mucho más.

—¿No tocaste nada? —preguntó Daniel.

—No, señor. Sólo el cuello buscándole el pulso. Cuando vi la herida en su cabeza, supe que no había nada que hacer. Aun así, quise comprobarlo por mí mismo.

—Es duro, chico. Lo sé —afirmó Diego.

—Con todo el respeto, inspector, no creo que tenga ni puta idea de lo que estoy pasando.

Diego sonrió. Tenía agallas y eso le gustaba.

—Con todo el respeto, chaval, créeme cuando te digo que lo sé.

—¿Y cómo es eso, señor?

—Tú has perdido a una novia. Es doloroso, pero al menos no tuviste nada que ver —espetó Diego—. Prueba a perder a tu mujer y tu hijo por culpa de un accidente en el que has sido el único responsable. Después de llorarla, la echarás de menos un tiempo y luego, poco a poco, seguirás adelante. La herida no se cerrará nunca pero siempre podrás hacer algo para remediarlo.

—¿El qué, señor?

—Beberte todo el alcohol que puedas hasta quedar inconsciente. Al menos a mí eso me funciona.

El joven policía sonrió con tristeza. Le caía bien. Le recordaba a alguien cuando era joven. Daniel, que se había metido en el dormitorio, le llamó.

El dormitorio estaba exactamente igual que cuando lo vieron por primera vez, con la excepción de la ausencia del cuerpo de la actriz. La sangre de las sábanas se había secado dejándolas acartonadas.

—¿Has encontrado algo?

—Es muy raro. Creo que buscaban algún tipo de documento. Recuerdo cuando vine por primera vez y vi en este armario varios álbumes de fotos. Había también una especie de clasificador de correspondencia de madera, repleto de cartas y papeles. Tampoco lo veo por ningún lado.

—Es posible que Ramírez se lo haya llevado a la central como prueba.

—No creo. Recuerdo que miré el inventario de Ramírez y no vi que se llevase ningún documento. Lo habría visto.

Los dos se quedaron en silencio. Media hora más tarde, después de peinar de nuevo el dormitorio, se dieron por vencidos. Allí no había nada. Una llamada le valió a Diego una excusa.

—¿Sí? ¿En serio? ¡Eres la hostia! —soltó Diego con alegría—
Mándame la dirección. Gracias. Te debo una.

Daniel se lo quedó mirando perplejo. Hacía mucho tiempo que no le veía sonreír.

—Tenemos la dirección del que me ha puesto la cámara en casa.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Secreto de confesión, amigo. Vamos, aquí no queda nada.

Tras dar las gracias a los agentes, Diego y Daniel salieron del edificio, se montaron en el coche y se perdieron en el tráfico de la ciudad.

El comisario Barbadillo no daba crédito. Cuando todo comenzó, pensaba en este caso como la oportunidad que le acabaría encumbrando, otorgándole el poder total. Sería el comisario jefe más joven del cuerpo y con el tiempo, llegarían más cosas. Provocar el cese del viejo se había revelado como un arma de doble filo. Si los resultados no eran los apropiados, podían degradarle. Y eso significaría el fin de su carrera. Su orgullo le impedía admitir esa opción.

—Llámale —le soltó a Ramírez.

El comisario suspiró mientras miraba de nuevo el mensaje escrito en la cristalera. El ser humano, en la antigüedad, elaboró una gran cantidad de pinturas rupestres con restos y sangre de animales. Estremecía pensar que todavía alguien usase esas técnicas hoy en día.

El barrio de Son Gort estaba situado en la periferia este de la ciudad. En sus inicios, fue creado con el fin de darles viviendas dignas al pueblo proletario que abarrotaba la incipiente industria local. Hoy, cincuenta años después, era un foco de tráfico de drogas, prostitución y guerras de clanes. Hacía años que las patrullas de la policía ni siquiera se atrevían a entrar allí en solitario. Era uno de los muchos lugares donde Dios había decidido cerrar su consulta por vacaciones.

—Calle Magnolia. Es aquí —soltó Diego.

A su lado, la tez de Daniel había adoptado un color cetrino. Diego lo miró compasivo. El forense no estaba acostumbrado a embarrarse, a realizar persecuciones ni a jugarse el tipo a plena luz del día. La soledad de su laboratorio, sus neveras y su pequeña

sierra de calar. Ese era su mundo. Diego, en cambio, se encontraba en su hábitat natural.

—Venga, vamos.

Amanecía cuando los dos hombres iban a bajarse del coche. El móvil de Daniel empezó a sonar. Con torpeza, sacó el terminal del bolsillo y, tras descolgar, el forense fue perdiendo el poco color que aún le quedaba. Se limitó a asentir y a responder con monosílabos.

—Sí, ahora te lo paso —contestó al tiempo que se separaba el móvil de la oreja y tapaba el interfono con la palma de la mano—. ¡Es Ramírez!

—¿Ramírez? ¡No tengo nada que decirle a ese imbécil!

—Debes ponerte.

—Te he dicho que no...

—¡Que te pongas, joder!

De mala gana, Diego accedió.

—Dime.

El relato que empezó a escuchar le hizo torcer el gesto.

—Dale el teléfono a Barbadillo.

Instantes más tarde Diego le puso al día de sus avances. Daniel escuchó toda suerte de insultos desde el otro lado del teléfono. Un minuto después, colgó. Ambos quedaron absortos en el paisaje de tenían delante.

—¿Y? —pregunto Daniel.

—Esperamos a la caballería.

Media hora después, dos coches se detenían al lado de Diego. Media docena de hombres bajaron entre los dos vehículos. Todos iban de paisano. Uno de ellos era Ramírez, que se acercó a la

ventanilla con sigilo mientras un tipo menudo con un jersey de cuadros la mar de hortera vigilaba en todas direcciones.

—¿Sabes si está ahí dentro? —preguntó Ramírez con una voz temblorosa.

—Sí. Me ha dicho que os va a hacer un bizcocho mientras subís a buscarle.

—¡Eres un cabrón! —susurró Ramírez en voz baja ante la mirada enfadada de Daniel.

Diego suspiró. Después de todo, aquel imbécil se iba a jugar el tipo en unos minutos. No era momento para idioteces.

—No lo sé, Ramírez. No sé quién hay o qué te puedes encontrar. Si me das un arma y quieres, puedo subir yo primero. Al fin y al cabo, soy el responsable de que estemos aquí hablando.

El subcomisario pareció dudar por un segundo. Luego meneó la cabeza.

—No. Tú quédate aquí y no te metas en más líos. Todo irá bien.

Sin convicción, Ramírez se irguió y ordenó a sus hombres que se distribuyesen por la entrada del bloque. La dirección que le habían proporcionado era en el tercer piso. El subcomisario les susurró algo por el pinganillo y todos los policías echaron a correr, metiéndose en tromba por el portal. Diego estaba a punto de arrancar el volante de cuajo.

—¡No deberían entrar así, joder! —gritó— Si ese tipo está vigilando, puede matar a la chica.

—Tranquilo, Diego. Tengo un instinto para estas cosas. Estoy convencido de que no encuentran a nadie en la casa.

El inspector miró a su amigo estupefacto.

—Diez a uno a que no encuentran nada —susurró de nuevo Daniel.

De repente, una potente deflagración en el tercer piso hizo saltar los cristales en añicos. Todo se movió bajo sus pies mientras las alarmas de los coches empezaron a sonar y una densa humareda empezó a salir por las ventanas. Una nube de cascotes cayó del cielo torrencialmente. Tras el shock inicial, Diego se revolvió en el asiento, sacando una de las armas que guardaba.

—¿Estás bien, Daniel?!

El forense, medio aturdido, afirmó meneando la cabeza.

—¡¡Da aviso a la central, a los bomberos y a las ambulancias!!
¡¡Vamos!!

Diego se bajó del coche todavía algo aturdido. Miró hacia atrás y vio como Daniel sacaba su teléfono del bolsillo. Luego, con su arma en la mano, se metió en el portal.

El humo le dificultaba mucho la visión y hacía el ambiente irrespirable. Se subió el borde de la chaqueta a modo de mascarilla y como pudo, fue subiendo peldaños. De repente, chocó con uno de sus compañeros.

—¿Estás bien? —le gritó.

El agente afirmó con la cabeza mientras, a gatas, intentaba salir del edificio. Diego siguió ascendiendo. Una multitud de vecinos, presas del pánico, intentaba huir escaleras abajo entre gritos y confusión. Como pudo los fue apartando mientras proseguía con su ascenso. Cuando llegó al último rellano, la imagen era la de una zona de guerra. De la puerta izquierda emanaba una densa capa de humo negruzco y, a pie de escalera, uno de los agentes estaba haciéndole un improvisado torniquete con su cinturón a otro compañero. Sangraba de manera profusa de la pierna derecha y gritaba de dolor. Unos escalones más arriba, otro de los policías estaba sentado, totalmente tiznado de hollín. Tenía magulladuras y cortes por todos sitios pero no parecía tener nada serio. Diego intentó preguntarle cómo estaba pero ni siquiera le miró a los ojos. Estaba en shock. Abrió la ventana del rellano para que el humo se

escapase y empezó a llamar a gritos a Ramírez. Un minuto después, cuando el humo se aclaró lo suficiente, Diego reparó en el cuerpo. La puerta de la casa de enfrente había sido reventada por el impacto de un cuerpo que yacía, inerte, en mitad del pasillo de la sala contigua. Se acercó con cautela y, entre ataques de tos por culpa del humo, giró el cuerpo. El subinspector tenía la cara destrozada. Tenía esquirlas de metal por todo el cuerpo. De hecho, su estado le recordó a la metralla que muchas guerrillas colocaban en sus bombas caseras para multiplicar las víctimas. Le buscó el pulso sin éxito. Ramírez estaba muerto y no se podía hacer nada.

Tambaleándose, se levantó y fue hacia el interior del piso. Antes de entrar cogió un extintor que había en la pared y tiró de la anilla. Con cuidado, dio con el pie a lo poco que quedaba de la puerta principal y se abrió paso hacia el interior. Todo estaba arrasado. El pasillo se había venido abajo y la cocina quedaba ahora abierta desde la puerta. Pequeños incendios afloraban por doquier aquí y allá. En la pared, justo al lado de la puerta, descansaba un amasijo de carne, huesos y ropas, entre las que se adivinaban restos de un jersey de cuadros. Menuda mierda de día. Usó el extintor en pequeñas pulverizaciones, sólo para sofocar el fuego sin dañar en lo posible las pruebas. En la lejanía se escuchaba el ruido amortiguado de las sirenas. Cuando acabó dejó el extintor al lado de los restos del policía abatido y al observar con detenimiento la pared de azulejos de la cocina, se quedó de piedra. Cientos de restos de piezas metálicas como tornillos, clavos o tuercas estaban incrustadas en la misma como si de un collage se tratase. Aunque ya lo sabía, esto lo confirmaba. Los estaba esperando. Con la cólera creciendo de manera exponencial en su interior, sacó su arma y empezó a registrar el resto de la casa. Iba a cogerlo. No sabía si pronto o muy tarde, si sería como inspector de homicidios o como un civil, pero iba a dar con él. Aunque fuese lo último que hiciese en este mundo.

Sus ojos estaban clavados en la pequeña pantalla de doce pulgadas. Él odiaba la televisión aunque estaba impresionado. Todo estaba saliendo a la perfección, aunque es cierto que la huida de la casa había sido algo precipitada. Mientras apuraba una cerveza, en las imágenes se observaba como retiraban del lugar al menos dos cadáveres. Sonrió satisfecho. Como hombre previsor, siempre tuvo un plan alternativo. Y este incluía cierta cantidad de explosivos y metralla repartidas en unas cuantas ollas a presión. Es abrumador la inmensidad de información que hay accesible en Internet. Sabiendo como buscar, uno puede construir desde una nave espacial hasta una casa de madera. Sólo hay que tener paciencia. Por el estado en el que parecía haber quedado el piso, esos ineptos tardarían semanas en encontrar alguna prueba sólida. Para entonces, todo habría acabado y él estaría disfrutando de largos días de sol y playa en un paraíso caribeño, sin ninguna preocupación, con la tranquilidad de un nombre desconocido y el colchón que le proporcionaban veinte millones de euros al quince por ciento. Todo iba a acabar muy pronto.

En el improvisado puesto de mando ubicado en el almacén de la panadería de la esquina, las caras eran de desolación. Barbadillo parecía haber envejecido veinte años en unas horas mientras que Daniel tenía unas ojeras equivalentes a una fiesta de tres días sin dormir. Diego, sentado en un banco de la esquina, fumaba sin convicción.

—He llamado a Madrid —dijo de repente Barbadillo—, les he pedido ayuda. Creo que esto nos supera. Llegan mañana por la tarde.

Nadie le discutió la afirmación.

—¿Son las fotos que habéis hecho en casa de Artigues?
—preguntó Daniel mientras señalaba un sobre naranja medio abierto.

—Sí. Lo que le ha hecho al cuerpo de ese hombre es propio de un enfermo. Ramírez un poco más y vomita... —susurró Barbadillo al caer en la cuenta de que el inspector no volvería jamás a vomitar ni hacer nada que no fuera pudrirse debajo de una losa de mármol.

—¿Puedo? —dijo Diego.

Barbadillo afirmó con levedad.

La imagen era dantesca. Artigues, además de un enorme tajo en el abdomen que dejaba adivinar sus vísceras internas, tenía todos los dedos de las manos amputados. De hecho, incluso le había cercenado algunos de los pies. Una cizalla ensangrentada a pie de cadáver daba idea del suplicio por el que había pasado aquel desgraciado. Diego sólo deseó que aquel infeliz estuviese muerto o inconsciente cuando sufrió aquel ataque. En otra fotografía se observaba cómo, usando las falanges amputadas a modo de tiza, le había dejado un mensaje de amor pintado con sangre en la impresionante vidriera del salón. “Serás el siguiente, inspector Guerra”. Alentadora misiva. Al cambiar a una nueva fotografía, Diego se sorprendió.

—¿Y éste?

—Un guarda de seguridad de la urbanización. No sabemos cómo pasó. A primera vista suponemos que pillaría al asesino merodeando cerca de la casa. Seguro que le mató y luego tiró el cadáver a la fuente —soltó Barbadillo.

Diego torció el gesto y meneó la cabeza.

—No fue así como pasó —afirmó con la vista clavada en la fotografía.

Todos se lo quedaron mirando en silencio.

—El guardia estaba dentro de la fuente cuando recibió el impacto. Si hubiese sido arrastrado, toda esta gravilla y tierra de alrededor estaría movida. Y está perfecta, ¿lo ve? —dijo Diego mientras se acercaba al comisario— Además, solo se intuye un juego de huellas

de pisadas y van en sentido a la fuente. Por no hablar de que sus zapatos están a los pies de la fuente. No sé cómo lo hizo pero de alguna forma tuvo que conseguir que el muchacho se metiese él solo en la fuente.

—Puede ser que le ordenase meterse en la fuente mientras lo encañonaba y luego le disparase —apuntó de nuevo el comisario.

Diego meneó la cabeza otra vez.

—No creo. Si mira la dirección de la huella verá que la punta del zapato apunta al estanque. Nadie que está siendo apuntado le da la espalda a una pistola. ¿Cómo lo engañaría?

—Eso da igual, ¿no crees? —soltó con acidez— El guarda, la actriz, Artigues, Trencillo... ¡Todos están muertos, joder!

—Cálmate, Barbadillo —espetó Daniel.

—¿Que me calme? ¿Me dices que me calme? —preguntó el comisario mientras abría los brazos de par en par— ¡Me importa una mierda si el chaval se metió solo en el estanque o lo llevó una pareja de la guardia civil! ¡Todo esto son idioteces! —escupió Barbadillo visiblemente irritado mientras le arrancaba a Diego las fotos de las manos.

—Señor, mire esto —dijo un agente que entró con un periódico debajo del brazo.

Dos fotos artísticas de Roberto Trencillo y María Berdún presidían la portada bajo el titular “Muerte en el mundo del porno”. Barbadillo cogió el periódico y luego se lo pasó al inspector. Por la cantidad de detalles que se explicaban, alguien debía haber filtrado información.

—Esto se ha convertido en un puñetero circo a tres pistas —afirmó Barbadillo.

Ambos hombres se miraron con fijeza. La afirmación parecía inevitable.

—Tienes que devolverme al caso —afirmó Diego.

Barbadillo abrió la boca para protestar pero no podía. Mermado o no, Diego Guerra era el mejor inspector que tenía disponible. Y era importante poder justificarse de cara a Madrid en caso de fracaso absoluto. Por mucho que te joda, no tienes a la estrella chupando banquillo mientras te meten tres. Y menos si quieres ganar aunque pierdas.

—Si me devuelves al caso, en cuanto esto termine, me retiro del cuerpo —añadió Diego para facilitar la decisión—. Me perderás de vista para siempre. Te doy mi palabra.

Barbadillo sopesó la situación. No encontró ninguna objeción relevante.

—Está bien. Pero cuando este caso acabe te vas, ¿cierto?

—Correcto.

—Subinspector Jaenada, ordene en la central que devuelvan la placa y el arma al inspector Guerra en cuanto llegue. Ambas están en el primer cajón de mi despacho —ordenó para girarse luego a Diego—. Inspector Guerra, vuelve usted a estar a cargo del caso —afirmó Barbadillo que pareció quitarse un gran peso de encima.

—Sólo una cosa más —soltó Diego.

El comisario se giró con cara de pocos amigos.

—Levante también la sanción a Daniel. Su expediente se anulará. Dijera lo que dijese en aquella sala, lo hizo por amistad. Yo me voy y el expediente se viene conmigo.

—De acuerdo —refunfuñó el comisario—. ¿Algo más? ¿Un piso en Portocristo, quizás?

Diego meneó la cabeza y Barbadillo escurrió el bulto del almacén con rapidez.

—¿Va en serio? —preguntó Daniel cuando se quedaron solos.

—Sí, Daniel. Estoy harto. Si salgo de esto con vida, lo dejo.

El forense intentó protestar pero se vieron interrumpidos por un técnico de la científica que acababa de entrar por la puerta.

—El comisario Barbadillo nos ha puesto al corriente. Ya hemos hecho una inspección preliminar del piso.

—¿Algo relevante? —preguntó Diego.

—El artefacto principal era una olla a presión repleta de azufre y clorato de potasio

—Pólvora casera —apunto Daniel.

—Así es. Llenaron la olla con clavos, tornillos, tuercas o toda clase de metralla. La tapa la hemos encontrado casi intacta. En la parte superior tenía un orificio irregular, seguramente hecho con un taladro. Hay restos de algún tipo de mecha que pasan por dentro. También había restos de varias velas cerca de la entrada.

—¿Velas?

—Así es. Cirios, de gran tamaño. De unos cuarenta centímetros de altura y diez de diámetro. Son velas que pueden quedarse encendidas varios días. Al menos había tres repartidas por distintos puntos de la cocina.

—¿Tres?

—Sí, una por cada artefacto.

—¿Había tres ollas cargadas de esa basura?

—Así es. Dos han explotado y una, aunque ha sufrido severos daños, está relativamente intacta. Las mechas estaban sujetas de alguna forma que todavía desconocemos a la cerradura de la puerta. Los agentes, al irrumpir en la casa, tiraron las mechas al suelo, encima de los cirios. Eran mechas de combustión rápida. Tardan unos tres o cuatro segundos por metro de mecha. No les dio tiempo ni a saber qué pasó. Además, la primera y la segunda estaban conectadas entre sí.

—¿A qué se refiere con conectadas?

—Además de la mecha principal, tenía una que las unía a ambas. Supongo que quería asegurarse que al menos las dos primeras estallasen. Otro dato interesante es la posición de las bombas. Fueron colocadas de manera estratégica entre el pasillo y la cocina de forma que la onda expansiva fuese máxima. Quien hizo esto sabía lo que hacía, inspector.

—Entiendo. ¿Algo más?

—Sí. En uno de los dormitorios hemos encontrado restos de sangre y fluidos corporales sobre un colchón. Hemos sacado muestras y en unas seis horas tendremos resultados.

Diego, pensativo, se puso a dar vueltas alrededor de la sala. El técnico y Daniel lo miraban con sorpresa.

—¿Cuánto tiempo habrían durado encendidos los cirios?

—¿Qué? Pues no lo sé. Depende de varias cosas, señor. Temperatura ambiente, corrientes de aire, si las puertas estaban abiertas o cerradas... Hay varios factores.

—Necesito una cifra aproximada en horas.

—No sé. Puede que 72 horas, 96 a lo sumo. No estaba dentro de ningún recipiente como un vaso o similar, por lo que su vida media se acorta. ¿Por qué quiere saberlo?

—Porque ese es el tiempo que le queda a la chica de vida. Si pasadas esas horas, las velas se apagan, hubiéramos entrado en el piso sin ningún problema. Al parecer le daba igual que entrásemos allí pasado este tiempo. Una vez pasado ese tiempo, todo habrá acabado.

Los tres miraron al suelo abatidos.

—Dudo que podamos resolver esto a tiempo —susurró Daniel—. ¡72 horas es una locura!

—Lo haremos —afirmó con determinación— Daniel, ve a la central con los técnicos y échales una mano en lo que puedas. Dame tu

teléfono. Si averiguas algo, llámame.

—¿Y tú, que vas a hacer?

—Yo voy a ver el piso y luego iré a casa de Artigues. Vamos, en marcha.

Daniel y el técnico se metieron en el furgón funerario y se perdieron entre la muralla de curiosos que estaban al otro lado del cordón policial. Las primeras cámaras y equipos de televisión llevaban rato emitiendo. Diego se dirigió con determinación al bloque. Cuando llegó al tercer piso, todo el mundo lo estaba mirando. Tras reorganizar las tareas a los distintos equipos, Diego se fue directo al dormitorio. Allí, en el suelo, había tirado un viejo colchón mugriento. Se adivinaban restos de sangre seca y encima de la mesita de noche había trozos de cinta americana. Un técnico, que estaba haciendo fotos, dejó la cámara y empezó a coger bolsas para pruebas. Con cuidado, Diego se asomó por la ventana. Daba a un pequeño descampado que hacía las veces de improvisado aparcamiento. De repente observó que no estaba cerrada del todo. Descorrió las cortinas y vio el porqué. Atada al radiador de debajo de la ventana había una vieja cuerda de escalada. Aunque no estaba nueva, bien podría haber aguantado el peso de una persona descendiendo por ella. Aunque de dos, ya era otra cosa.

—Ven aquí y fotografía esto —ordenó Diego al técnico—. Y quédate aquí.

Diego salió de la casa corriendo, bajando los escalones de tres en tres. Una vez fuera del bloque, le dio la vuelta, buscando la ventana del piso. La cuerda llegaba prácticamente hasta el suelo. Se colocó unos guantes y se colgó sobre ella. Pudo escuchar cómo se tensaban los miles de hilos que la formaban. Luego se soltó. Aquella cuerda podría haber soportado el peso de una persona pero siempre y cuando no llevase a la chica consigo. Se fijó entonces en el suelo. Marcadas en la tierra, unas huellas salían de la cuerda en dirección al aparcamiento. Diego las siguió con cuidado. Se perdían junto al rastro de unos neumáticos. El inspector avisó por radio.

Minutos después, varios agentes y técnicos acordonaban la zona y empezaban a recoger pruebas. Diego decidió entonces volver al piso.

—¡Inspector Guerra, perdone! —le gritó un agente imberbe desde el perímetro de seguridad con una anciana cogida de su brazo.

Diego suspiró. No tenía tiempo para esto. El agente seguía haciendo aspavientos. Se acercó con lentitud.

—¿Sí, agente?

—Buenos días, inspector —saludó el joven al tiempo que se cuadraba.

—Tranquilo, hijo. Esto no es el ejército. ¿Qué quieres?

—Esta es la señora Carmen Expósito. Vive debajo del piso afectado.

—Comprendo. Señora, lo siento mucho pero no sé cuándo vamos a poder permitirle entrar en su casa. Los técnicos están evaluando los daños.

—No es eso, señor. Esta mujer dice haber visto al asesino.

Diego dio un respingo. La mujer tomó la palabra.

—Escuché ruido en el piso de arriba y alguien salió dando un portazo. No es que sea una cotilla pero me acerqué a mirar por la mirilla. Alguien arrastraba algo escaleras abajo. Puse la cadenita de la puerta y entreabrí. Ese desalmado pasó, arrastrando tras de sí un gran saco de deporte de color negro.

—¿Pudo usted verle la cara?

—No, inspector. Llevaba una especie de chaquetón con capucha y la luz de la escalera estaba apagada. Al verme, me gritó que me metiese en mi casa. ¡Incluso me llamó vieja chafardera!

—¿Podría decirme cuánto medía?

—Como yo. Quizás un poco más.

Aquella mujer mediría un metro sesenta, sesenta y cinco tal vez. No encajaba. Diego se giró hacia el bloque. Era un edificio de seis alturas y a buen seguro que en él vivía mucha gente a la que gustaba pasar desapercibida. Pudo ser cualquiera.

—Muchas gracias, señora Expósito. Ha sido usted de gran ayuda para la investigación. Agente, tome declaración a esta señora y luego que la firme. Cuando acabe, llévela a la central y busque al agente de guardia para que la adjunte a la investigación del caso. Gracias y buenos días.

Se giró y se fue de nuevo al piso. Cuando entró, vio a un agente con medio cuerpo dentro de lo que parecía ser una antigua cocina de hierro forjado.

—¿Qué hace ahí metido? —preguntó Diego.

—¡Joder, que estrecho! —gritó una voz desde dentro— ¡Un segundo, señor!

Instantes después, un tipo regordete salió con la cara tiznada de su interior.

—Es increíble. A pesar del impacto de la detonación, esta cocina está casi intacta. Las cosas que se hacían antes eran de mejor calidad. Hoy en día todo esto hecho para durar dos días.

—Agente, por favor —dijo Diego.

—Sí, señor. Está claro que la usaba para cocinar pero también era su particular incineradora de documentos. He encontrado distintos restos de papel. Muchos miden poco más de un milímetro.

—¿Y ha conseguido averiguar algo?

—¿Bromea? Necesitaré semanas, tal vez meses para recomponer este rompecabezas. El más grande que he encontrado es éste. Mírelo, es un poco raro, ¿no cree?

En un primer momento, Diego no se dio cuenta. Era un pedazo casi cuadrado de cartón azul oscuro, ennegrecido, de unos dos

centímetros por cada lado. Su acabado era parecido al cuero. Tras colocarse guantes, lo sacó para tocarlo. Incluso a través del látex supo al instante a qué documento pertenecía aquel trozo de pergamino. Parte de la neblina que oscurecía su cabeza se disipó.

—Lleve esto a la central. Quiero que le dé prioridad máxima, ¿comprende?

—De acuerdo, señor.

Tras devolver la prueba al técnico, Diego salió de la casa cómo alma que lleva el diablo. Tras dar un par de ordenes al agente de más rango, se metió en el ford Focus de su vecina y salió como una exhalación. Tenía que ir a casa de los Artigues a comprobar algo con urgencia, pero antes tenía que pasar por el juzgado.

Daniel estaba abrumado. Los cadáveres se amontonaban y no había tiempo que perder. Sus neuronas, cansadas ante tanta desgracia, no daban para más. Un carraspeo le hizo enderezarse de golpe. La espalda le estaba matando.

—¡Hola Pedro, me alegro de verte! —saludó Daniel— Gracias por venir tan rápido.

—No hay de qué. ¿Dónde me puedo cambiar?

—Pasa por ahí, esa habitación de la derecha.

—Vale —dijo el desconocido antes de encerrarse en el pequeño aseo que hacía tan bien las veces de improvisado vestuario.

Daniel cogió una cápsula de café negro y la metió en la máquina. El comisario Barbadillo irrumpió en la sala de autopsias con su recuperada prepotencia.

—¿Eres consciente del lío que tengo? Estoy organizando el funeral de Ramírez y de los otros agentes. ¿Qué quieres?

—Primero que firmes esta autorización económica. Es para contratar de manera extraordinaria a Pedro Martínez, un forense

amigo mío. Sin ayuda, tardaría semanas en acabar. Y esa chica no tiene una semana.

—Esa chica seguro que está muerta, Daniel —aseveró el comisario—. Mándame el informe completo para que autorice el gasto. Que nadie luego pueda decir que yo no hice todo lo que pude. ¿Algo más? Estoy ocupado.

—Diego me ha avisado. Necesita algo del juzgado.

El forense paso a explicarle los hallazgos de Diego y lo que necesitaba. La tez de Barbadillo palidecía. Cuando Daniel acabó su relato no tenía mejor color que los ocupantes de las metálicas mesas.

—Está bien. Me pondré a ello personalmente. Me voy.

—Adiós.

Daniel se bebió su café de un sorbo mientras el comisario salía corriendo escaleras arriba.

Serían las doce del mediodía cuando detuvo el coche delante de la casa de los Artigues, que seguía teniendo un aspecto imponente. En la puerta, custodiando la entrada, había una mujer. Tendría unos 35 años y un cuerpo bien modelado ceñido en unos vaqueros desgastados, botas de piel gruesa y una pequeña blusa estampada. Llevaba el pelo teñido y unas enormes gafas de sol ocultaban, a pesar del nublado, su mirada. No era policía, eso seguro.

—Hola, buenos días. ¿Es usted el agente encargado del caso?

—Sí. ¿Y usted es?

—Marian Fernandez, del diario Gaceta Balear. Me gustaría hacerle unas preguntas.

Diego siempre había odiado a los periodistas.

—¿Así que usted es la responsable de esa portada que he visto hace unas horas?

—Sí. Y me gustaría que me confirme...

—No le voy a confirmar una mierda. Los periodistas sois escoria.

Aquel ataque pilló a la chica desprevenida. Intentó abrir la boca para protestar.

—Yo sólo hago mi trabajo.

—¿Tu trabajo? ¿Jamás has pensado que tu trabajo puede poner vidas en juego?

La chica mantuvo silencio. Y a Diego de repente se le encendió una idea. Era algo más que posible.

—¿Quién es tu fuente? ¿Quién te ha dado la identidad de las víctimas?

—Hay una cosa que se llama privacidad de las...

—¡Déjate de hostias! ¡La vida una chica está en juego! —gritó Diego mientras la agarraba de los brazos y la zarandeaba.

La chica, tan sorprendida como asustada, se echó a llorar. Diego la soltó. Temblaba.

—Mira, haremos una cosa. Dime quién es tu fuente y cuando todo esto acabe, te daré una buena historia.

Más calmada, se enderezó. Su mirada era muy dura.

—¿Y cómo sé que cumplirá su palabra?

—Porque yo siempre la cumplo. Y ahora, el informante.

La chica suspiró.

—¿Todo esto será extraoficial?

—Por supuesto. Sólo lo sabré yo y no lo reflejaré en ningún informe.

—Está bien. Es un subinspector de la central. Se llama Ramírez. Intentó coquetear conmigo en una recepción oficial y desde entonces me pasa información.

—¿Ramírez?

—Sí. ¿Le conoce?

—En efecto, le conocía —afirmó Diego—. ¿A cambio de qué te pasaba información?

—Creo que aspiraba a acostarse conmigo en el futuro.

—Eso ya nunca sucederá.

Cuando Diego le explicó a la chica como se había producido la muerte del subinspector, empezó a sentir náuseas.

—¡Pero si le he visto hace unas horas aquí! No serían más de las siete de la mañana...

—De aquí se han marchado directos al piso donde ha tenido lugar la explosión.

Diego esperó a que sus palabras hiciesen mella. La joven parecía aturdida.

—No puede usted contar nada de este asunto, señorita. Al menos, hasta que la chica aparezca. Pondríamos su vida en peligro.

—¿Una chica? Ramírez no me dijo nada...

—Ramírez no era idiota y sabía que en las desapariciones cuanto menor sea el ruido, más probabilidades tiene la víctima. Por eso tiene que guardar silencio.

—¿Silencio? ¡No me puede pedir eso! Existe la libertad de prensa...

—Llevamos media docena de muertos en poco más de tres días y tres de ellos eran policías. Además, una chica de veinte años sigue desaparecida. Creo que son motivos más que suficientes para que mantenga la boca cerrada.

—¿Qué garantía tengo de que nadie pisará mi historia?

—Ninguna. Pero si le sirve, puedo arrestarla sin cargos 48 horas.

La joven pareció dudar. Luego sacó una tarjeta y se la entregó al inspector.

—Está bien, inspector. Pero cuando esto acabe, tendré prioridad sobre esto. La exclusiva será sólo mía. ¿De acuerdo?

—Tiene mi palabra.

—Si me entero de algo más, le avisaré.

Tras hacer un gesto con la cabeza, la periodista se montó en un pequeño coche y se perdió por la carretera.

Diego llamó al interfono. Un pitido le permitió el acceso. Tras entrar y saludar a los compañeros que estaban en la puerta, se acercó a la fuente donde se había encontrado el cuerpo del guardia de seguridad. Sólo una cinta amarilla que estaba sujeta a los bordes demostraba que allí había sucedido algo. Tras inspeccionar unos minutos el lugar, no encontró nada y decidió centrarse en el interior de la casa. Traspasó la gran puerta principal y se fue directo al salón donde, dibujada en el suelo, encontró la silueta de Artigues. Una agente de la policía local que estaba custodiando el interior se asustó al ver al inspector.

—¡Joder, qué susto! —gritó— ¿No sabe usted avisar?

—Los asesinos no avisan —soltó Diego con acidez—. Debe estar usted alerta y no dejarse sorprender.

La agente se mantuvo en silencio. Diego pensó que había sido demasiado duro.

—Soy el inspector Diego Guerra. Estoy a cargo del caso.

—¡Es usted! ¡Para quién va dirigida la nota! —exclamó excitada— Yo soy la agente de movilidad ciudadana Irene Gelabert, señor.

Diego se giró y miró la sangre reseca de la cristalera. “Tú serás el siguiente, inspector Guerra”. Estaba escrita en letras mayúsculas y con una caligrafía más bien pobre. Aquel tipo le había cogido verdadero cariño, sin duda.

—Encantado, agente Gelabert. ¿Ha venido alguien más por aquí?

—Desde que se fue el comisario y su gente, no —explicó—. Hace unas cuatro o cinco horas.

La agente le contó al inspector de manera aproximada los hallazgos que habían llevado a cabo. Al parecer, no se habían esmerado demasiado en la investigación. Barbadillo siempre había sido un chapucero más preocupado por las prisas que por los resultados.

—Bien, agente. Si le apetece vamos a hacer una búsqueda exhaustiva en la casa —ordenó Diego—. Empezaremos por esta planta y luego iremos al piso de arriba. Mírelo todo, papel a papel, centímetro a centímetro. Sin prisas.

Al principio empezaron con mucha fuerza. Mirando en cada losa del suelo, pared o armario. Minuto a minuto, el reloj corrió sin contemplaciones. Eran casi las diez de la noche cuando la extenuación amenazaba con llevarse por delante las pocas esperanzas que aún mantenían. Salvo una pausa para comer algunas sobras de la nevera del difunto, la tarde se había hecho eterna. Aun así, la joven seguía excitada por la gravedad de la situación. Habían transcurrido un par de horas desde el último café cuando la agente Gelabert empezó a hablar.

—Inspector, ¿puedo preguntarle algo?

—Sí, dígame —contestó Diego hastiado.

—El que hizo esto... ¿asesinó a la agente López, verdad?

Diego se incorporó. Pobre chica. Salió de la habitación y fue hacía el cuarto de baño de Artigues, donde la joven estaba a oscuras buscando rastros de sangre o fluidos con su linterna tipo Sutter.

—No está demostrado pero es casi seguro. Lleva su firma.

La joven se incorporó de detrás del bidé. Incluso con el baño a oscuras, Diego notó como lo miraba.

—No sé qué puede llevar a alguien a hacer eso. ¡Ella no le había hecho nada!

El inspector asintió comprensivo. En ocasiones también se había sentido golpeado por la incapacidad para comprender ciertos crímenes. No obstante, hacía años que no se sorprendía al comprobar día tras día hasta dónde llegaba la crueldad del ser humano.

—La agente López sólo tuvo la mala suerte de estar en el sitio menos adecuado y en el momento menos oportuno. Le podía haber pasado a cualquiera.

—Incluso a mí. ¿Sabe que ella y yo intercambiamos destinos? Al final no quería la unidad que me habían asignado y como ella tampoco quería estar aquí, acordamos intercambiar nuestros puestos. Yo debería haber estado en ese piso.

Una lágrima rodó, sin aspavientos, por su mejilla.

—Su destino no era estar allí sino aquí, conmigo. No piense más en el azar y concéntrese. Ayúdeme a cazar a ese hijo de perra.

—Está bien.

Cuando Diego se encaminaba de nuevo al despacho de Artigues, la joven le llamó de nuevo.

—¡¡Señor!! ¡¡Venga aquí!!

Diego se giró sobre sus pasos y se encontró a la joven con la luz fija detrás del grifo monomando del bidé.

—¡Sangre, señor! —afirmó con una sonrisa de oreja a oreja— ¡Y parece fresca!

Rodeada de abundantes setos y vegetación, la pequeña finca estaba separada del camino por un muro de enormes rocas de marés. Tras pasar una imponente valla de hierro forjado, el camino ascendía serpenteante entre los abandonados bancales de piedra. La casa, a unos quinientos metros de la entrada, estaba situada al refugio de una pequeña arboleda y a salvo de miradas indiscretas. La planta del edificio, de unos 80 metros, tenía dos alturas y databa de principios de siglo. Aunque estaba parcialmente reformada, sus gruesas paredes de roca le conferían un aspecto pretérito y señorial.

Mientras apuraba con pausa la taza de café, observaba por la ventana el espectacular valle que se acunaba bajo los escarpados picos. Tener una casa como aquella en plena Sierra de la Tramuntana era un privilegio que iba a echar de menos cuando se marchase de la isla. Un leve crujir de muelles le puso en alerta. La chica, agotada por el traslado, ya estaba durmiendo en sus nuevos aposentos. Por un momento tuvo la tentación de molestarla pero luego decidió salir a estirar las piernas. Al fin y al cabo, tampoco tenía que abusar. Detrás de la casa había un pequeño pero frondoso bosque mediterráneo, compuesto en casi su totalidad por pinos, encinas y eucaliptos. Apenas visible por el follaje, un pequeño camino llevaba tras unos tres kilómetros de subir y bajar pendientes a uno de los acantilados más bonitos que él jamás había visto. Lejos de las garras de su abuelo, en aquella casa pasó largas temporadas con su padre. Paseaban por el bosque, recogían leña para la chimenea y jugaban a todo lo que él quería. No muy lejos, por un camino lateral, se llegaba a una finca abandonada repleta de árboles frutales. Sus dueños habían muerto sin dejar descendencia y la propiedad pasó a manos del ayuntamiento durante los siguientes veinticinco años que marca la ley. Él y su padre se colaban por un agujero en el muro de piedra de la finca y, según la época del año, se llevaban un variado cesto cargado con frutas. Naranjas, mandarinas, higos, peras o manzanas, dulces como el almíbar, copaban aquel pequeño jardín de las delicias según la época estacional. Era su pequeño paraíso en la tierra. Muchas tardes, llegaban hasta el acantilado y, tras bajar por un escarpado

sendero, llegaban a una minúscula cala de aguas azul turquesa donde estaban toda la tarde nadando y pescando. Si alguna vez en su vida llegó a ser feliz fue en aquellos momentos pasados con su padre. Pero cuando él entró en prisión, su felicidad murió. Hacía ya unos años que una pareja de alemanes sesentones habían comprado la finca y amurallado el complejo, cortando hasta el último árbol. Si por él fuera, los habría matado hacía ya bastante tiempo. Encendió la radio de su teléfono, conectó sus cascos, puso la música a todo volumen y empezó a trotar entre la maleza. Cuando todo concluyese buscaría algún rincón virgen, escondido del mundo, donde volver a disfrutar de aquellos momentos de infancia. Incluso a lo mejor se casaba y tenía hijos. Todo sería posible.

El inspector Diego Guerra irrumpió como el oleaje contra el dique del puerto. Daniel estaba tumbado en el sofá de su despacho, roncando y babeando con la boca abierta. Era casi medianoche y el pobre parecía agotado.

—¡Daniel! —susurraba mientras le zarandeaba— ¡Despierta de una vez!

El forense se levantó de un salto, con cara de pocos amigos tras ver la cara de su despertador.

—¡Si quieres matarme de un susto, has estado muy cerca de conseguirlo!

—Lávate la cara y ven. Iré haciendo café.

Un minuto después el forense entró en la sala de autopsias. El inspector había hecho un hueco en el viejo escritorio. Había dejado un par de documentos y un par de botes de muestras, metidos en una bolsa. Daniel miró su soborno: una humeante taza de café. Luego, tras servirse dos azucarillos, dio un sorbo. Diego Guerra lo miraba sonriente.

—Si no me lo explicas, no me voy a enterar. Hasta dentro de un rato no estaré despierto.

—Siéntese, señor forense. Hoy parece Navidad. En primer lugar, tenemos el bote número uno. Es una muestra de sangre.

—Todavía no estoy impresionado.

—La agente Gelabert, que está de custodia en casa de Artigues, ha sido determinante. ¿Sabes dónde ha encontrado la sangre?

—Ni la más remota idea.

—En la parte trasera del grifo del bidé.

El forense miró sorprendido a su amigo.

—Y eso no es lo único —prosiguió el inspector—. Aquí está el dedo índice de la mano derecha del señor Artigues. ¿Sabes por qué no los dejó con el resto?

—¿Por qué?

—Porque este dedo abre la caja fuerte que hay en el despacho de Artigues. Es una de esas cajas con lectura de huella digital.

—Sí, pero esas máquinas tienen, además de una huella, una clave como mecanismo de seguridad. Son dos llaves que se deben usar al unísono.

—Te olvidas que el asesino retiene a su hija.

Daniel se quedó confuso unos segundos. Luego, de repente, la cafeína recorrió el telón.

—¡La chica! ¡Seguro que ella sabía la clave de la caja fuerte!

—La caja estaba abierta cuando la encontramos.

—¿Había algo dentro?

—No. Estaba vacía.

El forense bajo ligeramente los brazos en señal de decepción.

—Tranquilo. Aún queda lo mejor —afirmó el inspector—. Ya se la identidad del asesino.

Se secó el pelo con la toalla mientras encendía su portátil. Quería ver otra vez el reciente saldo de su cuenta. Entró en la web de su nuevo banco en las islas Caimán y metió su clave de acceso. Mientras el programa cargaba, pensó en aquel pobre desgraciado. El patrimonio de Artigues era enorme pero entre todas sus cuentas tenía algo menos de 5 millones de euros en dinero líquido. Tras el trabajo de un par de socios, especialistas en delitos informáticos y blanqueo de capitales, el saldo que había conseguido transferir era de unos 3,6 millones. La policía tardaría meses en rastrear el dinero y, para cuando lo hiciese, estaría muy lejos. Podría empezar de cero en un paraíso tropical de aguas cálidas y atardeceres de ensueño. Pasó sus dedos por encima de la fotografía de su nuevo pasaporte mientras una sonrisa le abordaba el rostro. Nadie notaría nada. En un par de días, todo esto habría terminado y tendría una vida lejos de todo aquello que había sido. Un sueño hecho realidad. El fin del ruido de la ducha hizo que se pusiese en alerta. Apagó el ordenador, se levantó y se aflojó la toalla. Luego, con sigilo, se metió en el baño de nuevo entre nubes de vapor.

Barbadillo estaba todavía sorprendido. El forense Daniel Ciges y el inspector Diego Guerra eran las últimas personas a las que esperaba encontrar delante de su casa a las dos de la mañana.

—Sois una auténtica pesadilla, joder.

—Sabemos el nombre del asesino —soltó Daniel a bocajarro.

Barbadillo abrió la boca de par en par.

—Pasad.

La casa estaba decorada con estilo minimalista. Elementos metálicos de aluminio y dorado con formas y figuras geométricas. Eran muebles caros, eso saltaba a primera vista. Al parecer, la vida no le iba nada mal al comisario.

—¿Y bien?

—Javier Hernández Sonseca —apuntó Daniel mientras le daba un dossier a Barbadillo—, 33 años. Varias detenciones antes de cumplir la mayoría de edad: robo, atraco, agresión. Su padre era

Pedro Hernández, alías “El Negro”.

—No me suena.

—Era un atracador de poca monta que malvivía atracando viejas en soportales. Al final organizó un golpe a una sucursal donde murió un guardia de seguridad. Aunque escapó, le dimos caza. Dio con sus huesos en la cárcel y murió allí años más tarde en una reyerta.

—¿Cómo saben que es él?

—Cuando cumplió los veinte, Javier quiso cambiar de vida. Entró en el ejército y, a base de esfuerzo y tesón, llegó a ser cabo primero en sólo unos años. ¿Sabe a qué unidad pertenecía, señor?

—Ni idea —contestó el comisario que se había sentado en el sofá de cuero negro.

—Artificieros. La compañía de Hoyo de Manzanares.

—¡Hijo de puta! —exclamó el comisario— ¿Sigue en activo?

—No. Hace un par de años lo echaron. Se presentó al examen de ascenso a sargento y alguien rebuscó en su historial, encontrando sus antecedentes cuando era menor. Fue expulsado del cuerpo con deshonor. Desde entonces ha trabajado en centros comerciales, de guardia de seguridad y hasta en una hamburguesería

—¿Y qué hay de la madre?

—La madre murió al poco de nacer el niño, de una infección tras el parto. De hecho, el chaval se crió con sus abuelos paternos. Cuando tenía unos diez años, el padre conoció a una chica y empezó con ella una nueva relación. Esa chica se llamaba María Narváez. ¿No le suena el nombre?

—¿Debería? —preguntó Barbadillo con cara de idiota.

—La chica se cambió su nombre por otro más artístico y sonoro, acorde a su nueva profesión: María Berdún.

Barbadillo abrió tanto los ojos que pensaron que, con total probabilidad, se le saldrían pronto de sus cuencas. Intento articular palabra un par de veces pero el sonido pareció negarse a salir de sus cuerdas vocales.

—Entonces la chica desaparecida y él son... son... —farfulló el comisario.

—Hermanos por parte de padre —apuntó Diego que se había mantenido en un silencioso segundo plano.

—¡Hostias! Necesito una copa. ¿Queréis algo?

—No señor. Estamos de servicio —contesto Daniel.

El comisario se echó un trago de whisky en el vaso que engulló de golpe. Luego se sirvió otro. Meneaba la cabeza de lado a lado.

—Hay más, señor —afirmó Daniel.

—¿Más?

—Sí. El agente encargado de detener al padre del chico y meterlo en la cárcel esta en esta habitación —afirmó Daniel—. Y no es ni usted ni yo.

Ambos hombres se giraron hacía el inspector Guerra que estaba sacando un pitillo y buscaba su mechero entre las ropas.

—¡Joder! —exclamó el comisario— Así que al final todo esto es por tu culpa, ¿no, Diego?

La sonrisa que surcó el rostro del inspector no era del todo amistosa.

—Si me hubiese dejado registrar el piso de la actriz en la primera ocasión, esto ya habría acabado. Mandar al imbécil de Ramírez a estorbar no fue muy buena idea, comisario.

—¡No le consiento que hable así de un compañero fallecido!

—¡Muerto o no, Ramírez era un idiota! —gritó Diego al tiempo que se encaraba con Barbadillo.

—¡Señores, por favor! ¡Tengamos la fiesta en paz! —medió Daniel.

Comisario e inspector se miraron con un odio profundo. La brecha que se les separaba jamás se cerraría.

—Un momento... —murmuró de repente Barbadillo— ¿Cómo demonios has descubierto todo esto? ¿Acaso te llegó a la cabeza por inspiración divina?

—En la cocina del piso que explotó, entre los escombros de una vieja cocina de hierro fundido, encontramos un trozo de papel apergaminado azul que resultó ser parte del libro de familia de María Berdún. En él, además de salir los datos del padre y de la chica, sale la adopción que hizo la actriz del chico cuando el padre entró en la cárcel. Fuimos al juzgado de guardia y obtuvimos un duplicado. Así le descubrimos.

—Y por eso volvió al piso de la actriz. Además de sus fotos de pequeño con su familia, quería el libro de familia. De haberlo obtenido nosotros, hubiésemos ido a buscarle antes y esto ya habría terminado —soltó Diego.

—Entiendo —afirmó el comisario—. ¿Y cómo supiste que ese trozo de cartón era de un libro de familia? ¿Tienes un doctorado en documentos oficiales?

—Han sido muchas noches bebiendo y fumando bajo su tacto. Lo único que me queda de los míos son algunas fotos viejas, ese maldito libro azul con letras doradas y mis malas pulgas. Te espero abajo, Daniel.

El comisario y el forense se quedaron en silencio sin saber muy bien qué decir.

—Tenemos que pedirle un favor, señor.

—¿Un favor?

—Sí —afirmó Daniel— No diga nada hasta mañana. Diego... el inspector Guerra cree que ese tipo nos vigila de alguna manera. Si montamos un amplio dispositivo, es posible que nos vea y mate a la chica. Sólo le pedimos carta blanca hasta el mediodía de mañana.

—¡Si se cree que se va a llevar todo el mérito de la detención..!

—¡Señor, a Diego el mérito le importa una mierda! ¡Sólo quiere darle más opciones a la chica! —grito Daniel, que hizo un ademán para recomponerse— Si sale bien, usted saldrá en prensa y dirá que fue una operación secreta. Si sale mal...esta conversación no habrá tenido lugar y usted no estaba enterado. En cualquier caso, usted gana, señor comisario.

Barbadillo se levantó del sofá y se puso a mirar por el balcón.

—Está bien. Tenéis hasta las doce. Ni un minuto más. El equipo de Madrid llega a las cinco y quiero tener esto resuelto para entonces.

—Gracias, señor —dijo Daniel al tiempo que se giraba para marcharse.

—Ciges.

—¿Sí, señor?

—Es una pena. Tenía grandes planes para usted.

El forense le soltó una lacónica sonrisa.

—Se los puede meter usted por donde le quepa, señor. Buenas noches —soltó mientras salía dando un portazo.

Diego Guerra esperaba fumando un cigarrillo sentado en el capó del coche. Cuando vio llegar a su amigo, levantó la mirada.

—¿Qué ha dicho?

—No sé si tiene más ganas de joderte o de llevarse méritos que no son suyos.

—De joderme, seguro. Es demasiado ruin y mezquino.

—En marcha —dijo Daniel mientras rodeaba el coche.

Aquel zumbido en su portátil le sorprendió. Se sentó en la desvencijada silla y levantó la tapa. Cuando la policía había irrumpido en el piso donde había estado con la chica retenida se sintió aliviado. Había estado semanas preparando las bombas y estudiando dónde colocar las cargas para crear el máximo daño posible. Es cierto que la huida había sido algo precipitada pero la explosión de aquel piso era una parte esencial de su plan. Había disfrutado mucho viéndolo todo saltar por los aires y el número de agentes muertos y heridos, según las noticias, era excelente. Por eso ahora se había quedado de piedra. El inspector Guerra y aquel maldito forense estaban rebuscando en casa de sus abuelos. Ver a aquel pedazo de escoria abriendo sus armarios le carcomía sus más íntimos pensamientos. ¿Cómo diablos habían dado con su paradero? Si estaban allí sólo podía significar que al final habían descubierto su verdadera identidad. Toda la operación acababa de dar un giro de ciento ochenta grados. No le gustaba el cambio de rumbo que había tomado todo y a la chica le iba a gustar mucho menos. Se levantó de golpe y se encaminó a la habitación con cara de pocos amigos.

El vetusto piso estaba en mitad de una colmena. Situado en un pleno centro de la ciudad, aquella zona había crecido de manera descontrolada para dar cabida a toda la inmigración que llegaba a la isla en los 80 y los 90. Tendría unos setenta metros cuadrados y además de salón, entrada y cocina, sólo tenía un par de dormitorios. Las paredes, cubiertas de un amarillento papel pintado, estaban enmohecidas por el paso de los años. La cocina y el resto de los muebles de la casa parecían sacados de una película de los años sesenta. Inspeccionaron las estancias con sumo cuidado. La capa de polvo, la nevera vacía y el olor a cerrado daban fe de que hacía

tiempo que en aquel piso no vivía nadie. Daniel se quedó en el salón mientras Diego inspeccionaba los dormitorios. Entró primero en el más grande. Había una inmensa cama de matrimonio y un viejo armario de tres puertas con un enorme espejo en una de ellas. Sin saber muy bien por qué, Diego sintió un estremecimiento. Su intuición le decía que aquel no había sido un hogar feliz. Con cuidado, abrió las puertas de los armarios. Todos estaban vacíos a excepción de la puerta central. Sobre la barra de aluminio, un desgastado cinturón de cuero ennegrecido colgaba de una percha. Diego lo cogió y, después de pasar sus dedos por su superficie, lo acercó a su nariz. El aroma que desprendió le resultó vagamente familiar. Las piezas, con lentitud, iban encajando. Lo soltó sobre la cama y entonces reparó en él. Del marco de la ventana, un pequeño cable de color marfil sobresalía ligeramente por uno de los bordes. Diego se acercó y se fijó que estaba adherido allí por trozos de silicona transparente. Al parecer, el calor había soltado el cable de su escondite. Empezó a tirar del mismo con cuidado y, como si de un rastro de migas de pan se tratase, no tardó en llegar a su final. Abrió con esfuerzo el tambucho de la persiana y se quedó sorprendido. Dentro había una pequeña cámara que tenía total visión del dormitorio. Diego la arrancó y se la acercó al rostro.

—Voy a por ti, pedazo de escoria —soltó antes de arrancarle el cable.

En la finca, con los ojos como platos, Javier se quedó enmudecido. Por primera vez en muchos años, volvía a sentir miedo.

Tras acabar de registrar el dormitorio, fue a por Daniel con la cámara en la mano.

—Mira lo que he encontrado —afirmó.

Daniel la cogió con cuidado y la observó.

—Es de las caras. Al menos vale trescientos euros.

—Peinemos esto por si encontramos alguna más.

—Deberíamos ir con cuidado. Podría haber explosivos.

—No —negó Diego pensativo—. Esta casa es lo último que tiene. No la dañaría. Creo que, de pequeño, sufrió algún tipo de maltrato por parte de sus abuelos. Ven a ver algo que he encontrado.

Diego llevó al forense al dormitorio y le enseñó el cinturón. Tras examinarlo, el forense llegó a la misma conclusión.

—Sin duda es sangre. Pero, ¿cómo sabes que es suya?

—No lo sé a ciencia cierta. Sólo es una intuición —confesó Diego—. Es lo único que ha conservado de toda la casa. El hecho de dejarla colgada en el armario...no sé. Me invita a pensar que la dejó colgada para recordarse lo sufrido aquí. Aunque sólo son conjeturas.

El forense asintió con levedad. Había aprendido que las corazonadas de Diego solían ser certeras. Tenía instinto para esas cosas.

—Será mejor que llamemos al equipo de la científica. No creo que haya nada más aquí pero no podemos permitirnos dejar nada al azar. Ya nos lleva demasiada ventaja.

—De acuerdo. Los llamaré.

Mientras Daniel hablaba con la central, el inspector se acercó sediento al fregadero. Abrió el armario de la derecha en busca de un vaso y encontró algo mejor para el tremendo dolor de cabeza que le acompañaba: una caja de paracetamol intacta. Tras abrirla cogió un par de pastillas y se las echó a la boca. Luego alargó la mano a por un viejo vaso de duralex y lo llenó hasta el borde. Mientras bebía, observó un poco más detenidamente el armario. Había un pequeño botiquín y muchos de los envases estaban sin abrir. Miró con detenimiento las etiquetas y una idea le empezó a rondar la cabeza. Cerró el armario y salió por la puerta principal hasta llegar a la puerta del vecino de enfrente. Tocó el timbre un par de veces.

—¡Pero quién diablos llama así a estas horas! ¡Espero que se haya declarado un incendio y sean los bomberos porque si no...!
—exclamó a través de la puerta un hombre que rondaría los ochenta años antes de abrir la puerta.

—No soy bombero, señor. Soy el inspector Diego Guerra y necesito hacerle un par de preguntas, si no tiene inconveniente.

—Claro que sí. Pero no podían esperar a mañana...

—Es importante.

—Está bien. Usted dirá.

—Su nombre es...

—Cifuentes. Anselmo Cifuentes. Aunque todos siempre me han llamado Cifu.

—Entiendo. Señor Cifuentes, ¿lleva mucho tiempo viviendo aquí?

—Uffff... Si llego vivo a noviembre haré 34 años. ¿Por qué?

—¿Conocía bien a los Hernández, sus vecinos de enfrente?

—¿A Pére y a Margalida? Bueno, bien, bien, lo que se dice bien... la verdad es que no. Pére siempre fue un poco hosco, ¿sabe?
—confesó el anciano— No me entienda mal. Era muy educado y todo eso pero repartía poca simpatía a la gente y tenía muy mal carácter. De hecho, podía llegar a ser muy agresivo.

—Entonces todos los vecinos le tendrían miedo, ¿no es así?

El hombre asomó la cabeza por el umbral y miró a todos lados, como temiendo ser escuchado. Luego, susurrando, se volvió a acercarse al inspector.

—Todo el mundo le odiaba pero se callaban —afirmó en voz baja—. Hace quince años le pegó una paliza a un vecino por oponerse a una propuesta suya en una reunión. En las juntas se tenía que hacer lo que él quería. No quiero que me malinterprete

pero cuando nos enteramos de su muerte, todos nos quedamos descansando.

—Comprendo.

—Un mal bicho.

—Usted vivía pared con pared con su casa. ¿Sabe usted si era igual de agresivo en su casa?

El anciano volvió a mirar a las escaleras con preocupación.

—Margalida, de vez en cuando, tenía accidentes. Un ojo morado, un dedo roto, un hematoma en el hombro...cosas de esas. Al principio, todos le preguntábamos por cómo se lo había hecho. Con el tiempo, vimos que eso era peor.

—¿Peor? ¿A qué se refiere?

—Si alguien le preguntaba o alguna vecina se acercaba por casa a verla, la paliza de esa noche era más fuerte —farfulló el hombre—. En una ocasión, incluso el hematoma en la cara era tan amplio que no podía abrir ninguno de los dos ojos...

—¿Y nadie hizo nunca nada?

El hombre, avergonzado, agachó la cabeza. Cuando la levantó, llevaba la culpabilidad escondida en la mirada.

—Lo sé. ¡Somos todos unos cobardes! —afirmó— Nadie en este bloque tiene excusa. Yo una vez me encaré con él y, después de cómo me habló, no volví a hacerlo nunca más.

—¿Qué le dijo?

—No fue tanto lo que me dijo sino cómo lo hizo. Por culpa de una de sus palizas, Margalida tuvo que ir al hospital y le tuvieron que operar un brazo. Él vino a casa para dejarnos un rato en casa a su nieto Javier, que no tendría más de doce o trece años. Yo, al enterarme del asunto, le dije que tenía que dejar de pegar a su mujer, que eso no estaba bien.

Diego sacó un cigarrillo y le extendió el paquete al anciano, que rehusó.

—Con una amplia sonrisa, me dijo que me metiese en mis asuntos al tiempo que se daba la vuelta para marcharse. Yo me vine arriba y le agarré del brazo. No he pasado más miedo en mi vida.

El inspector aspiró un par de bocanadas de humo. De tal palo, tal astilla.

—Se soltó de mi brazo de malas maneras y se me acercó a la oreja, con lentitud. Sin aspavientos, me dijo que si me metía en sus asuntos iba a deshollarnos vivos a mi familia y a mí. Su voz sonó pausada, tranquila y calmada. Todavía lo recuerdo con nitidez —afirmó el anciano—. Era la voz de alguien que era capaz de cumplir aquello que estaba prometiendo. Empecé a temblar y le pedí disculpas, escondiéndome detrás de la puerta. Nunca jamás me perdoné por aquello. Fui un cobarde, inspector.

—Tranquilo —contestó—. Por cierto, ¿de qué vivía la familia?

—Tenían una carnicería, a un par de manzanas de aquí. Ella, mientras el niño estaba en la escuela, le ayudaba en la trastienda. Nunca tuvieron para ser ricos pero vivían bien. O al menos, eso parecía.

—¿Y qué hay de su hijo?

—Ese siempre fue una oveja descarriada. Siempre estaba de borrachera o metido en asuntos con drogas. En los últimos años, antes de acabar en la cárcel, sólo venía aquí por las mañanas. Creo que acabó muriendo en prisión.

—Así es. Por cierto, me ha hablado antes del nieto, Javier. ¿Qué tal era de niño?

—Al principio era un niño normal, muy alegre. Siempre saludaba por las mañanas y daba los buenos días a todos los vecinos. Luego, a medida que crecía, fue heredando el carácter de su abuelo. Y el

tiempo que pasó con él en la carnicería supongo que no ayudó demasiado.

—¿Llegó a trabajar con el abuelo?

—Así es. Al chaval no se le daban bien los estudios y su abuelo decidió enseñarle el oficio. Siempre quiso que su hijo heredase la tienda y aprendiese a ser carnicero pero al verlo tirar su vida por la borda y entrar en la cárcel, pensó en el nieto. El chico era muy aplicado y al principio, según me contaba, todo fue muy bien. Incluso las palizas a su mujer disminuyeron de frecuencia e intensidad.

—¿Qué pasó entonces?

—A raíz de la muerte del padre del chico, rondando este los dieciocho o diecinueve años, su comportamiento cambió. Se encerró en sí mismo y comenzó a hacer barbaridades.

—Como por ejemplo...

—Recuerdo que unos días antes de Navidad, llegó a la tienda un pedido importante pensando en las fiestas. Pére ya tenía sus años y a veces bajaba más tarde a la carnicería. Aquel día el chaval bajó una hora antes, para colocar las piezas en la nevera. Cuando su abuelo bajó, se encontró a una muchedumbre en la puerta y todo manga por hombro.

—¿A qué se refiere?

—Había destrozado varias piezas de carne, cortándolas de manera aleatoria. Tiró los restos por el suelo, por las vitrinas y por las cristaleras. Volcó los estantes por el suelo e incluso... —dijo el anciano antes de detenerse.

Diego esperó un tiempo prudencial para no forzarlo. Cuando tiene que contar algo que no le gusta, todo el mundo necesita su espacio y su tiempo para pasar el mal trago.

—Siga, por favor.

—Gracias —afirmó el hombre—. Incluso se llegó a desnudar y se empezó a colgar vísceras y ristras de chorizos y morcillas por el cuello. Manchó su cuerpo de sangre y empezó a dar mordiscos a trozos de hígado crudo. Además, blandía amenazante un gran cuchillo en las manos. Se volvió completamente loco.

—¿Y qué hizo el abuelo?

—Como pudo, lo redujo y lo metió en la trastienda. Echó las persianas y luego llamó a su mujer, que bajó y se lo llevó a casa. Aquello fue el fin del negocio. La gente poco a poco dejó de ir a comprar y todo se fue al garete. Pére se jubiló con una pensión mísera y traspasó el local.

—¿Qué fue del chico?

—Por el barrio corrieron mil rumores. Escuche decir que si estaba ingresado en un psiquiátrico, que si el viejo Pére lo tenía encerrado en una casa en la sierra,... habladurías de vecinas chismosas y jubilados con mucho tiempo libre. Yo nunca me atreví a preguntarle de manera directa pero sabía que el chico estaba vivo.

—¿Por qué?

—Porque a veces, cuando discutían, sacaban a relucir su nombre. Y siempre que hablaban de él, lo hacían en presente.

—¿Volvió a ver al chaval?

—Sólo una vez.

Daniel salió en ese momento al pasillo e increpó a Diego.

—¡Llevo un rato buscándote! ¿Qué haces aquí?

—Hablando con el señor Cifuentes. Le preguntaba por cuando volvió a ver usted al chaval.

—Sí. Sólo lo vi una vez más y fue cuando su abuelo murió. Hará ya unos cuatro o cinco años.

—¿Cómo fue el encuentro?

—Margalida se levantó por la mañana y se encontró a su marido en el suelo. Pére parecía del corazón y, al parecer, sufrió un infarto al levantarse a por agua. Cuando la ambulancia llegó no se pudo hacer nada. Al parecer, llevaba ya varias horas muerto.

—¿Cómo se lo tomó su mujer?

El hombre sopesó la respuesta.

—Creo que con alivio. De hecho, fue la primera vez en mi vida que la vi sonreír. Si tuviera que definirla en una palabra sería liberada.

—¿Cuándo vio a Javier?

—Estábamos hablando tranquilamente con su abuela cuando, de repente, apareció por la puerta. Al principio ningún vecino consiguió reconocerlo. Había crecido, estaba mucho más atlético que cuando era un chaval y vestía uniforme militar. Entonces su abuela, al verlo, se abalanzó hacía él, intentando abrazarlo mientras decía su nombre. Todos nos giramos con sorpresa y empezamos a alabar lo alto, lo fuerte y lo cambiado que estaba. Fue una situación muy violenta.

—¿Qué sucedió?

—Con rudeza, agarró los brazos de su abuela y los retiró de alrededor de su cuello. Ella se lo quedó mirando, sorprendida. Luego, a gritos, le recriminó que hubiese dejado entrar en su casa a toda esa panda de parásitos y marujas que conformaban el vecindario. Casi nos da un ataque.

—Supongo que a algunos vecinos no les sentaría bien aquello.

—Tomás, el del quinto, le increpó y se llevó una bofetada de las que dejan marca. Nadie tuvo narices de moverse. A continuación, nos dijo unas palabras que jamás olvidaré.

Diego y Daniel se miraban en silencio de soslayo.

—”No olvidéis que mi abuelo me enseñó el oficio de carnicero y yo, por mi cuenta, he aprendido el de soldado”. Al tiempo que decía

aquello, se tocó con delicadeza la funda de su pistola. Todos salimos huyendo de allí sin mirar atrás. No volví a verlo jamás por el barrio después de aquello.

—Entiendo —afirmó el inspector—. ¿Qué pasó con Margalida?

—Después del entierro, desapareció. Mi mujer fue un día a pedirle sal y nadie respondió a la puerta. El correo se empezó a acumular y nadie ha sabido desde entonces nada de ella. Una vecina del bloque de enfrente nos contó que, al día siguiente del entierro de su marido, la vio salir acompañada por un joven muy temprano por la mañana. Por la descripción, parecía ser su nieto Javier. Nada hemos vuelto a saber de ella.

Diego se quedó pensativo mientras miraba a Daniel. Había algo que se le escapaba entre sus dedos.

—Está bien, señor Cifuentes. Si me deja un papel, le apuntaré mi número de teléfono —afirmó Diego mientras garabateaba unos números en el borde de un papel de periódico que el anciano le había alcanzado—. Si alguien más le pregunta por los Hernández o recuerda usted algo más, hágamelo saber. El teléfono lo llevo encima 24 horas al día. Muchas gracias por todo.

—No hay de qué, inspector —contestó el anciano antes de cerrar la puerta.

Daniel se le quedó mirando.

—¿Me vas a contar de qué va esto y por qué le has dado mi móvil a ese anciano?

—Todavía no —respondió el inspector enigmático—. ¿Has hablado con los de la científica?

—Sí. En media hora vienen. Están terminando en casa de Artigues.

—Tenemos que ir a la central. Tenemos que consultar algo.

—A sus órdenes, mi general —respondió Daniel al tiempo que se cuadraba con ironía.

Tras cerrar la puerta del piso de los Hernández, los dos hombres bajaron con rapidez las escaleras y se metieron a toda prisa en el coche. De tener sirena a buen seguro la habrían usado.

Marian miraba a su editor con preocupación. Su inmensa papada subía y bajaba a una velocidad que amenazaba con colapsar su oronda figura mientras resoplaba como un búfalo.

—¡No puedes hacer esto! —gritó— ¡Hemos lanzado una campaña de publicidad de cerca de diez mil euros! Todo el mundo cree que mañana tendremos una primicia!

—Las cosas han cambiado. No puedo hacerlo, sabiendo lo que ahora sé. No sería ético por mi parte.

—¿Ético? ¡Me importa una mierda tu ética! Por si no lo sabes estamos en números rojos y esta noticia puede salvarnos de la hoguera. No es una sugerencia, es una orden.

—Lo siento, jefe. Si por culpa mía sucediese algo, no me lo podría perdonar.

—Si al menos me explicases algo más...

—No puedo, señor. He dado mi palabra.

—Bien, ¿algo más que añadir?

—Sí. Ha de saber que tengo una jugosa exclusiva para cuando esto se resuelva. Toda la historia al detalle, y contada de primera mano. Se lo garantizo —afirmó Marian.

—¿Cuando esto se resuelva? —volvió a preguntar— En el mismo momento que pillen al animal que ha hecho esto, la historia perderá interés. Eso no me sirve. Es insuficiente, Marian.

—No lo creo, señor. Puede ser una historia que nos de cinco o seis artículos de portada.

—¿Es tu última palabra?

—Creo que sí, señor.

—Bien, entiendo tu posición, Marian. Sin duda, debes de tener en tu poder información vital para la investigación y no querer interferir en un asunto de la policía es un gesto que te honra —afirmó el editor—. Pero yo, tengo que mirar por el futuro del periódico. Así que, sintiéndolo mucho, estás despedida. Recoge tus cosas y despeja tu mesa antes de esta noche.

Sin saber muy bien qué decir y aturdida por la noticia, Marian se levantó y salió del despacho. Cogió una bolsa de basura del carro de limpieza y con lentitud, empezó a meter dentro sus enseres.

El coche se detuvo en un lateral del aparcamiento, lejos de las cámaras que lo vigilaban. Se bajó del coche y empezó a caminar con aire despreocupado. Había llegado el momento de despedirse. Desde que puso en marcha su plan, siempre supo que este momento llegaría. Y no le gustaba. Su abuela era, casi con total seguridad, lo único bueno que había tenido en su vida. Pegó en la cristalera y una joven se acercó.

—¿Sí? —preguntó por el interfono.

—Perdón por molestarles a estas horas. Es vital que pase y hable con usted.

Tras poner los ojos en blanco, la joven le hizo un gesto para que esperase. Un pitido le franqueó el acceso. Entró en el amplio hall de la residencia y se fue directo al control de enfermería.

—Hola, soy el nieto de Margalida Hernández. Vengo a verla.

Al fin y al cabo, cambiar los apellidos de su abuela en los documentos oficiales no había sido mala idea. En la cárcel, su padre había conocido a gente poco recomendable. Era algo bocazas y cuando lo visitaba siempre se jactaba de los amigos tan importantes

que tenía fuera. Aunque no compartía su entusiasmo por la escoria que poblaba los bajos fondos, no pudo evitar memorizar algunos nombres. En cierta ocasión que fue a visitarle, le habló de un tipo al que podía recurrir si alguna vez necesitaba arreglar papeles oficiales. Un tipo muy callado, de origen árabe, que se dedicaba a falsificar informes médicos para ayudas, documentos de identidad, pasaportes, padrones del censo... en definitiva, cualquier cosa que llevara un sello gubernamental. Por eso, tras la muerte de su abuelo, quiso llevar a su abuela a una residencia. Cambiarle el nombre fue fundamental porque desde la muerte de su padre siempre tuvo en mente llevar a cabo su venganza. Todos y cada uno de los implicados en la destrucción de la familia se acabarían llevando su merecido y su abuela era un cabo suelto que debía atar. Por eso pensó que, en vez de matarla, la internaría con otro nombre en un geriátrico. Al fin y al cabo, siempre se había considerado un hombre con sentimientos.

—¿Y cree que las cuatro de la mañana es la hora idónea para la visita? —dijo la enfermera mientras descolgaba el teléfono.

—Es una visita excepcional.

—Lo entiendo, pero no puedo dejarle pasar. Son normas de la empresa.

Aquella chica no sabía con quién hablaba. Por un segundo, pensó en sacar el cuchillo que llevaba en el doble fondo del abrigo y atravesar su precioso cuello. No era el momento.

—Entiendo que usted sólo cumple las normas y lo respeto —afirmó conciliador—. No sé si lo sabe pero soy militar. Sé a la perfección lo que significa cumplir órdenes a rajatabla. Lo que sucede es que, mañana a las ocho de la mañana estoy citado en mi cuartel para irme de misión humanitaria a Irak. No me tocaba ir a mí pero la baja de un compañero en el último momento me ha colocado en la unidad. La cosa por allí anda revuelta y aunque le parezca una tontería, tengo un mal palpito. De hecho, tengo la sensación de que no voy a volver.

—¡No diga eso, por Dios!

—No pasa nada. Es mi oficio y lo asumo. Lo daría todo por mi país. Es por eso que, al menos, me gustaría despedirme de ella. Si en unos meses me ve de vuelta sabrá que yo estaba equivocado y se podrá reír de mi todo lo que quiera. Incluso la invitaré a tomar un café.

La joven se puso roja como un tomate.

—Pero es que sólo llevo dos semanas trabajando aquí y es mi primer empleo... no quiero que me despidan —se excusó—. Lo lamento.

—Está bien. ¿Podría decirle de parte de su nieto que la quiero mucho y que la echaré mucho de menos allá donde me voy? Gracias y perdone por las molestias.

Cabizbajo, Javier se giró y se empezó a marchar con lentitud. Tres, dos, uno...

—¡Espere! —gritó la joven— Me la estoy jugando pero... puedes pasar. Pero por favor sólo cinco minutos o me meteré en problemas. Creo su abuela sigue en la misma habitación. ¿Sabe llegar o quiere que le acompañe? —preguntó la joven enfermera.

—No se preocupe. No quiero molestarla más. Yo mismo iré. Solo serán un par de minutos.

Segundos después caminaba por el pasillo con decisión. A medida que pasaba por las habitaciones, sentía cada vez más lástima por aquellos ancianos. En sus camas, inmóviles y casi inertes, seguían agarrados a la vida de manera artificial. De haber podido, se habría dedicado a eliminarlos uno por uno. No eran útiles a nadie y sólo generaban gastos y pérdidas de espacio y recursos, tirados a la basura. Él, por su parte, no pensaba llegar a viejo.

Casi sin darse cuenta llegó a la habitación 309. Se asomó al umbral y vio a su abuela medio dormida con la mirada perdida en la ventana. Aunque en un principio ella se había negado a ingresar, su

voluntad contaba poco en aquel asunto. Desde la muerte de su abuelo y su padre, él era ahora el cabeza de familia y su voz tenía rango de ley. Así que, previo pago de una módica cantidad al árabe, cambió la documentación existente e ingresó a su abuela en aquella residencia con otros apellidos. Nadie la volvería a molestar jamás y ambos se tendrían solo el uno al otro. No quería vecinas aburridas ni viejas decrepitas que le metiesen pájaros en la cabeza e ilusiones de libertad. No podía permitirlo. No en su familia.

Diego irrumpió en la planta de homicidios como la marea contra las rocas. Los pocos agentes allí presentes se lo quedaron mirando. Incluso Daniel a sus espaldas permanecía expectante.

—Prestadme todos un segundo de atención. No sé si os lo han dicho pero vuelvo a estar a cargo de la investigación —afirmó Diego ante el reprobador murmullo generalizado—. Sé que no os caigo bien. No soy un tío sociable ni empático. No me acuerdo de vuestros cumpleaños ni jamás os he dado el pésame cuando ha muerto vuestra suegra. Soy, en definitiva, un perfecto gilipollas. Pero esto, es distinto. La vida de una chica está en juego y necesita vuestra ayuda.

—¡Increíble! El gran Diego Guerra pidiendo que los simples mortales le echemos una mano. ¡Si Ramírez levantara la cabeza! —soltó uno de los acólitos del malogrado subinspector.

—Sí, os estoy pidiendo ayuda. Olvidaos de mí, yo no soy importante. Cuando este caso termine, me iré y no regresaré jamás. Tenéis mi palabra. Pero esta chica no tiene culpa de mi carácter y se le agota el tiempo. ¡Tenemos que echar el resto, joder! Tan solo tiene veinte años...

Todos se miraron entre sí. Mascarell, uno de los policías más veteranos, dio un paso al frente.

—Nunca me gustaron tu carácter ni tu individualismo. Pero, como bien has dicho, esa chica no tiene culpa. ¿Qué necesitas?

Aunque nadie le tragaba, todos parecían escucharle atentamente.

—Bien, estas son las últimas novedades del caso... —empezó a decir el inspector mientras todos guardaban silencio. El tiempo se escapaba de manera inexorable.

Mientras regresaba de vuelta a la finca, Javier tenía una sensación agridulce. La tortuosa carretera empezaba a elevarse mientras se hundía en la profundidad de la vegetación. Empezaba a clarear y el cielo mostraba todavía una imponente luna llena. Y su cabeza dejó de ver los bosques para volver de nuevo a la frágil anciana de la que se acababa de despedir para siempre. Aunque llevaba meses planificando todo al milímetro, por este momento siempre pasó de puntillas. Él nunca había llegado a conocer a su madre biológica y la única figura femenina realmente importante en su vida había sido ella. Aquella temerosa mujer que obedeció durante cincuenta años a su marido, a su único hijo y ahora, a su único nieto. Que aguantó palizas y vejaciones con estoicismo y sin quejas. Por eso sabía que nunca jamás conocería a una mujer como ella. Se conformaba con, algún día, encontrar a una chica que fuese la mitad de responsable que fue su abuela. Que entendiese, como ella había conseguido, la importancia de la unidad familiar a cualquier precio. Una mujer entera, sencilla y discreta que supo permanecer en las sombras, entendiendo y disculpando a ese gran hombre que fue su abuelo. Mujeres, en una palabra, de las que ya no quedan.

El vehículo, negro como el azabache, se perdió por la cuesta mientras las puertas metálicas se cerraban. El fin estaba cada vez más cerca.

Todos estaban trabajando duro. En la sala sólo se escuchaba el tecleo acompasado en los ordenadores, intercalados por breves llamadas telefónicas. Poco a poco, a medida que avanzaba la madrugada, las sillas se fueron vaciando. A menudo, la gente pierde la valentía cuando la vence el sueño. Y Diego necesitaba fumar de

manera urgente. Se tocó el bolsillo del pantalón de manera infructuosa.

—Mierda —espetó.

Daniel en ese momento apareció en la sala. Su rostro era de felicidad absoluta.

—Me debes una mariscada, inspector.

—Suéltalo y déjate de historias.

—¡Vaya carácter! —exclamó el forense— He recibido una llamada del señor Cifuentes.

—¿De quién?

—El vecino de los Hernández. Aquel viejo...

—Se quién es.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa?

Diego suspiró.

—No tengo tabaco desde hace horas —explicó el inspector—. ¿Qué quería?

—Nada, sólo me ha dicho que no se acordó de decirnos que desde hacía unos años su mujer es la presidenta del bloque. Y como buena presidenta cotilla que es, tiene copia de las llaves de todos los buzones de los vecinos. Y que, además, lleva tiempo guardando el correo de los vecinos de enfrente. Entre otras cosas —explicó Daniel divertido.

Diego se incorporó del asiento al igual que lo hace un perrillo de las praderas cuando ve comida. El brillo había vuelto a sus ojos.

—¿Y sabes otra cosa?

—Dime.

—Entre la abundante correspondencia acumulada durante este tiempo se encuentran varias cartas de la residencia de ancianos

“Tramuntana”, en Espargues. Aunque me ha costado trabajo convencerla, a petición mía ha abierto una de las cartas. La pobre mujer ha empezado a divagar sobre la ley de protección de datos...

—Daniel, por favor...

—Está bien. Es una especie de factura y va dirigida a los familiares de Margalida Hernández.

—La tenemos.

—¡Oh, no hay de qué, inspector! No tiene por qué darme las gracias —añadió Daniel con ironía.

—Venga, déjate de rollos y vayámonos. Tenemos que ir allí de inmediato.

—¿Ahora? ¿A las seis de la madrugada? ¿No podemos dejarlo hasta mañana?

—No. Puede que la chica no llegue hasta mañana. En marcha.

Daniel suspiró y abrió los brazos de manera melodramática. Diego se levantó y con renovadas energías salió de la sala, seguido por el forense.

La noche se empezaba a quebrar y estaba empezando a chispear. Un oscuro manto nuboso que anunciaba tormenta. El coche volaba a toda velocidad por la desierta autovía mientras los dos hombres mantenían silencio. El pueblo de Espargues quedaba a unos escasos veinte minutos de la central y Diego todavía masticaba para sí los últimos acontecimientos.

—¿Por qué crees que habrá cambiado el nombre de la anciana?
—soltó de repente ante la sorpresa de Daniel, que intentaba dar una cabezada.

—Vete a saber. Yo no intento nunca entender a los psicópatas, Diego. Con lo que veo a diario en la mesa, me acabaría volviendo loco.

—Presiento que hay algo que se me escapa —afirmó el inspector—. Todo esto no es sólo por venganza. Falta alguna pieza.

—Ese tipejo está obsesionado contigo, Diego —contestó Daniel—. Está claro que te culpa de la detención de su padre y de su posterior muerte. Y de algún modo considera que aquello hundió su vida y la de su familia. Te ha cogido cariño.

—Esa parte la entiendo, Daniel. Pero si tantas ganas tiene de verme muerto, ¿por qué no me ha matado ya? ¿Por qué ha montado todo este circo? —preguntó— Y más importante aún, ¿por qué secuestrar a una pobre chica, que además es su hermanastra?

—Yo no tengo todas las respuestas. Está claro que ese tío no sólo pretende matarte —apuntó Daniel—. Quiere hundirte, machacarte, destruirte. Llevarte al extremo en el que le supliques que acabe con tu vida. Estoy seguro que ha dedicado mucho tiempo a estudiarte.

—¿Qué quieres decir?

—Probablemente sepa que lo único que queda en tu triste vida es tu trabajo. Es algo en lo prácticamente nunca has fallado. Se te da bien —continuo Daniel— y por eso usa eso para atacarte. Te está poniendo a prueba en tu terreno para ganarte jugando a lo único que sabes hacer: capturar asesinos.

—Pues de momento me está dando una buena paliza.

—No lo creas. Has conseguido saber su identidad, el móvil que guía sus actos, su aspecto... y ahora hemos localizado a su madre. Es cierto que nos lleva ventaja pero nos estamos acercando. Y él lo sabe.

—Ojalá estés en lo cierto. Mira, estamos llegando.

Espargues es un pequeño pueblo a los pies de la sierra. Caracterizado por la riqueza de sus recursos hídricos, sucesivas civilizaciones asentaron allí algunas de sus ciudades más importantes. Dedicada a la agricultura y al turismo rural, era, con diferencia uno de los pueblos con más encanto de toda la isla.

—A Paula le encantaba este pueblo. Siempre decía que cuando nos hiciéramos mayores vendríamos a vivir aquí —soltó Diego sin pensar.

—Algunas heridas nunca se cerrarán, amigo —afirmó Daniel—. ¡Mira! ¡Allí está el cartel de la residencia! ¡Coge el desvío!

Aproximadamente un kilómetro después de salir del pueblo, encontraron la residencia. Situado en una amplia explanada, tenía justo detrás del edificio principal un pequeño bosque que se perdía en la inmensidad de la vegetación circundante. Aunque era de nueva planta, se había hecho respetando las construcciones en piedra tan típicas de la zona. Era impresionante.

—No debe ser la residencia de ancianos más barata del mundo.

—Supongo que no. Aparquemos.

Tras dejar el coche en el amplio aparcamiento se dirigieron a la entrada y pegaron en el timbre. Una joven enfermera se acercó desde el control de la entrada con cara de pocos amigos. Eran cerca de las seis y media de la mañana.

—Buenas noches —respondió la joven a través del interfono.

—Buenas noches. Inspector Diego Guerra, de homicidios y el forense Daniel Ciges. Policía nacional. ¿Puede usted abrir? —explicó al mismo tiempo que sacaba sus credenciales y las pegaba al cristal.

La joven, tras unos segundos de estupefacción, le hizo un gesto a la compañera que estaba en el control e instantes después un pitido electrónico les permitió el acceso.

—¿Podemos pasar? —preguntó a la joven.

—Sí, por favor. Adelante.

Los dos policías saltaron dentro de la estancia al tiempo que las puertas se cerraban. La enfermera les miraba con cara de no saber muy bien que estaba pasando.

—Estamos interesados en hablar con una residente.

—¿A estas horas?

—Sí. Es un asunto de vital importancia. Su nombre es Margalida Hernández.

—¿Margalida? No sé qué pasa hoy con ella. Nadie viene a verla nunca y hoy todo el mundo quiere hablar con ella... ¡y de madrugada!

Los dos hombres se quedaron mirando a la chica con los ojos abiertos.

—¿A qué se refiere? —espetó Diego.

—Hace un rato estuvo también viéndola su nieto.

—¿Su nieto? —preguntó Daniel.

—Sí. Llegó sobre las cuatro o cuatro y media. Estaba fuera del horario de visitas, pero cómo es el único que viene, me dio pena y le dejé pasar.

—Entiendo. ¿Cuánto tiempo estuvo?

—Poco, apenas unos minutos —contestó la joven—. Sólo venía a despedirse. Es militar, no sé si lo sabe, y al parecer lo han destinado de misión a Irak. Se va mañana y está obsesionado con que no va a regresar. Espero que se equivoque porque si no Margalida se morirá de pena...

—Tengo que hablar con ella de manera urgente, señorita —afirmó el inspector.

—Ahora mismo lo acompaño —contestó la joven— la habitación es la 309.

—Gracias. Por cierto, ¿tienen cámaras de seguridad en el aparcamiento, no es cierto?

—Así es. ¿Por?

—Necesitaremos ver las grabaciones.

—Eso no va a ser posible. Los ordenadores están en la sala de admisión y Eduardo, el técnico informático, es el único con acceso.

—Despiértelo —ordenó tajante Diego.

—Es muy tarde, inspector y mañana es fiesta. No vendrá hasta el jueves. ¿No podría esperar hasta entonces? No llevo mucho tiempo aquí...

—¡¡No!! —gritó el inspector— ¡¡Me importa una mierda que ese tipo este dormido!!

Una mano se posó en el hombro del inspector.

—Señorita, disculpe a mi compañero —suavizó Daniel—. Está sometido a mucha tensión. La vida de una chica de veinte años está en juego y esas imágenes pueden resolver todo este embrollo. Necesitamos que llame a ese tal Eduardo y que venga de manera urgente.

La chica pareció dudar.

—Está bien. Iré a llamarle.

—Si te parece, Diego, ve tu a hablar con la anciana. Yo me quedaré aquí —afirmó Daniel—. Esperaré al informático y repasaré con él las imágenes. Así ahorraremos tiempo.

—Lo siento —se disculpó—. Daniel, avisa a la central y que busquen todas las propiedades que estén a nombre de la anciana, del chico o de algún otro miembro de la familia. Después de huir, han tenido que ir a algún lugar. Que prueben con todas las combinaciones posibles de apellidos.

—De acuerdo. Suerte.

El inspector asintió y se marchó guiado por una auxiliar mientras Daniel se quedaba charlando con la joven enfermera. Entre los silencios de los pasillos se escapaba algún que otro quejido, anticipado futuro con el que muchos de nosotros acabaríamos por

pagar gracias a nuestros años largos de vida. Casi sin querer, llegaron a la habitación.

—Aquí es —afirmó la joven auxiliar—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias.

Diego se introdujo con sigilo en la habitación. Con cuidado de no hacer ruido, se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. De repente, una lámpara se encendió a sus espaldas. Cuando se giró, unos fatigados y penetrantes ojos le escudriñaban desde la cama articulada.

—Buenas noches, señora. Siento molestarla a estas horas.

—No se preocupe. Por la noche apenas consigo dormir un par de horas. Será que mi cuerpo tiene miedo a no despertar, supongo.

Él le regaló una breve sonrisa.

—Soy policía. Inspector de homicidios, para ser más precisos.

—Supongo que está aquí por mi Javier, ¿no es cierto? Seguro que ha hecho algo terrible...

El inspector asintió con levedad mientras la mujer encajaba aquello con estoicismo.

—Siempre he sabido que este día llegaría, inspector. Lo único que le pedí al señor es que me llevase antes de ver convertido en un delincuente también a mi nieto. Tampoco esto me ha concedido.

—Dios suele estar bastante ocupado en sus asuntos, señora.

—Margalida —afirmó la mujer—. Llámeme Margalida. Estoy cansada que todo el mundo me llame señora. ¿Qué ha hecho esta vez?

—Mucho me temo que ha secuestrado a una chica de veinte años, además de estar implicado en la muerte de varias personas. Algunos son agentes de policía.

Por las arrugadas mejillas de la anciana rodaron un par de lágrimas.

—Lo siento, pero tengo que hacerle unas preguntas.

—Entiendo. Usted dirá, inspector.

—¿Sabe dónde puede estar su nieto en este momento?

—Ni la más remota idea. No sé si lo sabe pero hace un rato estuvo aquí, visitándome. No siempre ha sido un mal chico, ¿sabe?

—contestó— El único problema que ha tenido es que le han pasado demasiadas desgracias. Un corazón es capaz de aguantar un número limitado de situaciones negativas, penas y tristezas. Y no todos los corazones tienen la misma capacidad de aguantar.

—¿A qué se refiere?

—Los hombres, por ejemplo, soportan menos que las mujeres. Son más débiles de mente y por eso, más violentos. Una mujer sabe el esfuerzo y el dolor que cuesta traer una vida a este mundo por lo que no es tan ligera a la hora de quitarla.

—Estamos de acuerdo.

—Después cada uno, a modo particular, tiene sus fortalezas y sus debilidades. Hay personas que al primer contratiempo serio que tienen en la vida se quitan de en medio mientras que otros, por contra, llegan a pasar verdaderos infiernos y no se les intuye dolencia alguna. Mi nieto no es malo, inspector Guerra —reafirmó la mujer—. Lo que sucede es que su baúl de tristezas está repleto.

—¿Sería tan amable de contarme cuáles son esas tristezas?

—Creo que el primer problema viene por la maldición que arrastra mi familia.

El inspector la empezó a mirar dudando de la cordura de sus palabras.

—Mi marido, que en paz descanse, jamás fue un buen hombre.

—Sé que le pegaba.

—Eso es lo de menos. Nuestra relación estaba maldita porque empezó fruto de una violación —afirmó la mujer mientras perdía la mirada por la ventana.

El policía arrastró, todavía con cara de sorpresa, un sillón cercano hasta la cama. Luego, con cansancio, se sentó en él.

—Habían abierto una nueva carnicería en el barrio y los dueños contrataron a un joven aprendiz. Una tarde, mi madre me mandó a comprar un par de cosas allí y él me atendió. Yo era una chiquilla, sin apenas mundo. De hecho, tan sólo tenía 16 años cuando conocí al que luego fue mi marido.

—¿Amor a primera vista?

—Eso creía yo. Cada vez que me veía, me decía cosas bonitas, regalos para el oído que toda chiquilla quiere escuchar. Empezamos a coquetear y pronto él pidió permiso a mis padres para salir conmigo. Era dulce, cariñoso, tierno... ¡Todas las jóvenes del barrio estaban locas por él! —exclamó con nostalgia— Es cierto que era un tipo muy serio pero sus ojos eran profundos, serenos y muy bellos. Su mirada era turbadora. Él lo sabía y lo aprovechaba. Y yo me enamoré de él como una loca. Ese fue mi error.

—¿Y qué pensaron sus padres de su futuro marido?

—Nunca les gustó. Mi padre tenía una relación coloquial con el chico, pues respetaba su seriedad en el trabajo, su madurez y su carácter emprendedor, pero mi madre no lo podía ver. Tras mirarle a los ojos, supo ver más que el resto, supongo. Esas cosas sólo las sabe ver una madre.

—Estoy totalmente de acuerdo.

—Una noche, después del cine, Pére me pidió ir al parque a charlar. Yo, en principio me negué porque mi padre era muy estricto con el tema de la hora de regreso. Él insistió y yo, a pesar del miedo, accedí. Cuando uno es joven se cree por encima del miedo.

Se piensa que el mundo es suyo y que nada malo le puede pasar.
¡Que idiotez!

El inspector asintió con tibieza.

—Al llegar, nos sentamos en un banco y empezamos a charlar. Él estaba más tenso de lo habitual y le notaba algo distante. Aquella noche me confesó que, en cuanto pudiese, quería entrar en el ejército y hacerse un hombre de provecho. Yo, sin saber muy bien por qué, le dije que quería ser maestra porque de siempre me habían gustado mucho los niños. “Eso está muy bien” recuerdo que me contestó con una sonrisa. De repente, sacó un cigarrillo y me lo pasó. ¡Yo me sentí tan especial, tan adulta! —exclamó con tristeza— Tenía conmigo al chico más guapo del barrio y estaba allí con él, fumando en el parque y compartiendo sueños. De repente, él se me acercó y me besó. Al principio fue el típico beso que soñamos todas las chicas: tierno, cálido, pausado...

El inspector sacó el mechero y se puso a jugar con él entre las manos. Allí estaba prohibido fumar.

—Luego, empezó a manosearme. A mí, al principio, no me importó pero llegó un momento en que comenzó a hacerme daño. Yo me queje y entonces me pegó una bofetada —las lágrimas brotaban de nuevo, abundantes—. No fue fuerte. Sólo una bofetada. Cómo la que le da un padre a un niño.

—¿Y qué sucedió después?

—Me agarró del brazo y me llevó a una zona más oscura, detrás de unos setos. Allí, a pesar de mis llantos, me hizo suya. Una vez que terminó, se levantó y se marchó. Tardé cerca de veinte minutos en tranquilizarme y parar de llorar. Sin recordar muy bien cómo, conseguí llegar a casa. Aquello fue lo peor.

—¿A qué se refiere?

—Mis padres, en principio, no daban crédito. Mi padre se puso a gritar y mi madre lloraba. Mi padre trabajaba en un banco y sólo pensaba en su reputación. Yo, cada vez lloraba más. Al final mi

madre me hizo beber un vaso de leche caliente con brandy y me echó a dormir. Al día siguiente, cuando me levanté, pensé que todo había sido una pesadilla. Mi padre estaba sentado a la mesa, con un café humeante y su periódico. Cuando me vio entrar, tenía una sonrisa de oreja a oreja. Cuando le pregunté por qué sonreía, me dijo que ya lo había arreglado todo.

—¿Había llamado a la policía?

—Ojalá. Había hablado con el chico y él le dijo estaba muy apenado por lo ocurrido. Sabía que había mancillado mi nombre pero le dijo a mi padre que me quería. Dos semanas después, nos casábamos a escondidas en una parroquia del centro de la otra punta de la ciudad. Nadie vino a mi boda. Usamos de padrinos a dos mendigos.

El inspector tragó saliva. Hace cincuenta o sesenta años la vida podía llegar a ser todavía más miserable que en la actualidad. De esos polvos, estos lodos.

—Con ayuda de mis padres, alquilamos un pequeño piso cerca de casa. Nos mudamos allí y empecé a disfrutar del matrimonio. Peleas, violaciones, insultos... Fíjese que una vez me lanzó un plato con tanta violencia que, tras darme en la frente, me dejó inconsciente durante horas. Y para colmo de males, un mes después de la boda estaba embarazada.

—¿Y sus padres?

—Para mi padre todo eso era lo normal. Incluso le llegó a defender alegando que él chico trabajaba muy duro para ganar dinero. Y que, si me pegaba, algo malo habría hecho. Nunca se lo llegué a perdonar —siguió confesando la anciana—. Mi madre, en cambio, hacía lo que podía. Me enseñó a guisar, a coser... incluso me dio consejos para el tema marital. La pobre supongo que intentaba convertirme en una ama de casa ejemplar para evitarme las peleas. Después del accidente, la eché mucho de menos.

—¿Qué accidente?

—Yo estaba embarazada de unos 8 meses. Unos primos segundos por parte de mi madre se casaban en San Francisc y nos invitaron a la boda —comenzó a explicar—. Ahora, ir hasta allí no supone más de 20 minutos en coche pero, en aquella época, era una odisea. Para la ocasión, mi padre le pidió prestado a su jefe un coche, propiedad del banco. ¡Le gusto siempre tanto aparentar y lucirse!

El inspector seguía escuchando con atención a la anciana mientras apretaba los mangos del sillón con las manos.

—Al parecer en el convite mi padre bebió demasiado. Todos los invitados les rogaron que se quedara pero él, orgulloso como nadie, se negó. En aquella época no había cinturones ni tantos controles. De regreso a casa, mi padre perdió el control en una curva y tuvieron un accidente. Murieron en el acto. El orgullo siempre ha sido más un defecto que una virtud, inspector.

—Eso es muy cierto —contestó el inspector incómodo por sus propios recuerdos.

—A partir de entonces, empezó lo realmente duro. Para compensar las pérdidas por el coche, el banco se quedó, para empezar, con los exiguos ahorros de mis padres y con su casa. No teníamos suficiente dinero para pagar el resto de la deuda así que el banco, generosamente, nos hizo el favor de concedernos un préstamo para pagar lo que quedaba. Mi marido tuvo que empezar a echar horas extras para terminar de pagar aquel desastre y se vio obligado a aparcar el sueño de alistarse en el ejército. La paga de un soldado era tan pequeña que no hubiéramos podido ni vivir. Nunca me lo perdonó. Cuando se enfadaba siempre me decía que conocerme había sido su mayor error.

La auxiliar de enfermería que le había acompañado a la habitación, irrumpió de repente. Su lenguaje corporal indicaba preocupación.

—Disculpe, Margalida. ¿Está todo bien? ¿Necesita algo?
—preguntó la joven.

—No, cariño. Está todo perfecto. El inspector está siendo generoso conmigo y se porta como un auténtico caballero. Vete tranquila a descansar.

—Vale. Si necesitas algo, llama al timbre. Hasta luego —dijo la joven al tiempo que se daba la vuelta y se marchaba.

Al parecer todavía quedaba gente buena en el mundo. Gente que se preocupaba porque una anciana estuviese bien de noche. Un rayo de luz en mitad de la tormenta.

—Continúe, por favor —invitó el inspector.

—Nació mi hijo y desde entonces, mi vida fue un infierno. Llegaba casi todos los días borracho y la situación se fue haciendo insostenible. Me echaba la culpa de todos sus males, de haberle arruinado la vida... ¡Me llegó a decir que conmigo se sentía cómo en una cárcel! —exclamó la anciana— Mi hijo fue creciendo y entonces comenzaron los verdaderos problemas. El odio a su padre aumentaba a medida que lo hacían sus años y el padre, al ver cómo el niño me defendía, la tomó con él. Una tarde, después de comer, le puse un café que según él estaba demasiado frío. Yo sabía que estaba perfecto y que simplemente estaba buscando una excusa porque le apetecía pegarme. Después de darme una soberana paliza, se fue a por él —explicó Margalida mientras una gruesa lágrima rodaba por su mejilla—. Le divertía ver mi cara de pánico al ver cómo le pegaba. Aquel día, mi pequeño acabó en el hospital.

El inspector seguía agarrando con tal fuerza el mango del butacón que estaba a un paso de arrancarlo de cuajo.

—Fueron seis días ingresado y lo cierto es que, desde aquel día, mi pequeño no volvió a ser el mismo. En cuanto tuvo edad suficiente, se empezó a tirar a la calle y estar todo el día por ahí, perdido. Yo, a pesar de la preocupación, prefería que no estuviese en casa. Allí al menos podía defenderse. Mi hijo, inspector, no fue lo que fue por casualidad. No tuvo más remedio que serlo.

Estaba amaneciendo. El tiempo se acababa y Diego se removía inquieto en el asiento.

—Sé que tiene prisa, inspector, pero necesito contarle todo esto. Necesito que entienda por qué todos los hombres de mi familia fueron y son unos monstruos.

—Lo sé, Margalida.

—Los años pasaron y mi hijo prácticamente no vivía en casa. Mi marido dejó, poco a poco, de pegarme palizas. De vez en cuando me soltaba algún bofetón pero nada serio comparado con lo ya vivido. Él echaba su vida a medio camino entre la carnicería y los bares. Y yo, todo el día en casa. Si le soy sincera, llegué incluso a ser casi feliz —afirmó mientras perdía la mirada en la ventana—. Mi hijo, en cambio, vivía a rachas. Yo sabía que no andaba metido en cosas buenas pero, al menos, lo veía más o menos contento. La relación con su padre era inexistente y casi no se veían. Quince, veinte, veinticinco... los años pasaron y lo que en otras casas hubiese sido un drama en la nuestra se tornó costumbre. Con poco más de treinta años, mi hijo se presentó un día con una chica en casa. Ya tenía asumido que nunca iba a sentar la cabeza y, aunque la relación no me gustó, no le dije nada. La chica tenía los brazos llenos de pinchazos, estaba delgada como un gato callejero y le faltaban varios dientes. Aun así, mi hijo estaba lleno de felicidad. A las pocas semanas llegó a casa y sin previo aviso nos gritó: “¡Vais a ser abuelos!”.

—¿Cómo reaccionó su marido?

—Casi lo mata. Empezó a pegarle y, a empujones, los echó de casa a ambos. Ninguna noche he llorado más que aquel día.

La mujer hizo un ademán de coger una lejana botella de agua. Diego se levantó de un salto, le llenó el vaso, esperó a que bebiese y lo volvió a colocar todo en su sitio. Luego se sentó de nuevo.

—Gracias. Jamás en mi vida he podido hablar tanto de una vez —aclaró mientras se reincorporaba en la cama—. Pasaron los

meses y la chica engordó. Iban de aquí para allá, durmiendo en casas de amigos a veces y otras debajo de un puente o en un parque. Siempre me pregunté cómo lo consiguieron pero lo cierto es que llegó el momento del parto y todo parecía irles bien. Pero entonces, la mala suerte con la que el destino ha marcado siempre mis pasos se presentó de nuevo ante mí.

—Ella murió en el parto.

—Así es. Por culpa de su mal estado de salud, cogió una grave infección de la que no se recuperó. Mi hijo se presentó en casa, con el bebé en brazos y llorando. Ni siquiera podía pagar el entierro de la joven. A regañadientes, mi marido aceptó la nueva obligación que se nos venía encima. Para mí, a pesar de la muerte de su madre, fue un momento de felicidad. Una nueva oportunidad.

Diego tiró sin querer el mechero al suelo. ¡Cómo necesitaba un cigarro!

—Aquello nos rejuveneció. Yo volvía a sonreír con la inocencia de una nueva vida e incluso mi marido cambió un poco. Fueron años felices salvo por mi hijo. Estaba obsesionado con conseguir el dinero suficiente para que nos escapáramos los tres y dejásemos sólo a mi padre. Mi hijo y mi marido no se podían ni ver. Además, mi hijo lo evitaba. Un día, el pequeño cogió una rabieta. Mi marido, que nunca le había puesto la mano encima, le soltó una bofetada. Cuando mi hijo regresó y el pequeño se lo contó, montó en cólera. Le tuve que rogar que se fuese porque de no hacerlo lo hubiese matado. A partir de aquel instante, la débil relación entre ambos se terminó de romper.

—Cómo me hubiese gustado echarle el guante a su difunto marido, Margalida —soltó el inspector ante la leve sonrisa de la mujer.

—No sé muy bien cómo pero lo cierto es que mi hijo consiguió reformarse. Empezó a trabajar, ganó algo de dinero y compró una casa en la sierra. Por aquel entonces, se pagaban cuatro duros por aquellas fincas. En las fiestas escolares, verano y los fines de

semana se llevaba allí al niño. Siempre que regresaban, el niño se veía radiante. Creo que allí ambos fueron realmente felices. Y entonces volvió a suceder algo horrible. Mi hijo se enamoró.

—¿De la actriz?

—Sí. Con el dinero que había conseguido ahorrar montó un pequeño bar de copas con otro amigo suyo. Estaba a pie de escollera, en pleno paseo marítimo y siempre estaba lleno. Lo sé porque incluso yo misma llegué a ir allí en un par de ocasiones. Durante un tiempo, empezó a manejar dinero de forma notable y entonces fue cuando la conoció. Él pensaba que era una joven perdida pero lo cierto es que sabía latín. Supongo que la llevó a la casa que había comprado en la sierra y la impresionó. Y mi hijo entonces cometió el error de empezar a descuidar la atención de su hijo. Él intentó que se conocieran y se llevaran bien pero a esa furcia le estorbaba Javier. Así que primero fue un fin de semana, luego, las navidades esquiando en la península, el verano a bordo de un barco por toda la isla... El niño estaba cada vez más sólo mientras su padre se pegaba la gran vida. Cada vez más metido dentro de sí mismo. ¡Le avisé tantas veces...!

La historia se veía venir de lejos. Era tan antigua como el mundo.

—Ella se quedó embarazada. Le convenció para que se casaran por lo civil, de prisa, sin avisar a nadie. En cuanto lo tuvo donde quería, le dio la puntilla. Unos meses después y estando a punto de dar a luz, le convenció para que le traspasase todos sus bienes. Mi hijo, ciego de amor, le entregó hasta el alma. Su parte del negocio, el dinero que tenía, las joyas que le había comprado... lo dejó en la ruina. Y antes de dar a luz, pidió el divorcio.

Los remordimientos del inspector acerca de la muerte de la actriz descendieron de manera notable. Al parecer no era tan santa después de todo.

—A partir de eso, mi hijo cayó en una depresión. Le hizo renunciar a la custodia de la niña y él se volvió loco. Por pena, mi marido le dejó volver a casa pero ya era tarde. Estaba obsesionado con

hacerse rico para eclipsarla. Y entonces, llegó aquel atraco fallido. Mi niño entró en la cárcel para no salir jamás de allí.

—Tuvo que ser duro.

—Horrible. Mi hijo era un buen chico, ¿sabe? —confesó la anciana— Un poco alocado, cierto, pero no era mala persona. Y la cárcel es un lugar muy duro. Demasiado duro para mi pequeño. No sabe usted lo que es perder a un hijo, inspector.

—Por desgracia, sí que lo sé —espetó molesto—. Además, tengo que recordarle que en el atraco murió un guardia de seguridad. Un hombre de 28 años, casado y con dos hijos.

La mujer se quedó escudriñando los ojos del policía durante unos instantes.

—No crea que intento excusar a mi hijo, inspector. Se lo que hizo y sé que se merecía estar donde estaba. Pero, a pesar de ello, era un buen hombre. No tenía malos sentimientos. Todo lo que hizo fue desde el amor a su hijo y a mí. Se equivocó en todas las elecciones de su vida pero eso no lo hacía mala persona.

—¿Cómo encajó todo aquello el pequeño Javier?

—Mal. Siempre la culpó a ella de haberle separado de su padre. Además, mi marido aprovechó la ocasión. En todo el proceso estuvo en un segundo plano, susurrando al oído del niño las frases adecuadas. El chico tenía una necesidad de una figura paterna. Él fue muy hábil y se lo llevó a su terreno. Se comportó con mi nieto con una dulzura que a mí se me antojaba casi repulsiva. Se lo fue ganando y le fue enfermando la mente con sus ideas sobre las mujeres, la vida y cómo se debían tratar a los demás. Todo lo bueno que había de mi hijo en mi nieto, fue destruido por el monstruo que era mi marido. De hecho, llegó hasta a poner al niño en mi contra. Luego le inculcó su afán por lo militar, por lo violento... como un alfarero, lo modeló a su imagen y semejanza. Ese fue el momento en el que perdí para siempre a mi nieto.

Las piezas se ensamblaban a toda velocidad en la cabeza del inspector.

—¿Llegó usted alguna vez a conocer a su nieta?

—No. Su madre nunca quiso saber nada de nosotros. Yo, a los dos años de morir mi hijo, me presenté una tarde en su casa. Hasta ese momento no supe a qué se dedicaba. Me recibió en batín, media desnuda. Cuando entré en el salón, vi gente en pelotas, corriendo por allí, cámaras de televisión, focos... ¡casi me muero del susto! —exclamó la anciana— Ella, en cambio, pareció divertirse con todo aquello. Cuando le pregunté por mi nieta, me dijo que la había entregado en adopción. Empecé a llorar y, sin darle más explicaciones, abandoné aquel piso. Nunca más la volví a ver.

De repente, el inspector se levantó de golpe, asustando a la anciana.

—¿Recuerda usted dónde estaba esa finca donde su hijo pasaba las fiestas con su nieto? ¿Se la quedó también la actriz?

—No lo sé, inspector. A mí nunca me llevó allí. Aunque no me extrañaría que también se la hubiese quedado.

Sin darse cuenta, empezó a caminar por la estancia. Cogió el móvil y envió un mensaje de texto. Era una opción más que posible.

—Señora, tengo que marcharme. Me ha sido usted de gran ayuda —afirmó el inspector—. Muchas gracias.

—Espere un momento, inspector —espetó la mujer—. Yo le he ayudado. Ahora necesito algo de usted.

El inspector se detuvo en el umbral y se giró.

—Necesito saber exactamente que ha hecho mi nieto, inspector. Quiero saber la verdad por su boca, antes de leerlo en los periódicos.

—Su nieto ha matado a varias personas, entre ellas a María Berdún, la actriz porno que le hundió la vida a su hijo. Además, ha

encontrado y secuestrado a su nieta, la hermanastra de Javier.

—¿A mi nieta?

—Sí. Fue adoptada de manera ilegal por un rico matrimonio de empresarios. Su padrastro es otra de las víctimas. Ahora está en su poder y dado el nivel de agresividad que ha mostrado, su vida corre serio peligro. Estoy intentando encontrarla sana y salva.

La mujer lloraba con serenidad. No eran nervios. Era tristeza.

—Y también me ha amenazado a mí.

—¿A usted?

—Sí. Yo fui el agente que arrestó a su hijo después del atraco y que le metió en la cárcel. Supongo que me odia por ello.

—No piense eso, Inspector. Pero sí le tengo que pedir algo poco común y más, viniendo de una abuela.

—Usted dirá.

—Cuando lo encuentre, ante la más mínima duda, mátelo. Ese niño ya no es mi nieto, es una bestia. Hágalo o le matará él a usted.

El inspector asintió con gravedad y salió de la habitación a la carrera, en dirección al control de enfermería.

Allí se encontró a Daniel, coqueteando con la joven enfermera.

—¿Qué tal ha ido? —le soltó el forense.

—Bien —respondió—. ¿Has encontrado algo?

—No. Las cámaras no recogen todo el aparcamiento. Se le pierde de vista y luego sale montado en un coche negro y al estar tan mal iluminado, no se ve bien la matrícula. He llamado a la central. Viene para aquí un equipo de informáticos.

—La tiene en una finca. Y ha de estar por aquí, a no mucha distancia.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Daniel.

—La mujer me ha contado... —empezó a decir el inspector hasta que se escuchó su móvil. Un mensaje.

Diego lo abrió y lo leyó. Luego, sin decir nada, se empezó a dirigir a la puerta a la carrera.

—¡La tenemos! —gritó— ¡Vamos, Daniel!

Los dos hombres salieron del edificio a toda prisa. Un instante después, el coche volaba por aquellas estrechas carreteras de montaña. Empezaba a despuntar algún rayo de sol en aquel horizonte sombrío.

—¡Busca la puñetera aplicación esa! —exclamó Diego— ¡La de los mapas!

—¿Google maps?

—¡Esa! ¡Me jodería no llegar a tiempo por perderme en la carretera!

El coche, a tumba abierta, se perdió entre un mar de frondosos pinos. Estaba amaneciendo y el lobo por fin había olido a su presa.

Estaba desayunando con parsimonia. El día seguía amaneciendo totalmente cerrado. De hecho, amenazaba tormenta. Removía con cuidado el café, deleitándose con cada sorbo. Hoy era el día en que comenzaría su nueva vida. La chica, por contra, no parecía estar tan contenta.

—¿Se puede saber qué te pasa? A lo mejor necesitas... —susurró Javier mientras le metía mano por debajo de la camiseta.

Cristina se lo quitó de encima como pudo. Él tensó sus facciones y se levantó airado. Desde el secuestro, había fingido llevar mejor la situación, sobre todo para evitar hacer enfadar a su hermanastro. Había comprobado lo violento que podía llegar a ser y lo último que quería era que se enfadase con ella. Tenía que ganar tiempo. Su vida le iba en ello.

—Lo siento. Es que me duele todo. Ayer fue un día complicado.

—Supongo que sí —afirmó Javier—. De todas formas, todo esto va a muy acabar pronto.

La chica se estremeció en su sillón.

—Voy a salir fuera a comprobar que todo está en orden. No me fío en absoluto de ese puto madero. ¡Y recoge esto un poco, joder! No somos cerdos...

Salió de la casa dando un portazo sin percatarse que, por debajo de la mesa, Cristina se estaba amarrando los cordones de sus deportivas.

Fuera, el aire era cada vez más húmedo. En la parte delantera de la casa, Javier estaba intranquilo. Tenía ganas de estar ya rumbo a Panamá, con la cuenta del banco repleta de dinero para varias vidas. Todavía tenía que salir de la isla pero eso no le preocupaba en absoluto. Tenía contactos y había decenas de embarcaciones que navegaban de aquí para allá por todo el Mediterráneo. Luego llegaría a Lyon y después sacaría un billete con destino a Centroamérica. Buen clima, mujeres y ciudades donde el dinero lo compra absolutamente todo. El paraíso. De repente, un estruendo le sacó de su ensimismamiento. Se acercó al borde del camino y miró en dirección a la entrada de la finca. Sus ojos se abrieron de par en par. ¡Era imposible! Después del golpe, sólo se escuchaba el canto de algunos pájaros, volviendo a sus nidos. Una gota cayó de repente sobre su frente. Y luego otra.

Con cuidado, Cristina se había metido en el baño y abierto la ventana que daba a la parte trasera de la casa. Intentando no hacer ruido, se deslizó como pudo hasta el suelo. Una vez en tierra, empezó a correr en dirección al bosque. Empezaba a llover y con desesperación la joven intentaba poner su frágil cuerpo a cubierto entre la maleza. El corazón parecía estar a punto de salir de su esbelto pecho.

Mientras, como una exhalación, Javier entró a la casa. Tras buscar a la chica por todos lados, vio cerrado el baño. Empezó a gritar su nombre con desesperación y, al no recibir respuesta, tiró abajo la puerta de dos patadas. La pequeña ventana abierta le sonrió, burlona. La ira de su interior se acumulaba cómo lo haría la lava de un volcán a punto de entrar en erupción. Tenía que haberla matado antes. Gritando su nombre, salió de la casa y se perdió entre la maleza, en dirección a la profundidad del bosque.

—¡Se te va la olla, joder! —gritaba Daniel mientras se peleaba con el airbag— ¡Menuda hostia nos hemos pegado!

—¿Estás bien? —preguntó Diego.

—Sí, sí... ¿A quién coño se le ocurre empotrar el coche contra una puerta de ese calibre? ¡Nos podías haber matado, joder!

—En la televisión parece una buena idea —farfulló—. Anda, salgamos del coche.

Al llegar a la entrada, el inspector había lanzado el coche contra la entrada principal. Sólo había conseguido derribar una de las hojas, aunque lo suficiente como para que pasasen al otro lado. Mareados y con el cuerpo magullados, los dos hombres se encontraban razonablemente bien. El Ford Focus de la vecina no podía decir lo mismo.

—Como esa bruja pretenda quedarse con mi coche... ¡te mato!

—Vale, está bien —contestó Diego—. No ha sido buena idea.

De repente, escucharon un grito desgarrador. Era una voz masculina que aullaba el nombre de la chica. Ponía los pelos de punta.

—¡Toma, Aquí tienes mi arma! —afirmó Diego al tiempo que pasaba su pistola a su amigo— Si ese pedazo de escoria intenta escapar, le pegas dos tiros. Llama a la caballería y dales nuestra posición. No subas hasta la casa.

—Espera, ¿vas a subir tú solo? ¿Y desarmado?

—Sí. Ese cabrón es mío.

—¡Deja que suba contigo!

—No te preocupes. Lo del arma es lo de menos. Voy a terminar con esto a mi manera —soltó el inspector con una picara sonrisa.

Sin saber muy bien qué decir, Daniel vio cómo su amigo se alejaba. Su intuición le decía que era la última vez que lo iba a ver con vida. Luego, temblando, marcó el teléfono de Barbadillo.

—¡Cristinaaaaaa! —gritaba Javier mientras corría entre los árboles— ¡Hija de perra! ¡Sal!

Agazapada detrás de un matorral, Cristina temblaba. Si la cazaba, la mataría sin contemplaciones. Su juego sexual la había mantenido con vida todos estos días pero ahora notaba la ira en su voz. No la podía coger. No después de todo lo que había pasado. Sus piernas casi no le respondían. Sin querer, estuvo a punto de hacerse encima sus necesidades. Sólo le quedaba agacharse y rezar. A su pesar de ser agnóstica declarada, comenzó a rezar una oración.

Mientras tanto, Javier seguía buscándola. Sabía que no andaba lejos. A pesar de la frondosa arboleda, la lluvia, cada vez más persistente, empezó a anegarlo todo con parsimonia. Los pequeños senderos que se intuían se empezaron a cubrir poco a poco de tierra enfangada. Iba a matarla. En cuanto le pusiese las manos encima, pensaba agarrarla del cuello hasta que dejase de respirar. La idea próxima de venganza le insufló nuevos ánimos. Volvió a gritar su nombre.

Diego llegó a la casa exhausto. Un pequeño utilitario negro estaba aparcado en un rincón de la explanada. Tenía una pegatina de un

rent a car en la esquina trasera izquierda. Era el coche. Y esa era la casa. Con el corazón en un puño, entró con sigilo. Una a una registró las estancias con decepción. Ni rastro del secuestrador ni de la chica. De la sucia cocina pudo rescatar un pequeño pelador de patatas. Aunque había algún cuchillo, estaban en muy mal estado mientras que el mango de aquella pieza era muy firme. Tras ver como estaba la puerta del baño, salió corriendo hacia el exterior.

—La cosa mejora —susurró para sí.

Al llegar a la parte trasera de la casa, vio el ventanuco del baño abierto y entendió lo ocurrido. Empezó a seguir el rastro de follaje roto y pisadas en el barro con cautela. El asesino volvió a gritar. A pesar de lo que dictaba el sentido común, el inspector se sumergió sin pensar a la carrera en el bosque. Tenía que encontrarla o sería demasiado tarde.

Daniel estaba temblando de miedo. Sólo hacía un par de minutos que Diego se había marchado. Tres a lo sumo. Había dado aviso a la central y se había quedado allí, parado. Él no era un hombre de acción. La lluvia pronto empezó a caer y además, con persistencia. Dudaba entre seguir las órdenes o a su instinto.

—En fin. Supongo que de algo hay que morir —soltó en voz alta el forense mientras empezaba a correr cuesta arriba entre resoplidos con la pistola de su amigo entre unas manos temblorosas.

Cristina no sabía muy bien qué hacer. Muy despacio, se asomó desde uno de los laterales de la gran roca que le servían ahora de parapeto. Veía perfectamente a su hermanastro, a unos ciento cincuenta metros de su posición. Parecía estar agachado, husmeando su rastro. A pesar de la distancia, podía imaginarse su hedor. A unas pocas decenas de metros, surgía un sendero que la llevaba directo a la casa. Si llegaba a él sin ser vista, tenía

posibilidades. Justo cuando iba a echar a correr, una mano le agarró por detrás, tapándole la boca.

—¡Chissst! —susurró el inspector— Soy policía. He venido a rescatarte. Te soltaré la mano de la boca. No grites, de acuerdo. Ya estás a salvo.

Cristina se derrumbó entre los brazos del inspector. Tras unos segundos, el policía la zarandeo.

—¿Estás herida?

Cristina negó con la cabeza.

—¿Sabes llegar a la casa? ¿Puedes caminar?

—Creo que sí.

—Está bien. Después de que yo salga, cuenta diez. Luego, agachada, vete por ese sendero y llega a la casa. Si puedes continuar, sigue el camino y ve hasta la entrada de la finca. Allí espera otro agente. Se llama Daniel.

—¿Va a ir a por él usted sólo?

—Tu tranquila, haré lo que pueda. Ahora prepárate.

El inspector suspiró. El asesino estaba a unos cien metros y se acercaba cada vez más. Era más joven y había sido militar. Además, por lo que se podía apreciar, su estado de forma era bastante mejor que el de Diego. Siempre había tenido cierta tendencia a jugar las partidas con malas cartas.

—Y yo con un pelapatatas —soltó para sí mismo.

La joven lo miró con sorpresa. Sacó de sus bolsillos todo lo que le podía estorbar. Se desembarazó de su chaqueta y después de guardarse su pequeña arma de filo en un bolsillo, se levantó. Luego, con calma, salió al encuentro de su destino. Cómo le habría gustado fumarse un último cigarro.

Daniel llegó a la explanada. Tras echarle una ojeada al coche, se fijó en la entrada de la casa. Dio un par de avisos a navegantes y, tras persignarse, se metió dentro. Aliviado, salió un minuto después de nuevo al exterior. Allí no había nadie. De repente, unos matorrales cercanos empezaron a moverse.

—¡Alto o disparo! —gritó Daniel presa del pánico mientras apuntaba al bosque dando bandazos.

Y de repente, la chica salió a la explanada. Estaba tan exhausta que en cuanto llegó se derrumbó en los brazos del forense.

Abrió y cerró los ojos varias veces. No lo podía creer. Delante suya, a menos de veinte metros, estaba el inspector Diego Guerra. Y al parecer, desarmado.

—¡Inspector Diego Guerra! —gritó Javier— ¡Es un placer verle de nuevo!

—Todo ha terminado, Javier. Entrégate y termina con este circo. Ya ha muerto demasiada gente. ¿No crees?

El tipo se empezó a reír de manera compulsiva mientras ambos hombres se movían en círculos con lentitud, midiendo sus fuerzas. La lluvia era cada vez más intensa.

—¡Hoy se termina con la cuadratura del círculo, inspector! —gritó Javier— ¡Cuando usted muera, mi plan se habrá completado!

—¡No tiene que morir nadie más! —rogó el inspector— ¡Si no es por tu vida, al menos hazlo por tu abuela! No es más que una anciana y eres la única familia que le queda. No la hagas que vea enterrar también a su nieto.

—¿Familia? ¿Usted me habla de familia? El borracho que mató a su mujer y a su hijo en un accidente me habla a mí de familia, ¿no le da vergüenza? —contestó divertido.

—¡Ellos no tienen nada que ver en esto, Javier! ¡No los metas!

—¡Pobre idiota! Sigue pensando que yo hago esto sólo por vengarme de él, ¿no es así?

El inspector se quedó de pie en silencio. Sus músculos se tensaron.

—Le voy a decir algo que quizás usted no sabe... ¡Yo ya he conseguido vengarme de usted, señor inspector! ¡Y fue hace mucho tiempo!

—¿A qué te demonios te refieres?

—Digamos que en el accidente donde murió su familia, la culpa no fue del todo suya.

Una descarga helada le paso al inspector de los pies a la cabeza. Y nada tenía que ver el intenso aguacero que les estaba cayendo encima en esos instantes.

—No, no... aquello... fue un accidente... yo bebí... perdí el control... la carretera mojada.... no puede ser...

—Sí puede ser, inspector. Mi padre había muerto tan solo unos meses antes y había acabado en la cárcel por su culpa. Es cierto que era un ser débil y con poca fuerza de voluntad pero, al fin y al cabo, era mi padre. Desde que entró en prisión, le marqué como objetivo. Su arrogancia prácticamente me obligó a hacer algo al respecto.

—Pedazo de escoria.

—Nunca me han gustado demasiado los coches pero es cierto que alterar el sistema de frenado de un turismo tampoco es algo demasiado difícil —soltó Javier con parsimonia—. Con saber hacer las preguntas adecuadas, es fácil que algún charlatán tiznado de grasa te lo explique.

El inspector se empezó a sentir realmente mal. Tenía ganas de vomitar. Tantos años de tormenta, a la deriva, para nada.

—Robé un dispositivo de localización IPRS del cuartel —prosiguió Javier—. Los precursores de los GPS de hoy en día. Lo coloqué en el guardabarros trasero de tu coche y le seguí en un taxi hasta aquel restaurante de playa. Cuando te vi allí, tan feliz con tu mujer y tu hijo, llegué a pensar en dejarlo para otro día. Luego recapacité. Tu familia no habría sobrevivido sin ti así que decidí que debías morir con ellos. ¡Te intentaba hacer un favor!

—Escoria —susurró el inspector mientras notaba cómo el odio se acumulaba en su interior.

—Me deslicé debajo e hice lo que tenía que hacer... ¡fue tan sencillo! —exclamó Javier con una sonrisa torcida— Luego vino el accidente y... ¡sobreviviste! No me lo podía creer. Lo de tu familia solo iba a ser un daño colateral. Pasó el tiempo y empecé a seguirte. Quería culminar mi obra.

—En los informes del juzgado nunca dijeron nada de un fallo mecánico.

—Cierto. ¿Acaso no recuerdas que, durante el juicio, hubo un leve retraso?

El inspector asintió con levedad. El perito que llevaba su caso había muerto en extrañas circunstancias y eso originó un retraso considerable.

—Digamos que aquel idiota tampoco murió por culpa de un accidente.

—¡Lo mataste para alterar los informes!

—Daños colaterales. Toda acción bélica los tiene, ¿no es cierto?

—¡Aquel hombre era inocente!

—¡Y yo también! —gritó— A mí nunca me preguntó nadie cómo estaba, ni si tenía culpa de algo. Nadie me preguntó si era feliz o si estaba sufriendo. El mundo jamás cuidó de mí. El único que si lo hizo fue mi abuelo. Era un gran hombre.

—Tu abuelo era escoria y tú, un malnacido como él.

Javier se tensaba como la cuerda de un arco.

—¿Por qué no me mataste antes? Seguro que tuviste ocasión...

—Eso es cierto. En multitud de ocasiones pude haberte eliminado. El problema es que empecé a verte sentado de barra en barra, noche a noche, botella a botella... que comencé a disfrutar mucho viéndote sufrir y morir un poco cada día. A veces, incluso llegué a sentarme a tu lado para invitarte a un trago.

—Te voy a matar, Javier. Tu camino acaba hoy aquí.

—Entonces, ¿ya no me quiere detener? Ya sabe, la justicia y toda esa mierda.

—No creo que merezca la pena ni intentarlo. No tienes solución.

—No se enfade inspector pero una cosa es intentar y otra conseguir. Además, yo tengo este magnífico cuchillo —afirmó Javier mientras sacaba un cuchillo de caza de grandes dimensiones de la parte trasera de su espalda— Y usted, sólo años. No pinta bien para su pellejo.

—Preocúpate más del tuyo, hijo de puta. Ven aquí y veremos quién baila mejor bajo la lluvia.

Con la sonrisa en la boca, aquella especie de animal se lanzó a por el inspector. Intentó dar un par de cuchilladas con rapidez pero sólo encontró aire.

—Al parecer no está tan viejo como aparenta, inspector.

—¿Son esas tus últimas palabras?

Con un rápido movimiento, el asesino consiguió dar alcance al hombro izquierdo del policía. La sangre empezó a resbalar brazo abajo. El corte no era enorme pero sí profundo.

—¡Premio! —gritó el asesino eufórico— Te voy a matar poco a poco, inspector Diego Guerra. Te iré cortando pedazo a pedazo. Sin

prisas.

Aunque muy nerviosa, asustada y sucia, la vida de la chica no corría peligro. En cuanto llegó el primer coche patrulla, Daniel les ordenó quedarse con ella. Luego se metió, pistola en mano, corriendo por el bosque. La chica le había indicado donde había dejado a los dos hombres.

—¡Diego! ¡Diego! —gritó Daniel con desesperación mientras se lanzaba a la carrera.

Aprovechando un momento de forcejeo, se lanzó contra el asesino. Ambos hombres estaban midiendo sus fuerzas brazo con brazo. Como si de una pelea de osos se tratase, el inspector pudo sentir de cerca su aliento. El hedor era insoportable.

—¡No tienes fuerza suficiente aquí, inspector! —chilló Javier— ¡No eres más que un viejo león! ¡Tu tiempo se agota!

El inspector aprovechó el exceso de confianza para dar un cabezazo en la nariz del asesino, que empezó a sangrar con intensidad. La mueca de su sonrisa estaba a mitad de camino entre la comicidad y la locura.

—¡Buen golpe, inspector! ¡Aunque insuficiente!

Con un súbito movimiento defensivo de algún tipo de arte marcial, Javier le golpeó en el hombro herido. El inspector cedió a la presión, momento que Javier aprovechó con rapidez para estampar su rodilla en el pecho del policía, que se retorció de dolor y claudicó de rodillas. A continuación el asesino aprovechó para golpearle con el mango del cuchillo en la cabeza. Diego cayó al suelo de espaldas, mareado. Estaba tirado en el barro y le faltaba el aire. Como pudo, se tumbó bocarriba. Después de todo, al parecer iba a morir allí.

—¿Unas últimas palabras, inspector?

—Vete al infierno, escoria.

Lanzaba bocanadas de aire con la desesperación de un pez que está fuera de su pecera. Con una sonrisa en el rostro, el tipo se lanzó con el cuchillo agarrado con las dos manos presto a rematar la faena. En el último momento, por instinto de supervivencia, el inspector consiguió agarrarle a tiempo las manos que sujetaban el cuchillo y detener la punta a escasos centímetros de su piel.

—¡Luchador hasta el final! ¡Así me gusta! —exclamó Javier— ¡Eso dará más honor a la victoria!

Era cuestión de segundos. Su oponente era más fuerte, más resistente y tenía la gravedad de su lado. Estaba claro el signo de aquel combate.

—Esto es de parte de mi mujer y de mi hijo —afirmó el inspector. Luego hizo un último esfuerzo para desviar lo máximo posible el cuchillo hacia su costado izquierdo, soltando después las manos y dejando que el filo del arma se abriese camino a través de su carne. A pesar del dolor instantáneo y con la mano derecha liberada, sacó el modesto mondador de patatas del bolsillo y con un ágil movimiento lo clavó en la garganta de Javier hasta la empuñadura. El joven, todavía con cara de sorpresa, empezó a escupir por la boca sangre a borbotones. Cayó de lado y, entre convulsiones, se murió sin saber tan siquiera que demonios había pasado.

Con la cabeza dándole vueltas, el inspector miró a su oponente. El rostro de Javier le miraba ya con inexpresivos ojos y sonrisa lánguida. Se había terminado. Tenía frío y un agudo dolor reclamó su atención con urgencia. Era el cuchillo que Javier, que sobresalía victorioso de su costado izquierdo. Salía mucha sangre de la herida y fue consciente de cómo se le escapaba la vida entre las manos. No había problema. Su misión estaba cubierta y no le quedaba mucho. A pesar de sus dudas con respecto a Dios, deseó con todas sus fuerzas estar equivocado y poder volver a ver a los suyos. Aunque sólo fuera un instante. Abrió sus brazos para poder respirar

mejor y cerró sus ojos, dejando que el sonido de la lluvia amortiguara su dolor. Por fin se iba a casa.

El cuerpo del asesino estaba a un par de metros del de Diego. Tenía el pelador de patatas atravesando su garganta y un gran charco de sangre mancillaba la tierra debajo de su cadáver. No reparó en él ni un segundo más. Su pecho se encogió al ver el cuerpo de su amigo. Un cuchillo de grandes dimensiones sobresalía de su costado izquierdo y sus ropas estaban llenas de sangre. Con miedo, Daniel le tomó el pulso del cuello. Era débil pero todavía estaba vivo. Al notar el contacto, el inspector entreabrió los ojos. Su piel estaba pálida como la cera.

—¡Eres un cabrón, lo sabías! —soltó Daniel.

—Eso me han dicho... —susurro Diego— Gracias por todo, Daniel. Por haber estado ahí siempre.

—¡Déjate de mierdas! ¡No te despidas de mí, joder! —gritaba entre lágrimas el forense— ¡Aguanta, cabrón!

Daniel, temblando, descolgó el teléfono y marcó.

—¡Localizad ya la puta posición del móvil, joder! ¡Necesito que venga esa ambulancia!

Entonces el inspector Diego Guerra cogió la mano de su amigo, la apretó con fuerza y exhaló su último aliento. Y el bosque se quedó en el más absoluto de los silencios.

No podía casi moverse. Una luz cegadora le impedía abrir los ojos y a sus oídos llegaba un murmullo, apenas audible. En su cabeza retumbaba el eco apagado de un ruido metálico. Aunque no tenía dolor, tenía la sensación de estar atrapado dentro de su cuerpo. Luego empezó a notar algo. Lentamente, sin prisas, su cuerpo empezaba a reaccionar. Poco a poco sus manos, sus brazos y sus piernas fueron recobrando la energía. El mero hecho de mover un

par de dedos le suponía un tremendo esfuerzo. Y entonces llegó el dolor. A medida que pasaban los minutos, su abdomen le ardía. Abrió los ojos y, tras acomodar la visión, vislumbró un mar de cables que salían o entraban en su cuerpo. Una figura estaba a los pies de su cama.

—Me duele.... — susurró.

—¿Diego? ¿Diego? —exclamó Daniel— ¡Oh Dios mío, menos mal! ¡Enfermera! ¡Enfermera!

Instantes después la habitación se llenó de gente. El inspector estaba mareado y tenía un dolor muy fuerte en el abdomen. Cuando bajó la mirada, vio que estaba cubierta por un aparatoso vendaje.

—Inspector, ¿tiene dolor? —preguntó una mujer de unos cincuenta años, vestida de uniforme. El inspector asintió— Bien, María, ponle seis miligramos más de morfina —ordenó la mujer a una joven que salió de la habitación—. Inspector, soy la doctora Ronces, su médico. Ahora mismo le pondremos algo para el dolor.

—¿Dónde estoy?

—En la UCI del hospital Son Arms, inspector. Tenía usted lesiones muy importantes y ha requerido una intervención quirúrgica urgente. Aunque su estado aún es muy grave, creo que le vamos a sacar adelante. No se preocupe. Ha hecho su trabajo y ahora nosotros haremos el nuestro. Intente descansar —dijo la médico al tiempo que se giraba de nuevo a la enfermera—. Pónselo, María.

El inspector notó con total nitidez como el líquido entraba por sus venas. Picaba. En unos segundos, el dolor se fue esfumando y le embargó un agradable sopor. Cerró los ojos y se durmió.

Estaba esperando el ascensor. Daniel, a su lado, iba cargado de bolsas de plásticos con el emblema del hospital. Habían pasado tres semanas desde el rescate de la joven. El caso, al parecer, había tenido una enorme repercusión mediática.

—No voy a hacer una declaración de prensa, querido Sancho —soltó Diego a Daniel—. Le dí mi palabra a una joven periodista.

—Sí, una tal Marian. No ha parado de preguntar por ti. ¿Sabés que la echaron del periódico por no contar lo del secuestro?

—¿No me digas? Más motivo para hablar sólo con ella.

—Tu caso ha tenido un impacto brutal. Los cuatro días que estuviste en la UCI, la entrada del hospital fue un hervidero de prensa y fotógrafos. Todos querían conocerte. Incluso a mí me han ofrecido entrevistas.

—Aún sigo sin entender qué interés tiene todo esto. El caso ya está resuelto. Es agua pasada.

—¿Bromeas? Varias personas del mundillo del porno muertas, un famoso empresario y una joven secuestrada a manos de su hermanastro. ¡Seguro que alguien está incluso escribiendo un libro!

Los dos hombres se montaron en el ascensor. Un celador estaba al fondo jugando con el móvil mientras llevaba una silla de ruedas cargada de cajas.

—El morbo en estado puro. ¡Qué asco de prensa!

—Tengo que decirte algo más.

Daniel tragó saliva.

—La prensa ha hablado de tu familia.

Un tenso silencio se hizo presente.

—En una de las ruedas de prensa, alguien le preguntó a Barbadillo por tu familia. Se despachó con ganas.

—¿En serio?

—Sí. Contó un poco de todo, salvo el tema de tu alcoholemia el día del accidente.

—Sus quince minutos de fama, supongo. Da igual.

Los dos hombres salieron del ascensor y se dirigieron al aparcamiento.

—No he entendido bien. ¿Has dicho que te da igual?

—Así es. He terminado con todo esto, Daniel. Estoy cansado.

El forense se paró delante de él y le miró a la cara.

—Tranquilo, Daniel —dijo Diego—. No voy a suicidarme. Me refiero a la policía. Voy a dejar el cuerpo.

—¿Por qué? ¡Ahora eres intocable! Podrías estar metiendo la pata durante años y nadie diría nada.

—Lo sé, pero estoy harto de burocracia, Barbadillos de pacotilla y montañas de papeles. Necesito un cambio. Pasar página. Además, di mi palabra.

—Entiendo —afirmó Daniel—. Me alegro por ti, amigo.

—Gracias. Aunque todavía no quiero que digas nada —le rogó—. Por cierto, me han dicho que no te has despegado de mi cama. ¿No te habrás cambiado de acera, verdad?

El forense lo miró con aparente enfado y luego se echó a reír.

—Tranquilo, me siguen gustando las mujeres y si es posible, con menos de 30 años. Piénsalo, un hospital, enfermeras, celadoras, auxiliares, médicos residentes... Tengo la agenda llena para meses.

—Eres un degenerado —afirmó Diego—. Por cierto, ¿te pagaban bien esos periodistas?

—No estaba mal. Sólo había un problema.

—¿Cuál?

—Es difícil poder contar algo interesante de ti. Eres un tipo muy aburrido.

Después de mirarse, ambos se echaron a reír otra vez mientras se montaban en el deportivo de Daniel.

—Tu coche está en mi garaje, por cierto. La científica acabó con él hace semanas. Querían asegurarse de que estuviese todo en orden.

—Perfecto. Así pronto dejaré de tener chófer. Tengo ganas de conducir.

—Todavía estas convaleciente. Ya has escuchado a la doctora.

—Ya lo sé —confirmó—. Anda, vamos a mi casa. Quiero ducharme y después tengo que llamar a esa joven periodista. Se lo ha ganado.

Un par de días después, sobre la una del mediodía, el inspector Diego Guerra hizo su entrada en la comisaría central. En el control de puertas, dos jóvenes agentes se levantaron como un resorte al verle y, de manera efusiva, fueron a saludarle. El inspector agradeció el gesto con cierta incomodidad.

Una vez en el ascensor, se giró a Daniel.

—Ves. Ahora estarán todo el día con lo mismo.

—Ver que los demás se alegran de verte ha de ser insoportable —respondió Daniel.

El ascensor se abrió de repente. Barbadillo se quedó tan sorprendido que casi permite que el ascensor se cierre.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—Quise pasar por el hospital pero ya sabes...

—No importa.

—Menudo lío, no es cierto...

—Sí. ¿Por cierto, vas a tu despacho?

Barbadillo se giró con cara de pocos amigos.

—No lo sabe, aún —aclaró Daniel—. No se lo he dicho.

—¿Decirme el qué?

Barbadillo observó al inspector. Pareció concederle el beneficio de la duda.

—Han abierto una investigación para ver si revocan mi ascenso.

El inspector se quedó en silencio. Decenas de mensajes hirientes surcaron su mente.

—Lo siento —acertó a decir.

Los tres se quedaron en un incómodo silencio y luego el ascensor se paró en la sexta planta.

—Homicidios. Nosotros bajamos aquí.

Un leve movimiento de cabeza sirvió como despedida. Hay veces que con determinadas personas no salen ni los formalismos.

Tras entrar en la sala y recibir otro baño de multitudes, el inspector consiguió al fin sentarse tranquilo ante su ordenador. Cogió un folio y empezó a garabatear un croquis del caso. Media hora más tarde, cuando hubo terminado, comenzó a revisarlo. Con un rotulador de grueso calibre, empezó a marcar con círculos varias cosas.

—Diego, por cierto —dijo García, un agente de baja estatura que tenía la mesa enfrente de la suya—, estos papeles se han ido acumulando sobre tu mesa. Creo que tienen relación sobre el caso. Los guardé mientras estabas... bueno, ya sabes. Se los enseñe a Barbadillo pero me dijo que los guardase yo.

—Gracias García —dijo el inspector que notó una tremenda punzada en el abdomen al estirar el brazo. Demasiado espacio libre había dejado su bazo.

Empezó a hojear las páginas hasta que de pronto se detuvo y empezó a revisar las últimas con detenimiento. Luego descolgó el teléfono y marcó.

—Residencia Tramuntana, dígame.

—Necesito hablar con la habitación 309, por favor. Es muy importante.

La gravedad de su semblante aumentaba por momentos. Su instinto, al parecer, parecía intacto.

Eran casi las cinco de la tarde y el crudo invierno empezaba ya a asomar sus fauces. En la mesa del restaurante, los cuatro comensales se miraban con sorpresa.

—Barbadillo, este es Oscar. Es mi cuñado y hermano de Paula. Es un pequeño genio de la informática que, además me ha hecho muchos favores “extraoficiales” —afirmó el inspector.

—Encantado —afirmó el hombre.

—Y creo que recuerdas a Daniel, mi amigo.

—Por supuesto.

Los dos hombres intercambiaron saludos de manera afectuosa.

—Supongo que os preguntareis qué hacéis todos aquí. Han sido unas semanas duras y la presión de la prensa, brutal —afirmó mientras hacía una pausa—. Me temo que el caso todavía no está cerrado.

—¿Cómo? —exclamó Barbadillo, resumiendo la sorpresa generalizada.

—Así es. Hemos detenido al peón pero no al cerebro de todo este asunto.

—Diego, ¿estás seguro de lo que estás diciendo? —preguntó Daniel.

—Por supuesto. No os habría reunido aquí de no estarlo —afirmó—. Quiero que observéis estas imágenes con atención. Fueron captadas por las cámaras de un banco cerca de la casa de

la actriz —dijo mientras les pasaba unas fotografías de gran aumento y tamaño.

Todos se fijaron y se mantuvieron en silencio.

—Se ve por poco, pero se ve.

—¡El asesino va en el asiento del copiloto! —exclamó Daniel— ¡Y conduce una mujer!

—Y estas son las cámaras de seguridad de la residencia la noche antes de que tú y yo nos presentásemos allí.

—¿Cómo habéis conseguido esta resolución? ¡Es increíble!

—Ha sido Oscar. Ya os he dicho que es un genio.

—Pero Diego, ¡es un civil! —exclamó Barbadillo— ¡Te puede caer un puro!

—Cállate, por favor. Haz caso, pórtate bien, colabora y lo mismo te llevas hasta una medalla. Puede que incluso recuperes tu puesto de comisario.

Barbadillo, herido en su orgullo, se calló.

—Tengo una teoría que he expuesto al jefe. Me ha dado luz verde y me ha conseguido una orden del juez. Tengo un plan.

Todos se acercaron y se dispusieron a escuchar al inspector con atención.

Dos días después, sobre las ocho de la tarde, el inspector Diego Guerra llegó a la sede de la productora porno "*Carne Ibérica*" S.A. Desde el coche, Daniel mando varios mensajes de texto. Varios pitidos resonaron al unísono en su teléfono móvil.

—Tenemos luz verde —afirmó el forense.

—Perfecto. Vamos.

Los dos policías se bajaron y pegaron al interfono. La voz de Amanda Watling sonó al otro lado.

—Somos nosotros, señorita Watling.

—Ah, pasen. Les abro.

Un zumbido abrió el portón. La mujer les estaba esperando en la puerta.

—Inspector, ¿qué es eso tan urgente que no podía esperar? —interrogó la mujer en cuanto se acercaron al umbral— He tenido que suspender dos escenas.

—Si no le importa, será mejor que pasemos dentro. Hace semanas que el frío no me sienta bien.

—Sí, por favor —dijo la mujer haciéndose a un lado—. Pasen. Por cierto, ¿cómo se encuentra?

—Vivo —afirmó irónico—. Bien, no se preocupe.

—¿Y usted es...?

—Daniel Ciges, forense de la policía y amigo del inspector.

—Encantada —dijo la mujer al tiempo que le extendía la mano.

Una vez dentro, la mujer les ofreció café. Mientras esperaban, Daniel se quedó maravillado observando el estudio interior y los decorados.

—Es increíble. ¡La magia del cine!

Amanda entró en la sala con una bandeja y tres tazas de humeante café. Tras repartir las tazas, dejó la bandeja encima de la mesa de piezas de atrezzo.

—¿Ya se ha recuperado, inspector? Cuando vi las noticias, llegué a temer por su vida. No sé si se lo han dicho pero fui al hospital a verle aunque, como es normal, no me dejaron entrar. No sé cómo agradecerle todo lo que ha hecho. Ha encontrado a Cristina y ha detenido al asesino de Roberto. Estoy en deuda con usted.

—No hay de qué, Amanda. Sólo he hecho mi trabajo.

—Supongo que no me podrá decir nada pero, ¿sabe ya qué empujó a ese hombre a cometer semejantes atrocidades?

—Por supuesto que sí.

Amanda se quedó en silencio, expectante.

—Uno de los motivos más antiguos que existen desde que el hombre es hombre: la venganza.

La mujer se estremeció.

—¿Venganza, inspector?

—Así es. Contra mí, pues según su mente enferma yo fui el responsable indirecto de la muerte de su padre. Venganza contra María Berdún, que le apartó de su lado y contra Cristina, la hermanastra que lo tuvo todo mientras que él no tenía nada. El resto de las víctimas probablemente sólo estuvieron mal ubicados espacial y temporalmente. Aunque he de reconocerle que es probable que jamás lleguemos a conocer toda la verdad.

—¡Qué triste! —exclamó Amanda— La vida es demasiado complicada, inspector.

—En eso estamos de acuerdo.

—No quiero parecer grosera pero, ¿qué era eso tan urgente que tenía que preguntarme? Ha conseguido preocuparme.

—Nada, simplemente que necesito unos datos más para el informe final de la investigación. Me están presionando para que lo entregué lo antes posible.

—¿Y la carabina? —preguntó la mujer mientras apuntaba a Daniel con la mirada.

—Tiene el problema de ser mi amigo. Yo todavía estoy convaleciente y aún no puedo conducir.

—Entiendo —respondió la mujer—. Pues usted dirá.

—Son cuestiones acerca del testamento de Roberto Trencillo. ¿En manos de quién ha quedado la productora ahora?

La mujer se removió como una serpiente en un terrario.

—Me la ha dejado a mí.

—¿A usted? —exclamó Diego— Vaya, vaya,... parece que después de todo la apreciaba más de lo que pensaba.

—Eso parece. Me ha nombrado única heredera de todos sus bienes. Este chalet, un piso de Madrid, un pequeño terreno de los padres de Roberto y la productora.

—¿Y a cuánto asciende eso?

—Unos diez millones de euros. Quizás algo más.

—¿Va a seguir funcionando la productora?

—Conmigo al frente no. Estoy terminando de rodar las escenas contratadas y luego empezaré a negociar con varias promotoras internacionales. Todo este asunto, por desgracia, le ha dado mucha publicidad. Y yo no sería capaz de seguir trabajando aquí ni un minuto más de lo necesario. No sin él.

—Al final parece que la vida ha sido justa con usted, ¿no es así, señorita Watling?

La mujer torció el gesto.

—No me gusta su tono, inspector.

El inspector sacó un cigarrillo. A pesar de las recientes prohibiciones médicas, lo encendió. Formaba parte de su ritual.

—Y a mí no me gusta que me mientan, Amanda.

La mujer palideció unos instantes, sin saber muy bien que decir.

—¿Cómo se atreve...?

El inspector sacó con tranquilidad una docena de fotos de un sobre marrón que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Luego las

extendió sobre la mesa, entre consoladores y bolas chinas.

—Ha salido muy favorecida, ¿no cree?

La mujer cogió las imágenes y las miró una por una. Luego, temblando, las soltó de nuevo en la mesa.

—Ésta no soy yo. Puede ser cualquiera.

—Ésta no sólo es usted, Amanda, sino que además juraría que si rebuscase en aquella caja de trastos del rincón encontraría todas las pelucas con las que usted se iba cambiando. Sé que no estamos bien considerados pero créame cuando le digo que no somos tan torpes, señorita Watling.

—Usted, usted... necesita una orden de un juzgado...

—Aquí la tiene —afirmó Diego mientras se sacaba un papel sellado del otro bolsillo de la chaqueta.

La mujer, temblando de manera compulsiva, leyó la carta.

—Daniel, allí está la cocina. Tráete una silla, por favor.

El forense obedeció y unos segundos después la mujer descansaba sobre ella entre temblores.

—El contrato de alquiler del coche negro que encontramos en la escena estaba expedido con un carnet de conducir falso, seguramente proporcionado por un conocido del asesino. No sé si lo sabe pero él no tenía carnet de conducir —afirmó el inspector con parsimonia, esperando que calase el sentido de sus palabras—. Él mismo me confesó antes de enfrentarse conmigo que no le gustaban los coches. No le gustaban.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—También me confesó que él fue responsable del accidente que hace años le costó la vida a mi mujer y a mi hijo. Nos siguió y, al parecer, alteró el sistema de frenos de mi vehículo. Y en ese momento fue donde, sin querer, se le escapó un detalle que ha resultado ser de capital importancia.

—¿Qué detalle? —preguntó Amanda.

—Me confesó que, aquella tarde en la que mi vida cambió, él me siguió en un taxi.

—No entiendo qué tiene eso de raro.

—De haber sabido conducir, un tipo tan meticuloso como él, nunca hubiese dejado un testigo así porque sí. Lo normal hubiese sido seguirme en su propio coche, ¿no cree?

La mujer tenía la mirada perdida en el vacío.

—Aquel detalle me incomodó. Ha de saber que soy una persona muy exigente y que considero mi trabajo como un rompecabezas. Hasta que no me encajan todas las piezas, no me detengo.

—No me importan lo más mínimo sus gustos, inspector.

—Tranquila, no tardaré demasiado. Como aquello no encajaba pedí una copia de su historial militar. No sé si lo sabe pero en el ejército un soldado puede sacarse, totalmente gratis, cualquier los carnet de conducir, de cualquier nivel. Desde el carnet de motocicleta hasta uno de camión. Es más, tenerlos les ayuda de manera importante a subir de graduación. Y Javier era un tipo ambicioso. ¿Por qué no lo había intentado, me pregunté?

Nadie respondió su pregunta.

—En el último reconocimiento médico antes de ser licenciado, le encontraron un edema papilar en el ojo derecho. Es una lesión que no impide hacer vida normal pero que incapacita para conducir cualquier tipo vehículo. Aquello fue un jarro de agua fría pero Javier, obstinado como pocos, pidió fecha para ser operado con el fin solucionar el problema. Entonces sobrevino una complicación. Por cierto, me tiene que decir la marca del café. Es excelente.

—Es de cápsula —cortó Amanda con sequedad.

—Todo parecía estar arreglado. Javier se operaría y, una vez recuperado, podría sacarse sus carnets e ir ascendiendo. El

problema es que alguien investigó la ficha de Javier y descubrió que había mentido sobre sus antecedentes. Fue expulsado del ejército y se olvidó para siempre de los vehículos. Y de conducirlos.

—Sigo sin saber a dónde quiere ir a parar.

—Tranquila, Amanda. Todo a su debido tiempo.

El inspector bebió con calma un sorbo de café.

—Días después también hablé con su abuela, que me confirmó por teléfono que su nieto no sabía conducir. El saber que él podía desplazarse de un crimen a otro tan rápido como nosotros o más me convenció de la necesidad de un cómplice. Un conductor que le llevase de escena en escena. Buscamos las imágenes y con ayuda de un experto en informática, nos encontramos cara a cara con tu rostro detrás del volante. El intento de cambiar el color de las pelucas no fue buena idea.

—¿Y eso por qué?

—Porqué tengo una memoria privilegiada, señorita Watling. La primera noche que estuve aquí, me fijé en el cajón desastre y su contenido. La asociación fue sencilla.

—Ningún juez se tragará eso, inspector. Esas imágenes no demuestran nada.

—Cierto. Esas imágenes por si solas, no son suficientes. Y eso que probablemente tienen su ADN. Es una prueba circunstancial, lo reconozco. Pero lo cierto es que aún no he terminado, Amanda. Daniel, por favor.

Daniel se acercó y encendió su móvil. Después de toquetear la pantalla, una grabación se puso en marcha y, pasados unos segundos, Amanda Watling empezó a sollozar de manera audible.

El inspector se sentó en la mesa de la cafetería con dificultad. Había días que la cicatriz le dolía horrores. El dueño, un viejo amigo

de Daniel, les había hecho el favor de cerrar la segunda planta sólo para ellos. Cristina Black estaba sentada enfrente.

—En primer lugar gracias por venir con tan poca antelación —comenzó a decir Diego— El dueño nos ha hecho el favor de dejarnos todo el segundo piso para nosotros. No quería molestias ni que un fotógrafo saliese de la nada para tener su exclusiva y sus quince minutos de fama.

—No hay de qué, inspector —contestó Cristina—. Por cierto, he leído la primera parte de su entrevista en el periódico. Me ha sorprendido lo cómodo que se ha encontrado. No parece ser usted de las personas a las que le gustan los periodistas.

—Y no me gustan pero a esa joven en particular le debía un favor. Y usted, de hecho, mantuvo silencio cuando se enteró de su secuestro para salvaguardar la investigación. Le costó el despido.

—No obstante, parece que ha encontrado trabajo pronto.

—Sí. Una entrevista mía se cotiza al alza ahora mismo. Es como si de repente perteneciese a la élite. Es posible que algún día le pida que le conceda una entrevista usted también. No estaría de más que lo hiciese. A mi entender, también se lo debe.

—Por usted haré lo que sea, inspector. Estaría muerta de no ser por su aparición.

—Tampoco es para tanto.

—Sí que lo es. Habría acabado enterrada en aquel bosque —afirmó con tristeza—. ¿Cómo se encuentra?

—Viejo —contestó Diego—. Aunque cada día que pasa me encuentro mejor. Mi médico dice que es normal. He dejado el alcohol y estoy intentando dejar el tabaco. Tiempo de reformas, supongo.

—Me alegro mucho, inspector.

—Llámeme Diego —afirmó el inspector—. Y muchas gracias por el interés. Por cierto, ¿usted, cómo se encuentra?

—Físicamente estoy bien pero la cabeza... eso es distinto. Con el tiempo supongo que mejoraré.

—Tuvo que ser complicado el asunto con su hermano.

—Así es. Fue un infierno.

—Hay que estar muy enfermo para hacer algo así. Y con tu propia hermana...

La joven suspiró.

—Estoy de acuerdo. Aunque he de reconocer que mi profesión me sirvió para aislarme mentalmente y relajarme. Aun así, fue muy duro. De hecho, creo que no podré volver a rodar porno. O al menos, no de momento.

—Bueno, creo que con la cantidad de dinero que le ha dejado su padrastro tampoco tendrá necesidad de ello.

La chica se quedó con la boca abierta.

—Perdone, señorita Black. Siempre he sido demasiado abrupto en mis comentarios. ¿A cuánto asciende la historia, si no le incomoda responder?

—Por supuesto que no me importa, inspector. Para usted, no tengo secretos —contestó la joven con una media sonrisa—. La herencia de mi padre, entre propiedades y dinero en efectivo se acerca a los veinte millones de euros.

El inspector silbó. Un camarero se acercó.

—¿Quiere algo?

—Una coca cola, gracias. Zero si tiene.

—Una coca cola zero para la señorita y un café doble con hielo. Gracias.

Una vez que el camarero se hubo marchado, el inspector empezó a hablar de nuevo.

—El motivo de haberla llamado es explicarle con detalle todas las conclusiones del caso, si le apetece a usted oírlas.

—Por supuesto.

—No parece usted muy entusiasmada.

—Si lo estoy, inspector. Lo único es que deseo pasar página cuanto antes y empezar de nuevo a vivir esta segunda oportunidad que Dios me ha dado.

—Entiendo. En ese caso, intentaré ser breve y conciso.

—Gracias.

—Su hermanastro era, como usted ya sabe, un desequilibrado mental. Su enfermiza sed de venganza contra todo y todos le llevo, en su enajenación, a cometer esa cadena de atroces asesinatos.

—Estoy de acuerdo con usted. Al menos en media docena de veces lo noté con ganas de matarme. Fui muy afortunada.

—En principio pensé que actuó sólo pero pronto las pruebas me llevaron por otras teorías. Ahí es donde aparece la figura de Amanda Watling.

—¿Amanda? —exclamó la joven— ¿Qué tiene que ver ella en esto?

—¿No lo sabe? —preguntó el inspector— Amanda Watling fue detenida esta mañana. Tenemos numerosas pruebas de que ella y Javier eran cómplices.

La chica dejó escapar un gesto de sorpresa y una exclamación.

—¿Por qué haría Amanda algo así?

—Hace muchos años, Roberto engañó a Amanda en un negocio.

—Sí, sé lo de la productora. Lo que hizo Roberto fue horrible. Amanda me lo contó.

—Amanda odiaba a Roberto. Debido a su particular tipo de negocio, Roberto recibía muchas amenazas de muerte. Un día, de casualidad, llegó una carta que no amenazaba al señor Trencillo sino a una de sus actrices más importantes.

—¿A mí?

El inspector asintió con la cabeza.

—Exacto. Amanda vio la oportunidad de acometer al fin su plan. Con la excusa de las cartas, montó varios equipos de vigilancia por toda la casa. Cuando Javier volvió de nuevo a meter otra carta en el buzón, la cámara de vigilancia de la puerta inmortalizó su rostro debajo de una gorra de béisbol. La imagen no era muy nítida pero supongo que con un buen programa de reconocimiento facial y unos cientos de euros que motiven a un buen especialista, se podría limitar bastante la búsqueda.

El camarero llegó con las bebidas. El inspector se mantuvo en silencio hasta que se marchó.

—Por otro lado, estaban sus huellas dactilares. Después de revisar una de las cartas con atención, pudimos encontrar algunas huellas. Con otra módica cantidad de dinero, conocer su identidad buscando en las bases de datos de la policía o la seguridad social tampoco debió de resultar complicado. Amanda ató cabos y le ofreció a Javier la oportunidad de vengarse. Ya tenía el brazo ejecutor para su plan.

—Entiendo.

—Una vez establecido contacto, el trato resultaría sencillo. Contigo y con Roberto fuera de circulación, Amanda sería rica y él obtendría su venganza. Jugada perfecta. Lo irónico es que todo fue financiado con cargos hechos a cuenta de la productora. El propio dinero del señor Trencillo le llevó a la tumba.

—¿Y tienen pruebas de todo eso?

—Sí, Cristina. No te preocupes, querida. Tenemos pruebas de sobra. Amanda pasará muchos años a la sombra y no hay nada que temer —afirmó—. De hecho, cuando venía para aquí, Barbadillo me ha dicho que Amanda se había derrumbado y quería colaborar con nosotros. Pretende quitarse años de condena.

La joven sonrió y suspiró aliviada.

El inspector se mantuvo en silencio unos instantes y, de repente, se levantó de la silla y empezó a aplaudir con lentitud. La joven se quedó callada sin saber muy bien que hacer.

—Tengo una pregunta que hacerte, Cristina —dijo Diego—. ¿Cómo se sabe cuándo una actriz porno es buena en su trabajo?

La joven se mantuvo en el silencio más absoluto.

—A una actriz de cine tradicional se la considera buena en su terreno cuando consigue simular de manera creíble cualquier tipo de sentimiento o rasgo de carácter. Pero en tu mundillo supongo que, para ser una de las mejores, habrá que saber fingir otras facetas.

—Así es, Diego.

—Desde ahora para ti, niñaata, soy el inspector Guerra —afirmó con rotundidad.

Aquel cambio de tono pilló a la joven con el compás cambiado.

—He de confesarte que no he visto ni una sola de tus películas pero estoy cada vez más convencido de que, como actriz dramática, tendrías un futuro esperanzador. Lástima que vayas a ir a la cárcel —afirmó el inspector—. Aunque es posible que allí haya grupos de teatro para aficionadas.

—¿A la cárcel? ¿Acaso se ha vuelto loco?

—No, querida. Todo lo que te he contado no son más patrañas. Una dulce madeja que tú, desde el principio, tenías preparada para poder dejar bien atados todos los cabos y, además, tener coartada.

—¡Esto es increíble! ¡Me voy ahora mismo!

—¡Siéntate! —gritó el inspector— ¡No te atrevas a volver a intentar jugar de nuevo conmigo!

Cristina, sorprendida por la reacción del inspector, se quedó con la boca abierta. Luego se sentó.

—Te voy a contar una historia. Te resultará interesante, te lo aseguro —afirmó el inspector.

—Soy toda oídos.

—Desde siempre, tu ambición ha sido la riqueza y el poder vengarte de tu padre. Siempre le culpaste de la muerte de tu madre. ¿No voy mal, cierto?

La joven se mantuvo callada.

—Él estaba todo el día trabajando y tú sentías que no os prestaba suficiente atención. Aunque no sé cómo, te enteraste que eras adoptada lo que te llevó a indagar sobre tu pasado. Se te ve una chica muy inteligente y con recursos. Probablemente no te fue difícil dar con María Berdún, tu madre biológica.

—Le sorprendería saber la cantidad de hombres que harían cualquier cosa por acostarse con una chica de 16 años —afirmó la joven con frialdad—. Registro civil, profesores, policías... los hombres son todos unos auténticos cerdos. Por eso triunfaba Roberto. Les daba lo que ellos querían y no se atrevían a pedir. Aprendí eso muy pronto.

—Conociste a tu madre y ella, que tampoco tuvo nunca muchos reparos en no hacer lo correcto, te metió en el mundillo del porno y te presentó a Roberto. Con el tiempo, al cumplir la mayoría de edad, lo usaste para ganar independencia económica.

—El día que me marché de casa me sentí liberada.

—Posteriormente, yo creo que a María se le ocurrió la idea de la extorsión a tu padre, ¿no es así?

—Se equivoca. Eso fue idea mía. Roberto, de hecho, no quería. Tuve que convencerle.

—Y entonces, de repente, Amanda te cuenta lo de las cartas que te amenazan. Decides indagar y cuando descubres la identidad del acosador, el plan se forma poco a poco en tu cabeza con claridad. Te presentas a tu hermano y le das lo que nunca tuvo: una familia que lo quiera. Amanda, Javier y tú os ponéis de acuerdo y lo organizáis todo. Si lo hacéis bien, todos salís ganando. Aunque lo que Javier no sospecha es que, en secreto, tú y Amanda habíais acordado usarlo como cabeza de turco.

—Siga, por favor. Esto es muy divertido.

—Por el perfil, encajaría. Violento, inestable, desprecio a la autoridad.... sólo habría que ir dejando un rastro de migas de pan y provocar que Javier se acabase enfrentando de un modo u otro a la policía. Su carácter inestable provocaría un enfrentamiento y, probablemente, daría con sus huesos en una tumba. Para asegurarte el plan jugaste, una vez más, la baza sexual. Acostarte con tu hermano para poder engañarlo... nunca pensé que alguien llegase a caer tan bajo.

—Me he acostado con hombres altos y bajos, rubios, morenos, gordos, jóvenes que apenas cumplen la mayoría de edad y viejos de 70, con dos, con tres, con cinco, con siete... al final sólo es carne contra carne, inspector.

—Entiendo. Amanda seguro que no sabía nada de los asesinatos. Yo creo que ella sólo estaba al corriente del asunto de Roberto. Ella pensaba que le daríais una paliza o algo así. Él se asustaría y se desharía de la productora y demás. De hecho, ya estaba hartó. Pero a ella, por supuesto, también la engañaste. La noche que le comuniqué lo sucedido, no fingió la sorpresa.

—Siempre le ha faltado carácter. Si Roberto me hubiese hecho a mí algo así, yo misma lo habría matado. Ha sido siempre una pusilánime.

—Montaste lo de Roberto y viste que tu hermano se había excedido. Una vez cometido un crimen, no había vuelta atrás. María también estaría al corriente del asunto así que, nada más marcharme, Amanda la llamó y le dijo que Roberto había muerto. Ella se asustó y vino a verme. A vosotros os entró el pánico y decidiste atar cabos. Entonces cometisteis otro error.

—Sí, ¿cuál?

—Las llaves de casa de tu madre. Sólo tú tenías acceso a ellas. Hiciste una copia y a buen seguro que Javier las usó para entrar. La cerradura no estaba forzada.

—Maravilloso. Siga, por favor.

—Soltaste la correa de tu hermano y le obligaste a matar en tu nombre. Un perro rabioso y muy capaz que fue eliminando fichas en defensa de su familia. La reina negra de un tablero de ajedrez.

—¿Porque la negra y no la blanca, inspector?

—Porqué tu corazón es negro, Cristina. Tan negro como tu sobrenombre en el porno.

—He de reconocer, inspector, que esta es una historia increíble. Continúe —dijo la joven al tiempo que succionaba refresco a través de la caña de manera lasciva—. Me está poniendo hasta cachonda.

—La muerte de tu padrastro te iba a dejar a cargo de una inmensa fortuna. La agente en el piso de María y el guarda de seguridad en casa de Artigues fueron testigos involuntarios. Personas con azar funesto.

—En cualquier conflicto hay siempre daños colaterales, inspector. Usted lo sabe bien.

El inspector sentía repulsión por aquella joven a la que había salvado la vida.

—Aprovechando los conocimientos de tu hermano en explosivos, montasteis la explosión en el piso. Un par de días más y nadie os

habría encontrado jamás. Seguro que te preguntarás cómo di con vosotros.

—Estoy impaciente, inspector.

—Gracias a la señal de la cámara que colocasteis en mi piso. Uno de mis contactos, tras cometer un par de delitos y romper media docena de normas internas de la policía, consiguió localizar la señal de vuestro aparato WIFI. Después de todo, los jóvenes no sois tan listos como os pensáis.

—Supongo que en eso tiene razón.

—Luego, últimas fases y llega la parte más delicada. Conseguir sacrificar al peón sin que la reina sufra daño y, lo más importante, sin que este se dé cuenta. ¿Cómo tenías pensado matarlo?

—Eso no lo sabremos nunca.

—Pero al final, en el momento oportuno, yo te soluciono el problema y aparezco en plan ángel salvador montado en su blanco corcel. Mato a tu hermano, te salvo y doy a la historia un final de película. Supongo que para ti hubiese sido mejor que yo muriese en ese bosque.

—Supone bien, inspector.

—Mis compañeros han seguido el rastro de los distintos pasaportes que tenía tu hermano en la finca. Así que después de todo, ¿Panamá, no es cierto? A vivir la vida con veinte millones de euros en el bolsillo en un país corrupto donde el dinero compra voluntades, identidades y un nuevo futuro.

—No he estado pero dicen que es un magnífico lugar para retirarse.

—Y pensar que me he jugado la vida por ti... eres el ser más ruin que he llegado a conocer nunca, Cristina. Y eso que he conocido verdaderas bestias.

La joven le sonrió en silencio.

—¿Qué te pareció mi historia?

—Como historia está bien, inspector. Aunque cómo caso, lo veo algo endeble —confesó la joven—. No tiene pruebas de absolutamente nada de lo que usted me ha dicho. De ser así, estaríamos hablando en la comisaría y no aquí. Debería intentar usted dedicarse a escribir novelas. Tendría futuro.

—Estamos muy cerca de comisaria. No te preocupes por eso. Antes de que te vayas, quiero que escuches algo. Ten paciencia, no soy muy bueno con los teléfonos de última generación.

El inspector sacó con torpeza el teléfono móvil de Daniel. Tras unos instantes de tocar pantallas, un audio se empezó a escuchar con absoluta nitidez. Dos mujeres conversaban.

—Cristina, ¿eres tú?

—Sí, soy yo. ¿Qué quieres?

—Me ha llamado la policía. Vienen para la productora. ¿Habrán descubierto algo de...?

—¡Cállate, Amanda! No hables nada por aquí. Pueden haber pinchado los teléfonos.

—Es verdad, lo siento. Es que todo este asunto... ¡estoy de los nervios! ¿No podrías venir? A ti se te da muy bien manejar estos circos...

—Ya te dije anoche que no. Cuando menos contacto tengamos durante un tiempo, mejor.

—Estoy asustada. Tengo miedo de que hayan descubierto algo relacionado con el dinero de Roberto y de...

—¡Cállate, joder! ¡Te he dicho que no por aquí! Y no menciones nada de nuestro asunto.

—Pues yo necesito hablar de esto con alguien. Anoche no pude dormir. Me desperté pensando que Javier me perseguía. Estoy a base de pastillas... no sé si voy a aguantar.

—Está bien. Seguro que sólo quieren confirmar datos y poco más. No saben nada de nada. Todo está atado.

—Joder, está bien. Pero esta noche cuando se vayan los policías, nos vemos un rato. Tengo que preguntarte algunas cosas. ¡Me va a dar un infarto!

—De acuerdo. Luego hablamos. Muéstrate afligida pero sin pasarse. Si se ponen pesados amenaza con llamar a tu abogado.

—Está bien. No se cómo me convenciste para meterme en esto. Adiós, Cris.

—Hasta luego.

El inspector levantó el teléfono. La sonrisa de Cristina se había evaporado.

—Sigue sin demostrar nada, inspector. Por no mencionar que, sin la orden de un juez, esas grabaciones no tienen validez.

—Es cierto. Aunque supongo que esta orden que tengo aquí firmada por el juez Castro elimina tus dudas sobre la legalidad.

El inspector le lanzó una carta arrugada con varios sellos oficiales. Su cara empezó a palidecer.

—Aunque no entras en detalles, se demuestra vuestra conexión e implicación en toda la trama. No es una conversación probatoria pero sí suficiente para investigar más a fondo. Hay indicios demasiado claros.

—Es posible —contestó la joven—. Avísame cuando tenga pruebas. Mientras tanto, me voy a marchar. Es posible, inspector, que en la próxima ocasión me presente además con mi abogado.

—¿Tu abogado? Eso está bien. Te va a hacer falta.

—¿De verdad piensa que tiene usted algo?

—Por supuesto. Quiero enseñarte algo más —afirmó mientras sacaba unos folios—. Estos documentos son una transcripción de una conversación que tuviste justo a continuación de terminar de hablar con Amanda. Compraste dos billetes para un avión que sale mañana por la mañana. Uno desde aquí a Madrid y otro desde Madrid a la Habana. Al escuchar los datos que proporcionabas a la telefonista, comprobamos que no se correspondían con los tuyos. Tu hermano te proporcionó un pasaporte falso, ¿no es cierto?

—No tengo que responder a nada más. De hecho, me voy a marchar.

—Hazlo si quieres. Al final de la escalera te están esperando dos agentes que te llevarán directa a comisaria. Esta tarde, mientras tú venías hacía aquí, mis compañeros han entrado en tu casa. Tienen los pasaportes, el dinero en efectivo y los billetes.

—Se acabó. Voy a llamar a mi abogado.

—Eso va a ser muy complicado, Cristina. Tu abogado también ha sido detenido —afirmó el inspector mientras hacía una pausa—. Tenemos pruebas que le implican en proceso de evasión fiscal de la fortuna de tu padre. El banco de las islas Caimán ha colaborado desde el primer momento. Deberías saber que hoy día, con la debida presión diplomática, incluso los bancos en paraísos fiscales colaboran con otros países como el nuestro. Y más cuando intercede la Interpol. Poner la cuenta a tu nombre y al de tu hermano es un dato que nos ayudó muchísimo.

La chica empezó a removerse en la silla.

—Yo no soy ningún genio informático pero tengo amigos en la central que hacen diabluras con un teclado.

—Todo ese tipo de pruebas y escuchas son ilegales.

—No sé si las autoriza un juez, Cristina. Y aquí tengo otra orden. Lo siento querida, pero todo esto es legal. Te tengo.

Sus uñas empezaron a verse afectadas con su incipiente nerviosismo.

—¿Sabes lo que me empezó a hacer dudar?

—No.

—Fue hace un par de semanas, releyendo los informes y notas del caso, cuando encontré algo que no encajaba.

—¿El qué exactamente?

—Muy sencillo. La huida del piso donde estalló la bomba tenía lagunas importantes.

—No entiendo a qué se refiere.

—No entendía el motivo por el que tu hermano había colgado una cuerda por la ventana, pudiendo haber salido tranquilamente por la puerta sin arriesgarse a caerse o llamar más la atención. Entonces, recordé un testimonio de una vecina del bloque. Una vieja a la que le chillaron que se metiera en casa.

—¿A, sí?

—Sí. La mujer se acordó de que unas horas antes de la explosión alguien salió del piso dando un portazo. Llevaba un chaquetón y tenía la cara tapada. El sujeto fue muy grosero con ella. Pero lo curioso es que la descripción física no encajaba con Javier sino más bien con una mujer.

—Sería Amanda.

—Ella es más alta. En cambio tú, tienes una altura similar a la descrita por la testigo —soltó el inspector—. Y luego está el asunto de la cuerda. Tengo mi propia teoría.

Un zumbido de una mosca surcó el aire desafiante.

—Después de montar la bomba, nadie más podía salir por la puerta principal. Con aquel enredo de cables, el que montase la trampa tenía que huir después por otro sitio. Creo que tú, vestida con el atuendo con el que te describió la anciana, saliste del piso por la puerta delantera, llevando las cosas imprescindibles en ese macuto, diste la vuelta al bloque y te metiste en el coche, que esperaba detrás con Amanda al volante. Luego tu hermano organizó y preparó la explosión, dejando la entrada del piso lista para nuestra llegada. Agarró la cuerda, salió por la ventana y descendió por ella, reuniéndose con vosotras después. A mí me cuadra.

—No me lo trago.

—Ya. El caso es que, además de las de Javier, tenemos huellas tuyas en uno de los detonadores. En la ventana, en cambio, sólo están las de tu hermano. Y tampoco hay huellas de Amanda por ningún lado. Y por último está el asunto de la sangre.

Cristina tenía cada vez peor cara.

—¿Qué sangre?

—En el baño del piso superior, en casa de tu padre, había sangre tuya fresca en el monomando del bidé. Quiere decir que cuando él le mató, tú estabas presente en la casa.

—¡Mientes! —le gritó la joven actriz.

—Los compañeros de la científica han encontrado restos de tu propia sangre en el pasillo principal. ¿Os lo montasteis allí, en el suelo, con el cadáver de tu padre aún caliente en el salón, no es cierto? Estás más enferma de lo que estaba tu hermano.

Los ojos de Cristina refulgían de rabia.

—¡Ah, se me olvidaba! — exclamó el inspector— No sé si lo sabes pero tu padre había colocado un complejo sistema de vigilancia por toda la casa. Y hemos conseguido recuperar todas las grabaciones. Estabas con la menstruación y, después de hacerlo, necesitaste lavarte.

—Ya es suficiente.

El inspector Diego Guerra se detuvo mientras la miraba de arriba a abajo. La candidez se había evaporado y allí delante sólo quedaba el verdadero rostro de la chica.

—Sólo tengo una pregunta más que hacerte.

Su requerimiento fue recibido en silencio.

—¿Por qué alguien como tú, teniendo una buena vida, monta todo este circo? Incluso puedo llegar a entender a tu hermano pero tú... ¡lo tenías todo para ser feliz!

—Por independendencia, inspector. Cuando una descubre que toda su vida es una patraña y ve que todos los que se acercan quieren algo, madura. Yo sólo quería tener una buena vida sin tener que depender de nadie. Ni de padre, ni de maridos, ni de jefes ni de otras compañeras. Una vida para mí y solo para mí.

—Entiendo.

—En fin, ha sido todo bastante interesante, inspector. Aunque sin pruebas, es mi palabra contra la suya. Y yo tengo veinte millones de razones para estar tranquila. Pruebas circunstanciales, que serán rebatidas en su preciso momento.

—Cuando tenga tiempo de inventarse las respuestas.

—Así es. No se ofenda, pero nadie le va a creer. No es usted más que un borracho y yo, en cambio, soy una pobre víctima de secuestro y violación —empezó a decir mientras simulaba estar llorando—. No hay color. Adiós inspector.

—En eso estamos de acuerdo. Eres mucho mejor actriz que yo. Aunque no estoy tan seguro de que nadie se trague esto. Más cuando toda la conversación está siendo grabada por varios agentes desde un furgón, al otro lado. Es toda vuestra, chicos.

Instantes después, Barbadillo junto a varios policías de paisano entraron escaleras arriba y, tras leerle sus derechos, se llevaron

esposada a la joven que todavía tenía la sorpresa tatuada en el rostro.

Habían pasado dos meses desde la detención de Cristina y el lugar en el que todos se habían reunido era idílico. La bahía de Cap Elm se acurrucaba coqueta a sus pies mientras el excepcional sol de enero calentaba sus rostros a través del ventanal. Desde el mirador del restaurante y a pesar del frío, varias embarcaciones surcaban el mar en calma de una punta a otra de la misma. Incluso en aquella época, el reclamo de aguas cristalinas y playas de arena blanca era demasiado poderoso y eran miles los turistas de alto poder adquisitivo que pasaban allí los meses más fríos del invierno. Diego masticaba con lentitud. Buena carne, un vino que se dejaba beber y buena compañía.

—Acérqueme la sal, por favor —rogó Diego al comisario.

—Aquí tienes. ¿Más vino, Marian?

—No, gracias. Si no, no podré conducir. Y Diego todavía no puede.

—El hombro derecho no me deja en paz.

—Cambiando de tema, ¿sabéis que me encanta esta playa? En verano, esto se pone muy animado. Hay muchas inglesas maduras que se pasan con el alcohol y tienen ganas de juerga —afirmó Daniel.

Todos se rieron con ganas ante la reprobadora mirada de Diego. El viejo comisario tomó entonces la palabra.

—Diego, he de confesar que esta es, con mucha diferencia, la despedida más rara a la que ha asistido jamás —confesó el comisario.

—Sí, estoy de acuerdo. Y de las menos concurridas —continuo Daniel.

—Al parecer, hasta en esto he superado a Barbadillo.

Los cinco se miraron y se echaron a reír.

—Por cierto, aún no sé por qué le permitiste llevarse el mérito en la parte final de la operación —preguntó Daniel—. Es algo que no me entra en la cabeza. Si por él fuese, te habría metido en la cárcel. O peor aún.

—Al final, pensé que era mejor así. Yo ya tenía tomada mi decisión de abandonar el cuerpo y pensé en no llevarme un despido de más en mi conciencia. No quiero más reproches en mi cabeza —afirmó el inspector—. Como ya te dije al salir del hospital, quiero empezar una vida nueva. Y cargar con el despido de un compañero en la espalda no era la mejor manera. Por mucho que me apeteciese.

—Diego, quiero aprovechar este momento para decirte algo —empezó a decir Oscar.

—Claro, Oscar. Dispara.

—Quiero pedirte disculpas.

—¿Disculpas? ¿Y eso por qué?

—Por el veneno que, durante años, lancé contra ti por el accidente en el que murieron Paula y el niño. Ya sabes lo unido que estaba a ella y creo que, en cierto modo, necesitaba culpar a alguien.

—Y hasta que todo esto se aclaró, hiciste muy bien en culparme.

—Ya, pero siempre he sido muy duro contigo sin pararme a pensar en ti. Lo siento...

El inspector agarró con fuerza la mano de su cuñado.

—No hay nada que disculpar, Oscar. Gracias a tu inestimable ayuda, la verdad ha salido a la luz. Yo soy el que está en deuda contigo y no al revés.

Ambos hombres se levantaron y se fundieron en un cálido abrazo.

—Todo esto está muy bien, Diego, pero quiero preguntarte algo sin que te sientas ofendido —admitió el comisario—. ¿Por qué te vas ahora? Con poco esfuerzo, llegarías a lo más alto. Tienes madera de líder.

—Con todo respeto, señor, el cuerpo para mí se ha acabado. Yo he terminado con la policía y en cierto modo, la policía ha acabado conmigo. Odio la burocracia, los papeles y toda la política que va detrás de la fachada. Si consigo recuperarme por completo y puedo, creo que intentaré independizarme.

—¿Independizarte? ¿A qué te refieres? —preguntó de nuevo el comisario.

—Me gustaría tener una pequeña agencia de investigación. Poder ayudar a la gente sin tener que rendir cuentas a nadie, sin idiotas dando el coñazo. Pero eso será dentro de unos meses —afirmó el inspector mientras Marian le sonreía—. O de un año, quizás. No tengo prisa. Me apetece viajar un poco, ¿verdad? —dijo mientras entrelazaba con cuidado sus manos con las de la periodista.

—Desde luego chica, no sé qué le has visto a este vejstorio —afirmó Daniel simulando estar molesto.

—Me gustan los hombres con cicatrices. Son más interesantes. Y Diego gana en el cuerpo a cuerpo, Daniel.

—Bien, aunque dicha afirmación me sorprende, brindo por ello y por la mejor de las suertes en tu nuevo proyecto —afirmó el comisario mientras alzaba la copa. Los demás le imitaron y, tras beber, siguieron disfrutando de aquel momento a pequeños sorbos.

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar me gustaría empezar los agradecimientos haciendo mención especial a Antonio Torres Rodríguez, mi editor y la persona que confió en mí por primera vez como escritor. En estos tiempos donde cada vez son más los que escriben y menos los que leen (para nuestra desgracia cultural), encontrar a alguien que ayude a gente novel y sin experiencia a empezar a recorrer el difícil camino de ser escritor es, cuando menos, digno de mención. Y Antonio es de los que se sube contigo a tu barco de papel dispuesto a enfrentarse a una tempestad en mitad del Mar de Alborán. Gracias, gracias y gracias.

También me gustaría agradecer a Ediciones Alféizar su denodado esfuerzo por ayudar a escritores noveles (y no tan noveles) a publicar sus sueños de letras. Gente como vosotros es imprescindible en este oscuro mundo que nos está tocando vivir.

Siempre es más difícil resaltar los errores a un amigo que a un desconocido. Por eso quiero darle las gracias también a mi compañera y amiga de suturas Teresa Marín que, con esmerado cariño destrozó, lijó y pulió esta novela para intentar que no se escapara ni una sola tilde. Si encuentran alguna será por mi culpa, no por la suya. Muchas gracias por el esfuerzo, Tere.

A mi familia y amigos, por estar siempre a mi lado, apoyándome en cada locura que hago y en especial a mi hermana Elisa, núcleo de mi familia y sin la que ninguno somos nada. ¡Sois los mejores!

A mi mujer e hijos, por quienes me levanto cada día intentando ser mejor y queriendo ser vuestro orgullo. Os quiero con toda el alma.

Y por último y no menos importante a ti, lector, que haces que todo este esfuerzo tenga sentido y sin el cual yo sólo seguiría siendo un aprendiz de juntaletras. Gracias por llegar a leer estas líneas.